

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Paris, Julio-Agosto 1961 ★ Supplément mensuel de SOLIDARIDAD OBRERA, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ★ 1,40 NF. N° 854-91-92

Intensidad dramática de una fecha

E VOCAMOS con emoción el 19 de julio de 1936, fecha clave de la historia moderna de España. Y la evocamos poniendo por delante este hermoso «pluma» salido de la mano ágil y de la mente despejada del dibujante Monrós, colaborador y amigo nuestro. Contemplando esta pieza de convicción artístico-dramática se nos acude la interpretación similar del gran dibujante Ramón Casas Carbó titulada «La carga», furiosa irrupción de la Guardia Civil montada, accionando brutalmente contra una manifestación de huelguistas en la Barcelona de 1902. La coincidencia histórico-artística de Casas y Monrós es manifiesta, con la adición de que, de la comparación con el maestro, Monrós no sale disminuido sino acreditado.

Tanto «La carga» como «La benemérita...» expresan la tragedia permanente de España, secularmente sometida al poder de la fuerza bruta. La Iglesia católica, elemento reaccionario rector invariable de las potencias financiera y militarista, guía el desarrollo de la política española hacia el ideal de Caridad, secuela de la Miseria, causa de resignaciones suicidas y acentuadas ignorancias, que ya no cuajan, hace años, que ya no existen, provocando el desespero de dicha Iglesia, la que al asomo de la Igualdad social opone la anti-gualla «Rerum Novarum», un triste latínajo intuyendo a los ricos la práctica de la limosna para desvirtuar la justicia que columbran los trabajadores.

Ciertamente, los poderes clásicos: Dios, la Muerte y el Dinero pierden su reinado en España, y la Iglesia, desbordada en su saber momificado, extrema su crueldad concepcional hostigando a la fuerza organizada a practicar la política traumática dogmatizada históricamente por el Santo Oficio, empleada en la sangrienta destrucción de los gérmenes liberales de la Constitución de Cádiz, en tres carniceras guerras carlistas (1833, 1860, 1872); en las dolorosas esclavitudes de las colonias, en las terribles crueldades de Fernando VII, en las espantosas torturas del Castillo de Montjuich (*toda España es Montjuich*, diría Canalejas); en las salvajes represiones de Alfonso XIII contra los trabajadores organizados, en la dispersión de hambrientos de pan o de equidad acometida a



La Benemérita...

disparos y bayonetazos, con la Guardia Civil en primera fila; en la ignominiosa sublevación del 18 de julio en la que los curas y sus allegados: carlistas y

falangistas, rivalizaron en inhumanidad con la «benemérita». ¡La benemérita! Nadie más exacto que ella en simbolizar el agudo sufrimiento de los españo-

les, vejados, expoliados, martirizados y muertos para que en nuestro país la Ley de Ancestro subsista.

J. Coll de Gussem

Cooperación y socialismo

HAY que retroceder a los años 30 y 40 de 1800 para hacerse cargo del entusiasmo que entonces suscitaba la cooperación, la «asociación», como se decía en Francia, y para apreciar la audacia de Proudhon que osó atacarla de frente.

La asociación, según las ideas a la sazón dominantes, debía cambiarlo todo. Para eximirse del pago de un tributo formidable, a los comerciantes intermediarios, un grupo de obreros se cotizaba para comprar juntos un saco de harina y revenderla a los asociados al precio de coste con un mínimo de recargo por gastos de administración. Y, poco a poco, a fuerza de privaciones y de constancia, el grupo lograba atraerse otros y proveerse mutuamente de todo lo que consumían con un 20 ó 30 % de economía sobre los precios corrientes en el comercio.

Este ensayo debía reformar paulatinamente el mundo. La pequeña cooperación sería como mancha de aceite que acabaría por extenderse a la universalidad de los trabajadores suprimiendo los intermediarios: pan, carne, habitación, etc., se suministraría al trabajador al precio de coste: el trabajador se emanciparía del insaciable intermediario; se habituaría a la asociación y a la gerencia de sus propios negocios; tocaría con la mano las ventajas del comunismo y adquiriría gradualmente amplitud de miras sobre las relaciones nacionales e internacionales.

Después, utilizando una parte de los beneficios para ensanchar los negocios, se crearían grupos productores. En vez de comprar el paño o el calzado al fabricante capitalista, se formarían asociaciones de producción que suministrarían a las asociaciones de consumidores todo lo que hoy compran al explotador, y así éste sería eliminado de la producción lo mismo que del consumo. Y si, al fin, los trabajadores lograban forzar al Estado a abrirles crédito para la producción (proyecto Louis Blanc, proclamado después por Lasalle y en boga aún en la democracia socialista) la revolución económica sería un hecho.

Emancipado el trabajador del capitalista, se encontraría en posesión de los medios de producir; gozaría del producto íntegro del trabajo, podría comprar sin esperar la venta de sus productos, y hete aquí cumplida la revolución social.

★ Sería injusto quitar importancia al movimiento cooperativo. La verdad es que en Inglaterra y en Escocia actualmente (1) más de 1.600.000 personas y familias forman parte de las cooperativas de consumo. Las cooperativas se encuentran a cada paso, sobre todo en las ciudades y en las aldeas del Norte; sus negocios se cuentan por miles de millones de pesetas, y la gran cooperativa central de Manchester, proveedo-

ra de las cooperativas locales, es un establecimiento formidable cuyos almacenes de varios pisos cubren todo un barrio, aparte de sus inmensos almacenes en los docks de Liverpool; envía sus cinco o seis barcos a recoger el té de China, compra azúcar en las Indias, la manteca de Dinamarca, el algodón a los grandes productores y así sucesivamente... — En el supuesto de una revolución en Manchester — pregunté a los administradores — ¿podrían ustedes alimentar y vestir a toda la ciudad y distribuir los productos en todos los barrios? — Con nuestro material y los hombres de buena voluntad, todo se haría en 24 horas. Faciliten ustedes dinero o crédito para comprar y no habrá la más mínima dificultad — fué la respuesta inmediata. Y es verdad. Se necesita ver el establecimiento para comprender lo preciso de la afirmación.

★ Además, de algún tiempo a esta parte hay tendencia a fundar asociaciones de producción en grande escala, y después de algunos fracasos los cooperadores ingleses han conseguido que marchen bien sus fábricas de calzado, sus molinos de harina y sus tahonas: la tercera parte del pan que comen los 686.000 habitantes de Glasgow lo suministran las cooperativas.

En una palabra, los cooperadores ingleses y escoceses han tenido un éxito considerable y son una fuerza que aún va en aumento; pero de tal género es este éxito que si los primeros cooperadores lo viesen volverían la cabeza con repugnancia; porque, hasta estos últimos años que la idea socialista comenzó a invadir las cooperativas del mismo modo que a la burguesía, las cooperativas inglesas eran el feudo del burguesismo obrero.

★ Sus efectos sobre el bienestar obrero son escasos.

Nuestros lectores suizos se acordarán de la miseria que reinaba en la Chaud-de-Fonds en 1877-78. Abrióse una cantina municipal en

la que se daba buena comida a bajo precio; pero, a los dos meses, el alquiler de las habitaciones en un radio de medio kilómetro subió a lo menos cinco francos mensuales. — Bien puede usted pagar cinco francos más, puesto que estará a dos pasos de la cantina — decían las porteras con amable sonrisa.

La burguesía inglesa ha hecho más: ha impuesto su participación en los beneficios que únicamente correspondía a las cooperativas. Hace algunos años, un cooperador de Newcastle nos presentó a un viejo minero que debía iniciarnos en las ventajas de la cooperación y lo hizo en estos términos:

— Ya ve usted: gracias a la cooperativa, con 9 shillings de jornal a la semana vivo hoy lo mismo que veinte años atrás con 16 shillings. Soy propietario de mi casita, que compré por la cooperativa y ya no he de pagar alquiler; sobre todo lo que compro económicamente al menos el 30 por 100; de modo que mis 9 shillings son suficientes para lo que apenas bastaban 16.

Se prevé nuestra pregunta: — ¿Por qué no se gana más que 9 shillings en vez de 16? Y prevista está la respuesta: — Hay poco trabajo; no se trabaja más que tres días a la semana!

En otros términos, el capitalista tiene una gran ventaja en disponer de un ejército de mineros sujeto al terruño por los intereses cooperativos; los hace trabajar tres días a la semana y puede doblar la producción en el momento que suben los precios del carbón. Hace al por mayor lo que las porteras-propietarias de la Chaud-de-Fonds hacían en pequeño: explotar la cooperativa.

Estos dos cuadritos, dos rinconcitos de la realidad, resumen toda la historia de las cooperativas. La cooperativa puede aumentar el bienestar del obrero; convenido. Mas para que el obrero no pierda toda la ventaja a consecuencia de los salarios disminuidos, de los paros exagerados, de las rentas sobre la tierra, de los alquileres cada vez más elevados; para no ser despojados de los beneficios adquiridos, con la supresión del intermediario, por el propietario, el banquero, el patrón y el Estado, es preciso que se ponga en frente de la otra cooperativa, la de los explotadores, que luche contra ellos. Si no lo hace, desengañese; trabaje para la otra cooperativa; engorda para ser devorado.

Por todos los caminos se llega siempre al mismo punto: la lucha, la guerra contra el explota-



dor. Ese es el único recurso del explotado.

Aún hay otra consideración importantísima.

Mientras la lucha contra el explotador y el gobernante une a los trabajadores, la cooperación los divide.

En efecto, hasta estos últimos tres o cuatro años no había en Inglaterra peores patronos que los cooperadores, y sus congresos de 1886 y 1887 fueron una repugnante demostración de ello. El egoísmo de los cooperadores, sobre todo en el Norte, ha sido uno de los mayores obstáculos a la propaganda socialista en aquella parte de Inglaterra, porque el temor de perder lo que habían adquirido a costa de tantas luchas (el hombre ama siempre aquello porque ha luchado) se levantaba como una muralla inexpugnable contra toda idea de solidaridad, sea en las huelgas, sea en la difusión de las ideas. Mucho más fácil era convertir un burgués joven al socialismo que atraer a él a un cooperador.

★ Esto cambia hoy, apresurémonos a consignarlo. La causa de este cambio es altamente instructiva; otros, al lado, han pensado y obrado mejor.

Efectivamente, cuando la última huelga de los mineros del Yorkshire se supo, con general asombro, que la cooperativa central de Manchester entregó 125.000 francos de una vez para el fondo huelguista. Imagínese el efecto de este donativo para el éxito de la huelga. Pues no fué esto solo: se nos asegura que esa misma central abrió un crédito de cerca de un millón de francos a las pequeñas cooperativas locales en los pueblos mineros, y quien sepa hasta qué punto es artículo de fe entre los cooperadores la negación de todo crédito sabrá apreciar bien el valor de este acto que permitió a las cooperativas locales fiar a los mineros.

Amigos fidedignos nos aseguran, además, que en las nuevas asociaciones de producción se transforman completamente las relaciones entre « obreros-patro-

por Pedro KROPOTKIN

(1) Trabajo escrito en 1896, que traducimos de «Les Temps Nouveaux». — (N.D.L.R.)

La Poesía



Zampoña de voces

Moza de Sella, manzana
de tentación. Me enajena
el olor a resolana
que arde en tu cara morena.

Moza de Sella, la endrina
cabellera tuya, es lona
de mi tienda campesina
donde tu amor me traiciona...

Por el olivar, ¡ay, juna!
con mi cuchilla de luna
yo persigo a la hortelana
con los ojos de aceituna.

¡Ay, los ojos de aceituna,
ya no se abrirán mañana!
¡Qué olor de sangre villana
tiene esta noche la luna!

Octavio Campero Echazu

COOPERACION Y SOCIALISMO

nos y obreros-trabajadores », y
se comprende que así sea.

★
¿De dónde procede esa nueva
tendencia sugerida a las coopera-
tivas? De los «teóricos», no pue-
de venir de otro lado. Las coope-
rativas se resienten también del
soplo del socialismo, que actual-
mente recluta adeptos hasta en el
campo enemigo burgués.

Hace cincuenta años se dibuja-
ban dos tendencias en el seno del
socialismo: unos querían ser
«prácticos» y se entregaban a
la adopción de recursos que pu-
dieran calificarse de oportunismo
o posibilismo. — Puesto que los
trabajadores no son comunistas
(2) — decían — hagámosles comu-
nistas por interés individual: la
cooperativa basada sobre el egoís-
mo les habituara al comunis-
mo. — Y en el espacio de cincuen-
ta años se ha hecho el ensayo
de este recurso con los resultados
que hemos visto.

Felizmente, había también «teó-
ricos» entre los socialistas, que no
querían saber nada del espíritu
comunista desarrollado por el es-
trecho egoísmo pecuniario, y se-
guían su evolución natural y des-
preciaban esos recursos, lo mis-
mo que los anarquistas desprecian
los recursos políticos y económi-
cos.

De esta manera se han produ-
cidos dos líneas divergentes: los
hombres de los recursos han se-
guido una, los socialistas han se-
guido otra. — Vosotros sois teóri-
cos, soñadores, insensatos, locos
— se les decía; — debéis haceros
prácticos y aceptar la coopera-
ción. — Es preferible la propagan-
da y la rebeldía contra el conjun-

(2) Ninguna relación con el co-
munismo autoritario que actual-
mente rige los destinos de Ru-
sia. — (N.D.L.R.)

to de la civilización actual, con-
tra todas las formas de la explo-
tación a la vez.

Tenían mil veces razón. Las dos
líneas han divergido cada vez más
y, al cabo, cuando socialismo y
anarquismo han impresionado al
mundo, cuando la rebelión con-
tra toda explotación económica y
estatista recluta individuos de
todas las clases sociales, los «re-
cursistas» han sido alcanzados
también y su línea comienza a
inclinarse a la corriente socialis-
ta. En ella se sumergirá por com-
pleto; de lo contrario pertenece-
rá al mundo que se va y estaría
condenada a desaparecer.

★
Es, pues, indudable que los so-
cialistas han tenido razón en re-
husar compromisos y permanecer
«teóricos» como los burgueses se
complacen en calificarlos. Si en-
trasen en la corriente coopera-
tiva, faltando a su origen, puesto
que abandonarían la emancipa-
ción parcial de una parte mínima
de su servidumbre, en ella serían
ahogados. Han preferido vivir en
su aislamiento; ser pocos antes
que perder sus rasgos distintivos
y sacrificar lo mejor de su pen-
samiento, y han acabado por do-
minar.

Absolutamente lo mismo sucede
con la corriente libertaria. Sabe-
mos que la asociación de consu-
midores y productores será una
de las formas de la sociedad na-
ciente, no esa otra sociedad que
tiene por objeto guardar su ga-
nancia, y extendemos nuestro
pensamiento y desplegamos nues-
tras ideas por todas partes, en la
sociedad obrera como en las ma-
sas obreras no organizadas, y,
haciéndolo, como estamos en lo
cierto, acabaremos por atraer to-
dos esos impulsos parciales a un
movimiento único y general: el
libre e igualitario.



Rumbeando el porvenir

Ser el cariño que venció a la muerte,
Viento que ruge, potro que relincha,
Y arrastrar el cadáver de la suerte
Amarrado a la argolla de una cincha.

Enroscar en mi brazo el ventarrón
Como el cuerpo sin fin de una serpiente
Y atándome un extremo al cinturón
Detener la carrera del torrente.

Y quemar pampas, bosques y montañas
Con el fuego que brilla en tus pestañas
Y ¡tanto que soñaste en un anillo!
Montando el alazán de la fortuna
Ensartar la sortija de la luna
Con la afilada punta de un cuchillo.

Después el gran silencio. En la llanura
Blanqueada por la luna, adormecida
Por el responso de una despedida,
Oír al viento cavar mi sepultura.

Con la brasa dorada de un lucero
Encender el cigarro del recuerdo,
Y como nunca la esperanza pierdo
Espantar el dolor con el sombrero

Y sentir un sollozo en la garganta
Como un nudo mortal que se atiranta
A medida que aumenta la carrera.
Y para que de mí no queden huellas
Colgarme del rincón de una tapera
Mostrándoles la lengua a las estrellas.

RAUL OTERO REICH

PAJAROS

Templando las gaitas de oro
con sus artes primorosas,
por los balcones del alba
surgen mil aves canoras.

Copos de pluma y de nieve
que con voz maravillosa
llevan rumores de besos
en el ritmo de sus coplas.

Surcando los firmamentos
— flechas vivas — las alondras
van marcando los compases,
niña, de una zambra mora.

Los jilgueros van cantando
canciones de mil estrofas
y los canarios asisten
con sus flautas a la boda.

Pícaro de siete suelas
el gorrión lleva a la novia
diez canastillas robadas
y unos frascos de colonia.

El pájaro carpintero
le está mostrando la alcoba
mientras que las golondrinas
van y vienen presurosas.

Loros y mirlos discuten
con voces aguardentosas

para sentar las primicias
de una escuela filosófica.

La cuerva siempre de luto
lleva aceitunas oronda
y se ha parado muy seria
a darse brillo en las botas.

La cigüeña hace cuenta
por no llegar antes de hora
y duda si ha de llevarle
un ruiseñor o una rosa.

Los pájaros y las flores
ya se han vestido de boda
...Y una estrella rezagada
pasa huyendo de la aurora.

C. VEGA ALVAREZ



Panorama de la poesía chipriota

por Gaston-Henry AUFRÈRE

NO sé quién habrá dicho que la poesía nació griega. En todo caso, uno de los principales elementos de civilización que lo griegos llevaron con ellos a Chipre, fué evidentemente la poesía. Las tradiciones más antiguas citan como primer poeta lírico de la isla, a un rey legendario de nombre Kinuras, que escribió algunos himnos y otras odas en honor de Afrodita, diosa protectora de Chipre, aun cuando la fábula hace remontar las expresiones poéticas a un tal Eukos, contemporáneo del poeta y músico legendario Musée, cuyos oráculos estaban escritos en dialecto chipriota. Stassinós, que algunos decían era yerno de Homero, fué entre tanto el primero que escribió una obra importante. Sus «Poemas chipriotas», compuestos por no menos de 11 volúmenes, de los cuales sólo 22 fragmentos se volvieron a encontrar. Stassinós y su contemporáneo Egeías recaban sus motivos de inspiración de los acontecimientos de los primeros años de la guerra de Troya. En sus poemas se reproducen aquellos temas que fueron comunes a Homero.

Chipre, avanzada del mundo griego por las conquistas médicas, entonces sumida en las sombras y ensombrecida también su poesía, resurgirá a la luz bajo los Ptolomeos, con Cleón de Kourios, autor de «Los Argonautas», y con el poeta lírico Ermeías, quien escribió algunos yambos, mientras tanto, cerca ya de la misma época (tercer siglo a. de J.C.). Sotrope de Paphos era uno de los dramaturgos y de los poetas cómicos más brillantes. Es necesario arribar hasta la época bizantina (330-1192), y los tres siglos de dominación franca (1192-1489) para que se vuelva a hablar de poesía en Chipre.

Junto a la poesía eclesiástica, prolija y a menudo obstaculizada por una vana retórica, en la que domina la figura de St. Néophyte, el Eclesiástico, autor de himnos (siglo XIV), favorito de la corte de los Lusignan, cuya obra, aun cuando abundante, es más bien mediocre. La verdadera poesía se encuentra en los «dimotiko tragoudi» (canción popular), cuyos «Poemas de amores chipriotas» son su viviente ilustración. De autor desconocido, escritos en dialecto chipriota, estos poemas comprenden algunas baladas, algunos sonetos, laicos, madrigales y otras formas medievales. Bajo su helenismo de tanto en tanto afrancesado, o ya latinizado, se disclernea una muy paladina influencia de Petrarca.

El famoso poema «Aradaphnoussa», que relata un episodio amoroso del rey y Pierre I, data también de la época franca, al mismo tiempo que el «Canto de Zographous», y de otras canciones de gesta como las «Canciones Legendarias» (fin del periodo bizantino, iniciación del periodo franco), y «El Alfabeto Erótico» (siglo XV, influenciado por las historias de amor de nuestra Edad Media).

Al periodo veneciano (1489-1571), que fué un siglo de miseria y de ignorancia, sucede la dominación turca (1571-1878), periodo estéril también, en donde la poesía eclesiástica declinó a despecho de los esfuerzos de aquellos autores que como Galatianos Vrachimaki, afirmaba que «no hay persona digna de juzgar a los occidentales, a los franceses y a los latinos». Además, Chrysanthis de Protopsalte, que celebra la Santa Cruz en sus himnos e imágenes (ambos poetas del siglo XVII), el monje Anatajos de Chipre (siglo XVIII) y Néophyte Jeromachos (siglo XIX).

La poesía popular, que el tirano turco no pudo extirpar del alma chipriota fieramente celosa de su greicidad, se refugiaba antes en

tre algunas canciones como la «Théne de Chipre», largo poema dialectal que se presume sea de Salomón Rodinos y que describe la toma de Nicosia por los turcos, o el «Poema de los déspotas», evocando los acontecimientos de 1821. Por lo tanto también esta poesía deviene en la decadencia. Ante las exacciones otomanas aquella se repliega sobre sí misma, se «clandestiniza» por decirlo así, en la lucha contra los turcos. («Cantos de los niños asesinados», «El canto de Manolis»), y como las canciones de los montañeses del Epiro, las canciones populares de Chipre van pasando de boca en boca, ofreciendo el testimonio vivo de la imposibilidad de la tiranía para silenciar la voz de un pueblo consciente de su personalidad.

Después de 1878, fecha en que Chipre es puesta bajo la dominación británica, las letras chipriotas, y la poesía en particular, resurgen nuevamente en todo su esplendor, hasta convertirse en la actualidad en una de las expansiones espirituales más fecundas de la literatura neo-latina.

Cuatro tendencias son perceptibles en la poesía chipriota moderna:

1º *La poesía purista*, que halla modelos entre la poesía romántica griega del siglo XIX. Esta es una poesía decadente, sin grandes sucesos, bastante torpe en el fondo, cuyos principales representantes fueron Onufrios Jasonidis, cuya colección «Musa, Nereida e Ilsa encantada» no valen sus traducciones debidas a poetas ingleses como Byron y Shelley; Thrasybulos Ropas, G. Padopoulos y Polixène Loizias.

2º *La poesía dialectal*. Ella es tal vez la más característica, en el sentido que, se distancia de la corriente griega, y rehusa sin dilación su greicidad. Las dos grandes figuras dominantes son Basile Michaelidis (184-191) con sus vigorosos poemas épicos «9 de Julio» y «Chioté», y Dem. Lipertis (1863-1937), lírico moralizante de la lengua despojada. Cercanos a ellos, Paul Lyassidis (nacido en 1911) establece el chantaje de una poesía insurgente, y Antoine Klokharis (nacido en 1901), poeta éste de sentimientos delicados.

3º *La poesía de rimas*. Suerte de sencilla arquitectura de versos, cuyo elemento más im-

portante es una larga narración adobada demasiado frecuentemente por máximas. Pentadecasilábico escrito en dialecto, un poema no comprende menos de 200 versos. A esta categoría se adhieren los pies forzados (tsatis-mata), satíricas, eróticas, o solemnes como las salmodias para la Fiesta del Espíritu Santo, recitadas en ocasiones de esponsales. Algunas como el «Canto de Lázaro» y el «Canto de la Resurrección», son demasiado célebres.

4º *La poesía de arte demótico*. Que después de expresarse tímidamente con Diakousis, Chourmouziós, Peristianides, fué soterrada por la sucesión de las grandes corrientes poéticas venidas de Grecia hacia fines del siglo XIX, y que evidentemente comenzó a manifestarse en Chipre después de la primera guerra mundial, gracias a la influencia de Palamas, Varnalis, Caryotakis y Cavafis y de la acción hábil de revistas como Afghi (Aube) y Kupriaka Grammata (Letras chipriotas).

Entre los poetas más notables de esta joven poesía chipriota, citaremos especialmente a Glaukos Alithersis (nacido en 1877), quien primeramente influenciado por Palamas evoluciona después hacia una poesía más libre. En el periodo entre ambas guerras él fué la grande voz poética de su isla, y su «Aradaphnoussa» queda, a pesar de todo, como una obra sólida.

Georgios Macridis (nacido en 1882), inspirado en temas históricos y patrióticos, y Paul Baldasseridis (nacido en 1892), ha escrito igualmente versos en francés (él está de parte de la vieja cepa francesa).

Teukos Anthias (nacido en 1903) tuvo una gran influencia sobre su generación y sus «Silbidos de vagabundo» son de un realismo poderoso.

Xantos Lyssiotis (nacido en 1893), es un poeta en quien su voz se expresa en do e ele ías, mientras que Christos Galatopoulos (nacido en 1902) es un poeta fogoso y comprometido. Giannis Leukis (nacido en 1909), a pesar de sus «Cantos de los Hombres Vigilantes», no puede hacer olvidar que él también fué un discípulo de Palamas.

Nikos Kranidiotis (nacido en 1911), quien, dirigió la revista «Kupriaka Grammata» hasta su encarcelamiento por los ingleses en 1956, canta ardientes sentimientos imbuidos por una profunda filosofía.

De origen clásico con sus «Canciones del Mar», A. Pernaris (nacido en 1907) se inclinó finalmente hacia las formas libres con «Ritmos de Vida».

Leónidas Pavledis (nacido en 1876) es considerado como el ejemplo más característico de un verbalismo sin sabiduría ni medida, junto a la voz europea de Zenón Rossidis (nacido en 1895), de la gracia musical de Pythagore Drousiotis (nacido en 1908) o del alma sensible al extremo de A. Intianos (nacido en 1899).

Kupros Chrysanthis (nacido en 1915), en un soplo potente, conforma con maestría un ideal chipriota y un sabio humanismo.

Paul Krinaios (nacido en 1903), de origen clásico antes de abordar las formas nuevas, se distingue por sus epigramas acervos.

Entre los poetas descendientes de un surrealismo que, en Chipre, bajo la influencia exterior de Séferis y de Llytis guardaron una cierta medida, nosotros mencionaremos sobre todo a Manos Kralis (nacido en 1914), cuya voz fluida y musical está pletórica de mensajes y horizontes interiores; Nikis Vrachimis (nacido en 1914) lira exaltada e inquieta, al estilo libre; la poetisa Afghi Sakalli

● Pasa a la pág. 6 ●



Epístolas a mi sobrina monja

ESTABA yo ocioso cuando me llegó una carta por correo aéreo, cuyo remitente, luego que lei el anverso del sobre, me era desconocido. Comencé a leerla y pronto supe que me deparaba Dios una sobrina monja. La monja venía a buscar mi alma, pues, por noticias que había recibido, la creía camino del infierno y muy metida en los senos de la impiedad. Ello fue que la carta dió motivo a un epistolario, e inserto la primera, permaneciendo ineditas las epístolas restantes.

Un constructor de sentencias de la edad latina dijo que quien reconoce su ignorancia comienza a recobrar la razón. Medité sobre esto y parecíame que la máxima podía aplicarse, mayormente, no sólo a los sabios en la fe teológica, sino a todos aquéllos que, sir ser sabios, discurren con la misma fe.

Jamás en lo aprendido está todo lo que debe ser conocido. Quiere decirse que ningún conocimiento determinado satisface las pequeñas curiosidades, y, a veces, las cosas pequeñas se sobresalen a las cosas grandes, aunque estas tengan mayores dimensiones u ocupen planos esclarecidos.

No hay verdadero conocer si a eso que se conoce le falta la evidencia. Con todo, la imaginación no precisa la apodictica certeza, y a ello se ajusta el arte insigne, como fue cuando se crearon las tragedias griegas o se refunfian los idilios de la vida pastoral. Por ejemplo, en Agamemnon pregunta el coro a Clitemnestra por qué las ofrendas levantan su llama en las aras de todo los dioses, mas aquellos otros dioses que guardan los campos y presiden el ágora. Responde Clitemnestra — aunque su respuesta no cabe dentro de ninguna verosimilitud — cómo ifesto le trajo la noticia de haberse rendido Troya a los caudillos aqueos, y esta fantasma es arte egregio, y tal arte proporciona a la escena un encanto seductor: — *Ifesto, que envió desde el monte Ida el fulgor resplandeciente de sus rayos. De lumbre en lumbre ha llegado hasta aquí el fuego mensajero. Del Ida al promontorio del Hermos en Lemnos; de esta isla recibió la alta cumbre del Athos, y la cima consagrada a Zeus se alumbró con la tercera vivísima llama, que sube, y se yergue, y salva, con poderoso salto, las anchas olas del mar, y corre presurosa, y se presente, igual que un sol, dorando las empinadas rocas de Macisto y anunciando la feliz nueva.* — Es como un vuelo de la imaginación creadora parecido a otros vuelos, según se ha de ver en los panoramas bíblicos, desde el Edén a las agonías y glorias del cristianismo.

Con la mentira obra el hombre y en ella descansa y de ella se aprovecha. Para su provecho — y ni siempre el provecho puede ser deshonra —, en la mentira se ahinca el hombre. Mas hay mentiras que toman el mejor es-

pacio y desvirtúan la mejor verdad. Verdad y mentira son circunstancias por naturaleza. Yo diría que sólo en quien sea firme la fe, será sólida la aparente verdad en lo que cree, y aun muchos descreídos hacen de su duda una inquietud profunda cuando, al llegarles la vejez y presentir próxima la muerte, empieza a turbarles el ánimo aquello de que se reían hasta entonces, y temen que pueda ser cierto lo que habían tenido por fábula, según dijo Céfalo en los diálogos con Sócrates.

Alma mía, te has apartado de la comunión católica y has oído a Demócrito, que enseña que los principios de todas las cosas son los átomos, pues de lo que no existe, nada se hace, y en lo que no es, nada se corrompe. Lei en Epicuro palabras casi idénticas a las de Demócrito, que fue el decir «y si lo que se corrompe no pasase a ser otra cosa sino a la no existencia, ya todo se habría acabado. Pero el universo siempre ha sido tal cual es hoy, tal será siempre, y nada hay en que se convierta, o sea, que fuera del mismo universo nada hay a que pueda pasar y en que pueda hacer mudanza». Me he apartado de la comunión católica y he opuesto todas mis fuerzas al látigo del Opus Dei.

En el gineceo de las Parcas, Láquesis tejíome la mortaja impia y con este velo lúmbre no puedo entrar en el reino de Dios (1). Para que mi alma evite las espeluncas igneas, tú — ¡oh, sobrina angélica! — acudes a mi zozobra y escribes una carta — muy bien trazada su gramatical urdimbre —, donde, a lo cimerio, se lee esta síntesis: Rt. R.I.P. — *Hijas de Cristo Rey.* Sobre esto y con una cruz entre las dos palabras irgue la fe un sacro signo: Cristo + reina. Al principio quedé en pasmo con carta tan devota, y el pasmo quedóse fuera de todo eclipse con la luz clarísima del introito epistolar: — *Mi querido tío — así comienza tu viola — : Seguramente te extrañará — y con razón — recibir una carta de quien menos lo esperas. Soy sobrina tuya, hija de tu hermano José, que está en El*

(1) Dice mi sobrina que la Muerte me vestirá con la mortaja de los réprobos y así vestido, se me cerrará el cielo eterno y eternamente arderé en las satánicas mazmorras.

Ferrol. Hace ya mucho tiempo que hubiera querido escribirte. Vives tan lejos de tu patria, que me figuro que el recibir alguna noticia de ella te tiene que gustar y más siendo de la familia... Rápido como el meteoro que en las órbitas del firmamento hace giro, sigo leyendo y tropiezo con esta aura que no viene de la altura, sino de la costa mediterránea encendida con la luz de los estios: *No hace todavía un año me encontraba en Madrid en el noviciado de las Hijas de Cristo-rey, a cuya congregación pertenezco, y próxima a mi profesión religiosa. En ese día, en que emité mis votos supe algo de ti, algo que me apenó mucho y que aún no quiero creer. Tío Jesús, ¿Es cierto que escribes novelas (el subrayado es mío) y que tus ideas no son buenas? ¿Y es cierto que una de las novelas la editaste en Francia porque no te la editarían en América? (2). ¿Cuánta pena me causó esto de ti! No te conozco, pero eres de mi familia, ya que después de mi Dios están todos los míos y a todos los quiero para El. Dime si es cierto lo que parece una cosa imposible y no quiero creerlo como no lo oiga de tus labios. ¡Pobrecita hija de Cristo-rey! Temes de mis caídas (casi juzgo que tu carta la inspiró algún monje dominico o algún clérigo prebendado por las vaciedades que efunde); miedo tienes de mi gran caída en el hondo orco — repito — e ignoras que me costó mucho trabajo ser hombre libre, y que mi Dios se diluyó en la llama de universal extensión, al modo según se diluye la nube en la ondulación del viento.*

¿Y qué se gana con vivir en el vacío? Consiento que otros lo busquen y nada objeto contra ellos si sólo se dañan a sí mismos y no causan daño al prójimo. Empero, he de decirte que quien aspire a la santidad puede ser un embaucador. No negaré que la santidad alcance en algunos la acción perfecta, o casi perfecta, porque la perfección integral está en el deseo, y como la carne es rebelde a métodos contrario; a sus apetencias, prevalecerán sobre ella, si no todos, por lo menos casi todos los vicios capitales. Los moralistas aconsejan dentro y fuera

por Frado Rodríguez

del confesionario, mas sus consejos pueden venir de la meditación hipócrita y no de sus obras justas. Eso he observado en la catequesis con que los sembradores abren la siembra sobre los campos del Señor. El vacío ¿qué significa en la fe? Con la fe se pobló de ángeles, y los ángeles forman jerarquías, y un día cercano o remotísimo — día sin noche — tocarán las trompetas que los serafines herreros han producido con martillos de luz. Entonces será llama el firmamento, y sobre su fuego pasarán cuatro caballos en su galope, y no vendrán de establo ni habrán conocido pesebre. Porque los caballos eran en el libro de los siete sellos donde reposa el Cordero que tiene siete cuernos y siete ojos, y ancianos con copas de oro llenas de perfumes. Muy bello este vacío y penetrar sus arcanos equivale a meterse en las glorias que dicen que son como el brillo de la eternidad.

Pláceme, Hija de Cristo-rey, que leas a los Venerables, entre ellos al maestro Juan de Avila. También yo lo leo, y me he detenido en aquel discurso que dirige a una religiosa desconfiada, la cual, por sus muchas tribulaciones, sufre grandes angustias y cree que la ira de Dios vino sobre ella. El poder de la mente es inmenso. Más fuerte que el poder mental es el poder del miedo. Cuando al-

(2) Quizás sin la barrera de los Pirineos hubiese cambiado España, al recibir, libremente, la influencia cultural francesa. Con esta influencia no sólo aprendería España a ser tolerante, sino que cabría en ella aquel profundo respeto hacia los derechos individuales, también llamados los derechos del hombre. Los Pirineos se interpusieron en el camino e Iberia quedó soterrada en su sombra, como si el estar en la sombra fuese su mejor anhelo y su más intenso oficio. En la sombra aliena su ansiedad y así se explica el que esta sobrina monja crea que Francia es el centro de todas las impiedades o el foco de todas las perversiones impías.



Epístolas a mi sobrina monja

guien comprende lo que somos, y de dónde venimos y adónde podemos llegar, sabe, por ende, que la imitación de Cristo no consiste en practicar las absurdas normas, sino en seguir aquellas máximas saludables que Kempis meditó en los instantes de su monacal reposo. Ni el maestro de Avila ni otros sacerdotes, más o menos ascéticos, entran en mi orden laica. Acepto por amigos a Fray Luis de León, a Fray Jerónimo Feijóo, y acepto al jesuita Gracian, que escribió «El Criticón» y fundió en la naturaleza al supremo Artífice, cuyas moradas guardan cuatro animales de cuatro rostros que centellean como bronce muy bruñido — dijo el profeta Ezequiel.

¡La naturaleza, Hija de Cristo-rey, la naturaleza! No todo el mundo está en ella, aunque se sientan sus vientos y tempestades; que estar en un sitio no indica que se está allí para ocuparlo, mas puede ser que se esté en él para hacerle estorbo. No le haría sombra Gracian. Temprano vino la alborada a este jesuita, y envuelto en aquel rosicler, no dió sus ojos a ninguna niebla, con lo cual fueron claros sus juicios e ilustre su sinfonia eglógica. Lee, Hija de Cristo-rey, lee: «Condición tiene de linda la varia naturaleza... En este centro de hermosas variedades, nunca de mi imaginado, me hallé de repente dando más pasos con el espíritu que con el cuerpo, moviendo más los ojos que los pies... Quisiera tener cien ojos y cien manos para poder satisfacer deseos del alma y no pudiera... Cogía una rosa, contemplaba su belleza, percibía su fragancia, no hartándome de mirarla y admirarla. A poco rato halléme tan embarazado de cosas, que hube de dejar unas para lograr otras, repletiendo aplausos y renovando gustos... Ciertamente, eso lo habla Andrenio luego de haber salvado al naufrago Critillo y de haber recibido de éste la voz articulada para hacer conversador discurso. Son entonces dos personajes que se abren la puerta del mundo y entran por ella llenos de admiración y asombro. Mas no fueron figuras reales, sino ficticias. Quien los creó ha sido Gracian, y en realidad, Gracian es el criticón. Maese de su obra, parla con mucha gracia, y al idioma se trasladada con egregio elogio cuando dice que no están presentes los que no se tratan ni ausentes los que por escrito se comunican. Y es el hablar atajo único del saber. Hablando, sólo sabios engendran otros y por la conversación se conduce al ánimo la sabiduría, que era lo que apetecía el filósofo al decir, *habla a fin de que te conozca*. Ver y admirar, Hija de Cristo-rey, y que la admiración sea comprensión. Te

adviento que no sirve abrir los ojos si están en la gran negrura. Hay en muchos ojos una negrura densa que no deja traslucir los horizontes en plenitud de luminosidad. Ver con los ojos interiores y comprender que todo se sostiene por su propia fuerza. Mirar así es ir más alto que la fe. O sin ir más alto, ir sobre firmes pisadas y advertir lo que advertía Aristóteles cuando dijo cómo fueron los hombres quienes han hecho los dioses a su imagen y les dieron sus costumbres.

Me pones unas palabras en latín, y, realmente, ignoro al que las ha escrito. A se aversos ac resiliantes amatorie sequitur: contendique ac deprecatur, ne se deserant, quos tanta vi amoris inquit: Dios se va amorosamente tras los que huyen y se apartan de él. Y no satisfecho con seguirlos, trabaja por volverlos a sí, y les ruega que no le desamparen, pues con tan gran fuerza de amor los busca. En mi caso, Dios no debe buscarme para que tome sus sacramentos y frecuente sus ritos, ya que cumplí con mi justicia, y di agua al sediento y albergue al peregrino...

Agradezco tu ansia por querer infundirme el amor santo. En dicho amor se desconoce la figura. Amor tiene el Cantar de los Cantares, y en ellos habla Salomón y reciben el ósculo sus concubinas. ¡Carne y sangre, Hija de Cristo-rey! ¡Carne y sangre! En esa carne y esa sangre reposó Fray Luis de León y de este modo tradujo la sonata bíblica: Mi rey en su retrete me ha recibido, — donde juntos los dos nos holgaremos, — no habrá allí descuido, — no habrá olvido, — los tus dulces amores cantaremos; — en ti se ocupará todo sentido, — de ti, por ti, en ti nos gozaremos; — siendo sin igual tu hermosura, — a ti solo amará toda dulzura.

Versos son de un poeta, y el aroma que ellos esparcen, tan dulce y gratisimo, viene de las cámaras salomónicas, las cuales, como las cámaras de Jehová, estarían techadas con madera de haya y oro de Parvaim.

Que te «cuenta cosas de América», de esta América que reza a Jesucristo en las iglesias libres, y lo hace cada domingo, sin mucho ruido de campanas. La Reforma transformó el mundo cristiano y aquéllos que la aceptaron se aligeraron. Para que te enteres de ello y no tomes el rábano por las hojas será discreto advertirte que aquí Jesús, llamado el Cristo, vive en paz con todas las gentes. No se enfada. Tampoco tiraniza. Sus católicos altares son simples. La Virgen no viste manto imperial ni se toca con diademas constelada de rubíes. Pero esto importa poco, aun importando mucho. Fuera tú mi hija, y no hija de Cristo-rey, y



te instruiría en los principios sociales, de donde sería el decirte que cuando la Iglesia capitalista se apodera del Estado capitalista, una doble esclavitud es simultánea, porque entonces el Estado practica un doble despotismo y en esta doblez se hunde la nación con la miseria de su calvario. Sabrás, sobrina monja, lo que anhelas saber, si bien continuarás cre-

yendo lo que crees, y sólo llegarán a ti las ceremonias litúrgicas con el fausto de la solemne pompa.

En esta calma de mi silencio pienso en ti. Mas si necesitaras algún consejo, acepta éste de Kempis: Queremos que los demás sean perfectos y no enmendamos nuestras faltas, *Valete*.

Prado Rodríguez

Panorama de la poesía chipriota

● Viene de la pág. 4 ●

(nacida en 1916), el amor exaltado; Kostas Kyrris (nacido en 1915), procedente de un pensamiento lógico y valeryniano, y Kupros Chatzigeorgiu (nacido en 1916), de poemas cargados de fatalidad.

En un momento excepcional, merced a los recientes acontecimientos de Chipre, la poesía parece renacer con un destello nuevo, después que los combates acabaron y que las prisiones se hallan vacías. Una poesía surge actualmente exaltando al amor de los chipriotas por su pequeña patria, por el espíritu griego, por el sacrificio de sus héroes anónimos del E.O.K.A., y por sus dos grandes figuras de la Resistencia chipriota, el obispo Makarios y el coronel Grivas. Los primeros ecos de la revelación de esa poesía nos llegan ahora. Pernaris, Lyssiotis, Chrysanthis, y el más joven, Chr. Papachrysostomos, son los poetas más destacados en la actualidad.

Muestra de poesía chipriota:

(Traducción del francés por Julio Aristides)

Risueños labios cerrados

Risueños labios cerrados, pequeños ojos
[jamás ocultos,
¿qué Serafin te ha hecho soñar?
¡Ah, cuándo reverdecen tus pequeñas
[mejillas,
que animaban nuestra lúgubre casa!
Mi niño de los párpados de azucena, de
[las pequeñas
manos de azucena,
¡Oh, qué dulzura!, ¡Oh, qué gracia inde-
[cible!
¡Duerme! ¡Hasta tus labios que no han
[conocido la alegría
ha venido la muerte a robar un beso!
Todo está como tú lo has dejado a tu
[paso
mi dulce pequeño querido.
Allá está tu retrato, aquí tu tablero,
y, al lado, tus juguetes sobre el lecho.

XANTOS LYSSIOTIS



SABER ESPERAR

(Cuento argentino)

SE domingo, en el rancho se festejaba una fecha patria y desde temprano las calles desbordaban de vehículos y caballos en los que habían llegado gentes de los alrededores.

Por la mañana, en la plaza embanderada hubo banda de música y discursos patrióticos y por la tarde, en una calle lateral, se desarrolló el resto del programa en el que había «palo en, abonado», carreras de embolsados, corrida de sortija, cinchadas, etc.

Evangelino Pereira, paisano joven, que trabajaba en una estancia vecina, concurrió temprano a la fiesta y después de almorzar en la fonda, se anotó entre los que iban a competir «corriendo la sortija». Mozo trabajador y respetuoso, era hijo único de un viejo matrimonio que vivía pobremente en las afueras del pueblo.

Casimiro Tucuna, subcomisario seccional, secundado por el sargento Ruiseñor Bisonte y un par de guardias civiles, guardaban el orden en la fiesta.

Tucuna tenía fama de arbitrario y prepotente y esa tarde, vistiendo un flamante uniforme, deslumbraba desde el renegrido bigotazo enardecido hasta los cascos del caballo a los que había hecho lustrar con betún por su asistente.

Al paso del caballo pasaba ante los concurrentes con aire y gesto de perdonavidas y al cruzar frente a Evangelino, enarcó las cejas y le clavó por un ins-

tante sus turbios y sanguinolentos ojos de foca; mirada que no pasó desapercibida para el mozo y que le hizo recordar que hacía poco tiempo, el policía lo había expulsado de un baile cuando él se encarameló demasiado con una linda chinita de la que luego supo la pretendía sin éxito el policía.

El programa se desarrolló tranquilo hasta la corrida de la sortija; cuando le tocó el turno a Evangelino, hizo caracolear a su overo y a menos de cien metros del arco lo lanzó a media carrera. El jinete avanzaba con el brazo en alto en cuya mano un lápiz apuntaba hacia adelante que, al pasar bajo el arco, ensartó limpiamente la sortija.

Entre vivas y aplausos, el jinete fue sujetando al pingo y en un momento dado, para asegurar el anillo, dejó caer el lápiz y lo apresó en la mano.

Tucuna presenció la limpieza del juego; pero el hecho de que Evangelino no presentara el lápiz dentro de la sortija, le dio el pretexto para intervenir, negando validez a esa corrida y ya dispuesto a imponer su arbitrariedad, espoleó su caballo y apareándolo al de Evangelino, la emprendió a fustazos con el mozo a tiempo que vociferaba:

— ¡Bandido...! Te vi clarito cuando manoteaste el anillo. Pero la autoridad no te va a permitir emprolios, ¡sabandija!

Se arremolinó la gente y los jueces y algunos testigos quisieron hacerse oír alegando que el mozo había ganado en buena ley, pero la voz destemplada del segundo a la que se sumó la de algunos adulones y luego la de los pusilánimes, acabaron por imponerse.

Acollarado por una cadennilla al sargento Bisonte, Evangelino marchó a la comisaría protestando por tamaño ultraje.

Al anochecer terminó la fiesta y cuando ya el pueblo dormía bajo un manto de sombras y silencio, se abrió el calabazo y dos guardias maniataron manos y tobillos al preso que pudo ver a contra luz destacándose en la puerta, la siniestra silueta de Tucuna.

— Aura dejenmén solo con este cachafaz, — dijo despidiendo a los subordinados, y encarándose con Evangelino a tiempo que avanzaba: — Y vos, vago, desde cuando tenés licencia para estafar a la gente y entoavía retobarte... Saparrastroso...

Evangelino lo miró desafiante y en respuesta a su mirada recibió un feroz puñetazo en la boca que le partió los labios.

El mozo recogió sangre y sa-

liva en su boca y la arrojó en un salivazo al rostro del verdugo que, ya descontrolado, continuó dando puñadas como un energúmeno.

— Yo te viá'dar repuntar hembras ajenas, re t a r j a o bramaba Tucuna, descargando sus puños a diestra y siniestra.

Acosado, deshecho y sangrando, el preso cayó de rodillas y así fue pateado ferozmente por el representante del orden hasta dejarlo tendido sobre el piso. Cuando lo vió en esa posición, desabrochó la bragueta y le regó el rostro con su orín, diciéndole con una sonrisa cínica: Esto es güeno pa los machucos...

Evangelino hizo un tremendo esfuerzo para no descubrir la firme resolución que se había jurado y el segundo se retiró cerrando el calabozo.

Al otro día, ya entrada la noche, el sargento lo puso en libertad con esta frase: Güeno, a bañarse, cusco bayo.

El mozo salió tambaleando, montó en su overo y como un fantasma en la noche cruzó las calles oscuras y desiertas.

Llegó al rancho de sus padres y los encontró levantados, inquietos por su tardanza; cuando éstos, a la luz de una vela, vieron el estrago, se estremecieron de horror ante aquella cabeza querida que semejava una enorme bola deforme y tumefacta.

— Mataperros, maula; se ha cebao como carancho hambriento en carniza fresca — comentó indignado el padre.

— Déjelo nomás, tata; q'ese carancho no come más tumba en cuanto yo esté güeno — respondió con terrible firmeza el mozo. Y el viejo:

— Veo que sos de mi misma laya, muchacho; pero, peligra que cometás una chapetonada por atropellao. Pa tu gobierno, te viá relatar un caso que pasó hace muchos años:

Allá por Vichadero, supo vivir hace mucho un portugués ricazo que cometió muchas fechorías de las que naidés se animó a pedirle cuentas porque la autoridad estaba de su parte.

Solterón y mujeriego, el hombre se había cebao a ensillar hembras ajenas y la que no conseguía a fuerza é'libras, le engarraba lo mesmo valiéndose de artimañas por sucias que fueran. Así las cosas, un día se enamoró de la mujer de un tropero que sin rechazarle las dádivas, se le negaba alegando que su hombre era capaz de una barbaridad si olfatiaba el asunto. Tonce el portugués preparó una e'sus arterias pa librarse del tropero y le mandó la polecia a re-



visarle el rancho. Unos cueros lanares con la señal del estanciero enterrados en un cicutal cerca del rancho fueron causa pa q'el tropero marchara preso por ladrón y pa que la hembra se regodiara un poco e'tiempo; porque el estanciero le abrió el pingo cerquita nomás y siguió ensillando en tropilla agena.

Dos años de cárcel tranquean despacio y dan tiempo pa hacer bien las cosas; pensaba el preso que se la había jurao y rejurao al indino. Un día dió en el clavo y murmuró casi alegremente: «Si, hay que saber esperar... pa no pagarla».

Un día lo libertaron y rumbió pal sur ande trabajó mucho tiempo en una estancia.

Po'el Vichadero ya naidés se acordaba del caso porque el hacendao había cometido otras pellejeras que estaban más en la murmuración del pago, porque así es la gente: el chisme y l'agua los quiere fresquitos.

Güeno, el caso jué que una nocheica encontraron al portugués acribillao a puñaladas en el camino cuando volvía de unas carreras. La polecia prendió a unos cuantos infelices pero, le faltó el soplón y a la fin hubo e' sosegarse.

Al tropero no lo molestó naidés y tiempo después se casó y la mujer le dió un hijo que pa esta fecha ha de andar rigulando con tu mesma edá... Eso es todo, m'hijo.

— Si... saber esperar — dijo Evangelino meditabundo.

— No espero nada y áura mesmito se me pone este paño en la cabeza pa disolver la sangre — dijo la madre que al entrar oyó la última frase.

El padre salió al patio y mirando la inmensa noche estrellada, murmuró amargamente: «Esperar... si sabré lo q'es esperar».

PRUDENCIO MALBAJAR

Un libro

que se recomienda solo

QVINET



FELIPE ALAIZ

Recién aparecido. Precio 5,00 N.F.

Es una edición «SOLI»



ELNE (Castrum Helenæ)

A unos 14 kilómetros al sur de Perpiñán se encuentra Elne, la antiquísima ciudad de Illiberis, rodeada de espléndidas y fértiles tierras con sus huertas y viñedos, sus árboles frutales, su río Tech, sobre cuyas riberas da la sensación de adormecerse, su claustro y su fantástico mirador. Orgullosa de la hermosura de sus mujeres, de la benignidad de su clima y de la nitidez de su sol, canta alegre sus riquezas que esparce continua y abundantemente por toda Francia.

A pesar de tantos bienes con que la ha dotado pródiga la Madre Naturaleza, Elne, como la gran mayoría de pueblos antiguos desconoce con exactitud el año en que «nació» así como el nombre de quien la «creó», siéndole forzoso recurrir a la leyenda, o por querer adornarse con el lujo de poseer una como ciudad privilegiada, como lo son cuantas pueden presumir de cuentos fabulosos y de mitos, entre los cuales van apareciendo de manera misteriosa sus primeras piedras y «hechos» que les permiten darse tono. Elne se ve, pues, envuelta entre las sutiles redes legendarias que elevan su antigüedad a los tiempos de Piréne, hija del rey Brebix, tras cuyos amores corrió alocado Alcides, nieto de Alcé, sobrenombre de Hércules. Procedentes de las tierras del norte, sentaron sus reales en la yasta llanura como fiel promesa y venturoso augurio.

Albert Esteve en su espectáculo evocador de los tiempos mitológicos nos dice que,

*...La vida era una eterna melodía,
des del trencar de l'alba fins alta
[hora
i, a la nit, el silenci era tan nitid,
que, al fons del fons, encara s'oia
[el bronze,*

explicándonos majestuosamente la vida de sus primeros habitantes sin definirlos, dejándolos envueltos en la fantástica y espesa neblina acostumbrada que cubre soledad y misterio hasta que, evaporándola por arte de encantamiento le permite exclamar:

*«Tal era ans de l'història i la
[legenda.
Tal era el primer brot. Tal era
[Illiberis,
quan ferro en ma, vingué el fill
[de l'Os, Brèvit
a establir el primer nucli d'un
[reialme
votat a un alt destí, incomplet
[encara...*

Entrando con pie firme en la Historia, digamos que en el año 218 antes de Cristo, el célebre general cartaginés Aníbal, camino de Italia, franquea con un nume-



roso y aguerrido ejército montado en elefantes el Perthus, estableciendo su campo en Illiberis. La maravillosa situación de la ciudad con su voluptuoso clima junto a la hermosura y elegancia de sus mujeres estuvieron a punto — adelantándose a Capua — de hundir el prestigio del hijo de Amílcar Barca.

Presionado por su lugarteniente Maharbal, logró reaccionar y escapar a la embrujadora y plácida vida de Illiberis, permitiéndole cosechar la gloria con el inexpugnable paso de los Alpes con los grandes cuadrúpedos y la victoria en las batallas del Tesino, Trebia, Trasimeno y Canas, mientras que Capua le «quitó» Roma y el honor en Zama, al acudir en socorro de Cartago amenazada por Escipión e Africano.

Orgullosa de «su» general, deshecha una parte histórica de la estancia de Aníbal en su suelo, al no admitir la «huida» del carta-

gínés llevando en sus nervudos brazos la perla de la ciudad, la fascinadora y sensual hija de uno de los notables llamada también Illiberis, achacando a un confusionalismo de nombres el lamentable capítulo dedicado a dichos amores, admitiendo por contra, su decadencia en el transcurso del año 121 y cuya fama no recuperó hasta el fin de la época imperial al convertirse en Castrum Helenæ (de donde el nombre de Elne) que le entregara Constantino, el de la milagrosa cruz llevando la inscripción de, «In hoc signo vinces».

A pesar de los disturbios que se sucedieron y asolaron el Rosellón allá por los años 406-408 con la llegada de los vándalos, suevos, alanos y los visigodos en 414, Elne mantiene firme su prestigio, desapareciendo las magistraturas romanas para dar paso a los condes y jueces. Una fuerte corriente católica se deja sentir a pesar del

arrianismo de sus últimos dominadores, creándose en 570 y en detrimento de Narbona el obispado de Elne que pasa a ser la capital y sede naturalmente del conde. La entente entre la Iglesia y el Estado se hace aún más estrecha en el año 587 al convertirse a la religión católica el rey Recaredo, siendo introducidas a partir del año 633 todas las particularidades arcaicas y reaccionarias de la Iglesia española.

Año 719. Llegada inesperada de los árabes, pasando Elne a ser una ciudad sarracena. La tradición se mostró generosa con estos últimos invasores, atribuyéndoles diversos monumentos y también una serie de innovaciones en el dominio de la economía y costumbres. Los amores de la bella Lampegia y Manuza no pasa de ser una emocionante y romántica leyenda. El resultado más claro de la ocupación árabe fué el permitir a los francos establecerse en el Rosellón y por consecuencia en Elne.

En 759, Pepín, rey de los francos se apodera de Narbona y en 768 es Carlomagno quien sube al Trono. Todas las vicisitudes de estos dos reinados los sufre Elne trabajando con gran ahínco para mantener su personalidad y prestigio al igual que en 865 con Carlos el Calvo autor de la separación de Narbona y de la Marcha de España.

Después de un largo período de guerras, la política de Carlomagno es dedicada a reconstituir la prosperidad del país, dictando unas orientaciones capaces de despertar el interés y afluencia de la mano de obra, destacándose la ley de cultivo inmediato de las tierras yermas, pasando de derecho a los treinta años a ser propiedad efectiva de los explotadores. La inmigración española se asevera la más numerosa, siendo los primeros en aprovecharse como no! de sus primicias las órdenes religiosas que se apoderaron con su peculiar descaro y sin igual maestría de inmensos dominios, edificando gran cantidad de monasterios e iglesias. Los cascos de la negra caballería asolaron Elne, viéndose sometida al más formidable sistema totalitario que jamás haya existido, sufriendo las consecuencias de la dictadura del temible ejército clerical. Las mejores tierras fueron inscritas en sus registros no sin que los nativos les hicieran dura guerra, ya que Elne en todos los momentos de su historia fué reacia a admitir imposiciones de nadie.

La influencia combinada de las citadas instituciones y las necesidades económicas, como no podía ser de otra manera, hicieron que Elne desembocara fatalmente en la feudalidad. Las cargas públicas se convirtieron en beneficios, naciendo el derecho de herencia. Así

antigua ciudad del Illíberis



por Juan GIRAUD

pasan bajo el poder del conde de Barcelona en el año 1111 el condado de Besalú y en 1117 el de Cerdeña. En 1172 por voluntad del conde de Guinart hereda el Rosellón Alfonso 1º de Aragón. Desde esta fecha hasta el año 1276 pasa, pues, Elne, a depender del reino aragonés empezando a florecer de nuevo saliendo de la sangría y ruinas de que la hicieron víctima sarracenos y normandos, aunque permaneciera bajo el yugo eclesiástico que, en parte, creyeron romper al deshacerse del control de obispos y frailes poniéndose bajo la protección directa del Papa. Pero cuando empieza a gozar, digamos, de una verdadera civilización es durante el período de la expansión catalana con la dinastía de Barcelona, llegando casi a su completa independencia al pasar el conde de Barcelona a serlo del Rosellón y Cerdeña. Con Ramón Berenguer IV casado con doña Petronila de Aragón se acentúa el poder hispánico al romperse completamente los lazos que les unían a Francia.

Elne va a vivir plenamente y a poder emplear con amplia libertad su lengua, usos y costumbres, siguiendo las mismas alternativas e idénticos sinsabores que sus hermanas de raza. Después de la primera dominación aragonesa y al morir en 1276 don Jaime el Conquistador, pasa a depender del reino de Mallorca hasta el año 1344, para volver de nuevo al poderío de Aragón. De 1463 al 1493 ocupación francesa y de 1493 a 1659, yugo español. En dicho año por el Tratado de los Pirineos, estúpidamente vanagloriado y festejado por el régimen franquista, es anexionada de manera definitiva con el Rosellón a Francia.

Expuesta a todos los sinsabores de una molesta inestabilidad corrió, como España entera, el riesgo de ver cambiado totalmente el curso de su destino si Alfonso V de Portugal, pretendiente a la mano de la Beltraneja, no hubiese sido derrotado en los campos de Toro por Fernando el Católico, triunfo que hizo posible, también, la hegemonía castellana, consolidada por las Cortes al promulgar las célebres «Leyes de Toro». La ambición y orgullo de Castilla se puso de manifiesto al morir Isabel la Católica con su «gesto» de echar, como quien dice por la ventana — y esto que no era ni catalán, ni aragonés y sí castellano — a Fernando de Aragón proclamando reyes a Juana la Loca y Felipe el Hermoso. Si Fernando hubiese tenido hijos de su segundo matrimonio con Germana de Foix, una vez más la conjunción ibérica bajo tutela castellana habría podido ser una vana ilusión. Murió Fernando y a partir de entonces Cataluña, Aragón, Valencia, Mallorca y El Rosellón contaron cada vez menos por arte de

un poder extranjero, los Austrias, adulados por Castilla como más tarde lo fueron los Borbones, impidiendo con su soberbia la verdadera unidad de la península.

Elne posee también su historia industrial, agrícola, intelectual y artística. En el siglo VI Elne fabricaba una cerámica con pinturas considerada como el indicio del carácter ibérico adquirido por toda la región que se extendía desde Cataluña al Herault, siendo la fabricación de ladrillos, tejas, mosaicos y demás alfarería, junto a la de piezas de moneda, una de sus principales industrias. En el año 1332 cuarenta fabricantes de los más finos paños se encontraban en plena producción, así como diversas forjas de las que salían hierro de excelente calidad.

En 1659 vuelve a pasar por duro trance ante la decadencia de la monarquía de Felipe II. Disminución de la población y desaparición total de su floreciente industria con un notable languidecimiento de la agricultura y consiguiente ruina de la moneda. En 1602 pierde, en fin, a favor de Perpiñán su obispado y con él sus derechos de capital.

En el campo de las letras se distinguió siempre al proteger de manera entusiasta a sus cultivadores. Los trovadores hallaron amplias facilidades para cultivar su lirismo, siendo Berenguer de Palazol con Guillermo de Cabestany su más alto exponente. Justo es hacer constar igualmente que si la mayor gloria de Ramón Llull — y no Raymundo, ni Lull, ni Lull — pertenece a Mallorca, la influencia ejercida por él sobre los místicos del Rosellón fue muy grande y que a Elne correspondió el honor de albergarle en el año 1282 en espera de ser recibido en Perpiñán por el rey Jaime, y es casi seguro que en Elne compuso su famoso poema «El pecado de Adán» a aquél dedicado.

Cuando en 1499 Rosenbach abrió en Perpiñán su primera imprenta el primer libro editado fué, en 1500, el «Breviario de Elne», obra impresa en papel vitela y del cual existe hoy un solo ejemplar conservado en la biblioteca de Santa Genoveva.

En el arte arquitectónico puede vanagloriarse de poseer una catedral que con su claustro constituyen el conjunto más importante y más completo del arte romano. En los comienzos del siglo IV se edificó la primera basílica cristiana, cuyo ábside subsiste aún encajado en la de la iglesia visigoda que le sucedió y de la que es el único vestigio, siendo la catedral actual como es norma inveterada en los templos cristianos, obra de varias generaciones.

En el transcurso del año XX del reino de Enrique I y más precisamente el 10 de diciembre, se puede leer en «Marca Hispánica»: «Varios hombres eminentes con señores notables de diversas localidades, llegaron a Elne acompañados de una muchedumbre masculina de calidad, con el objetivo de reconstruir el domicilio episcopal de Santa Eulalia.» Habiendo Enrique I ascendido al trono en 1031, la reconstrucción de la catedral de Elche se sitúa en el año 1059.

La nueva iglesia consta de tres naves, habiendo sido abierta al culto diez años más tarde, o sea en 1069, como lo indica la transcripción grabada sobre el altar mayor, pero las diversas diferencias que existen, permiten pensar que los trabajos se prolongaron durante largos años. Edificada en la parte más alta de la ciudad domina toda la llanura y el mar. Su fachada austera y grandiosa ha sufrido diversos asaltos, presentando el timpano y marco de la puerta monumental las trazas del incendio provocado por los soldados del audaz Felipe en 1285.

Dos potentes campanarios debían primitivamente existir elevándose en los dos lados de la iglesia. Sólo el situado a la derecha ha sido reconstruido. En el sitio del otro se levanta una torre de ladrillos más modesta que su vecina. Esta posee en cada cara de sus cinco pisos cuatro grandes ventanas arqueadas dando la impresión de ser más una construcción militar que religiosa, atalaya y fortaleza más que campanario.

Adosado a la iglesia se encuentra el famoso claustro, verdadera maravilla arquitectónica y seguramente el más hermoso de Francia. Su principal cualidad es de ser a la vez romano y gótico. Su forma es un cuadrilátero irregular en mármol blanco ligeramente azulado. En cada ángulo interior un pilar cuadrado contando sus cuatro galerías de tres pilares semejantes entre los cuales se hallan grupos de columnas gemelas con escultural reflejando leones, machos cabrios agresivos, y animales de gran rareza como águilas con cabeza de ángel, sirenas, etc., etc. En el centro un gracioso jardín con toda clase de flores locales.

Conserva igualmente el pueblo parte de sus murallas con sus tres puertas de entrada: «Porta Balaguer», «Porta de Colliure» y «Porta de Perpinyà» como gloria de sus tiempos guerreros, constituyendo magníficos miradores desde los cuales se distinguen inmensas extensiones de terrenos y el mar, la cordillera de los Pi-

ríneos y el famoso Canigó inmortalizado por Jacinto Verdaguer.

En la actualidad la antigua ciudad de Illíberis ha perdido todo su esplendor de antaño. Ni fábricas, ni alforjas, ni grandes poetas, ni célebres escritores, ni arquitectos famosos, ni pintores de renombre. Elne véase hoy convertida en un vasto huerto con importantes viñedos, y su mayor orgullo «el mercado», el más concurrido de la región después del de Perpiñán, con una red de expedidores verdaderamente imponente y su única industria la Cooperativa Destilería donde se lleva a cabo la conserva de sus sabrosos frutos.

¿Qué le queda entonces a Elne? Su alma y sus hijos, decididos a resucitar su pasado y mantenerse a la vanguardia de los que sienten verdadero afecto por la tierra que les vio nacer. Su alma y sus hijos, dedicados a revalorizar la gloria de su pueblo y para lograrlo crean grupos artísticos y folklóricos, donde el catalán y la sardana sientan sus reales con carácter exclusivo, y efectúan trabajos arqueológicos con una fe digna de las mejores suertes. Diversas y meritorias son las piezas encontradas pertenecientes a diferentes épocas y que se pueden contemplar en el museo amorosamente cuidado y con gran cariño conservado, viendo con orgullo cómo cada día aumenta su interés e importancia. Su alma y sus hijos, siempre dispuestos a vencer en la ardua lucha entablada de catalanizar aún más si cabe el solar de sus mayores, pues su fidelidad a la lengua madre es otra de las características del pueblo de Elne, como así uno de sus grandes méritos. En todos los tiempos supo guardar intacto el amor de sus amores no renunciando nunca a expresarse en el idioma que sus padres le legaron, convencida de que el genio difícilmente puede aceptar el expresarse en una lengua que relación alguna tiene con la leche que le amamantó. Elne se siente orgullosa de ser tierra catalana. Al felicitarla de corazón le digo:

¡Amunt els cors!

Elne (P. O.), junio 1961.



★ Temática de la poesía contemporánea

Cada generación tiene la suya, formando un sinfín de constelaciones y respondiendo a las inquietudes de su época respectiva. Vamos, pues, con la segunda mitad de este siglo, ciclo del botón electrotelemecánico y del verbo disfrazado de istmos. Cada grupo étnico se caracteriza por lo que es en su empuje diabólico hacia el porvenir incierto; pero los poetas no estilizados, sabios, místicos, soñadores, humanitaristas y actores de la comedia-vida, van contra corriente. Algunos perecen en su propio ego, otros se aglutinan de realidades, formando un florilegio de valores trascendentes.

La poesía actual de Francia, es prolifera de ejemplos en el arte del buen decir. Jean Grassin, al editar más de 200 antologías contemporáneas expone a la superficie los tesoros ocultos del alma lírica de Francia. Constelaciones aglutinadas en poemarios simples o en volúmenes como la «Encyclopédie poétique», dirigida por nuestro amigo Jean Polivet Le Guenn, en la cual se destacan 308 poetas, entre los cuales citamos a Jean Cassou, Cocteau, Jean Grassin, Isidore Issou, Marc Alyn, Cécile Aubry, Pierre Fombeure, Paul Géraudy, Emmanuel Looten, Pierre Persot, André Pincé, Armande Plé, J. Polivet Le Guenn, Jean Rousselot, Luc Vuagnat, Arianne Villandry, Claude Sorel y Maurice Lemaitre.

Además de la citada publicación enciclopédica, se ilustra «Sequance»: antología de presentación lujosa y de mucho valor.

Analizamos al cabo de muchos meses de enjundioso escrutinio, las obras editadas por Jean Grassin, en cuyo florilegio observamos las siguientes cualidades positivas y afirmativas: Poesía egocéntrica. Inquietudes medulares. Cosmopoesía. Narcisismo enfermizo. Inhibición. Poesía hispanista, como la de André Pincé soñadora de toreros y manolas, exégeta de místicos universales y poetas del ibérico terruño.

«Le Romancier des Bêtes» de Georges Pomaian, se presenta en versos lípidos de pátina juglar, como un breviario y acertados gracejos de moral silvestre.

«La Fête Servile» de Maurice Flandre, vibra por su ambición ingenua: «Brefs moments poétiques, nos escribe, où se révèle notre vrai visage». Luminosa juventud de ilusiones vaporosas.

Hay rimas anímicas insubstanciales, o embalsamadas de sonoros adjetivos, que al emplearse en profusión resultan paramentos ficticios, de pensamientos sin contenido o intuiciones huérfas.

La poesía puede ser enigmática, paradisiaca y sedienta de amor sin sexo, tal que nos presenta el poemario de Jean Marc Bordier.

SI nos preguntasen ¿qué es la poesía? miráramos la hora del reloj. Eso es. Según las agujas del cuadrante, que nunca están quietas, así es el corazón, así es la poesía: borrachera de acentos en ayunas, metabolismo, rima disciplinada y sin contenido o desorden gramatical de esencias.

Por eso la auténtica poesía, es errante, y no aspira a trasponer los umbrales de las Academias, ni a recibir premios de buena conducta. Como quiera que sea lucubración de los sentidos, no admite principios ni jerarquías. Es por sí sola como un fuego fatuo de dictámenes, volandera y caprichosa, se ubica en el corazón de quien recoja mejor sus ecuaciones, y allí se cuaja con barnices ebúrneos en el alma atrafagada de todos los pueblos a través de la perenne tragedia humana.

Quando el hombre se concentra en sí mismo para absorber imágenes cualitativas y plasmarlas en conceptos, si es poeta, sus estrofas serán conceptualistas, simbólicas, con ejemplos de fe.

Así, «L'Homme au Rosier», es prosa poética idealizada simbólicamente con algunos conceptos ingeniosos.

Paul du Mail, de quien ya hemos tratado en SUPLEMENTO LINTERARIO, nos introduce en una segunda obra de lípidos versos, siempre con la misma in-

spirado aparecido en las ediciones Jean Grassin. He aquí dos ramilletes de aguafuertes nacidos del fondo de un corazón normando. Tierna y suave con alas de colibrí, Armande Plé se inhibe en el insondable misticismo del ser temporal. Ingenua en su carácter, arrolladora de entusiasmos abriños, educadora de niños, su poesía lleva un estilo cantarín de rumorosas fuentes. Al igual que nuestro Miguel Hernández, es receptora de imágenes, manantial de canciones, abrasadora de li-

por Volga MARCOS

quietud infrahumana, en el dualismo fatalista del ser: la muerte es femenina. Es la sombra invisible ubicada en envoltorios efímeros de eternidad interna. Versificador de precisiones, el diálogo entre la vida y la muerte es sugestivo, enigmático, desolador, de rima acompañada con oscilaciones de péndulo.

«La Fête Servile» de Maurice Flandre, parece una desordenada colección de acuarelas, con neurotismos cromáticos elocuentes de lírico sabor.

A estos poemas de forzosa juventud, los llamaremos egocéntricos; es decir: el poeta, bisoña con las primeras representaciones que recibe su espíritu. Maurice Flandre, tiene la facultad de sentir y la capacidad de embellecer sus enjuiciadas expresiones a través de la poesía.

Arianne Villandry, en «Meridiano 40», se sitúa en la misma cualidad que el anterior. Más introspectiva que aquél, mística de su estancia, mira en el fondo intangible del lago universal; véase allí reflejada entre las ondas fugitivas, añorando su juventud en el agosto de la vida. Miembro de la «Société des Gens de Lettres», autora señora de acentos sólidos en sus obras numerosas, lleva siempre en su interior el abismo de las cosas como un leve defecto innato en el sentido demasiado ensimismado.

«Reflet dans l'ombre», de Armande Plé, se sitúa entre lo más

rismos y atormentada del tiempo que nunca vuelve. Nacida en un pueblecito de Normandía, lleva siempre en arraigo, la candidez espontánea, como un valor lugareño de los más hermosos rincones de Francia. Sus versos se encadenan por expresiones en sirga arrancadas en el tabernáculo de su corazón. Es una razón de ser, existir para escribir, y escribir por hambre de sentir.

De la poesía íntima, quizá demasiado interior, pasamos al subjetivismo anarquizante de Claude Sorel. Uno de los poetas más conocidos de «nuestro París» y de todos los medios intelectuales de Francia.

Sorel, en su libro extravagante: «Morisme-Suc-Gestivisme», inhibe frases bizmando a su antojo sílabas desordenadas con un fin inconformista en el lenguaje académico.

Arpegios líricos de poemas, rismos y sugestivos de enmarañados apotegmas, con expresiones agudas, mordiendo en la llaga social, Picasso de la gramática, arponea en la forma del buen decir con propósitos humanitaristas. Es sin embargo, lírico, pensador, humanista y cautivamente original.

«Ecrit dans le soleil» de Albert Maloire, es una de las más ricas antologías publicadas por Grassin, ilustrada por innumerables fotos elocuentes hechas en Argelia.

Su contenido esencial son las

impresiones recogidas a lo vivo por los poetas soldados, encendidas por el realismo del presente. La obediencia pasa como un deber temporal. El destino impregna sus huellas en la verdadera historia. La escrita en el «Bled» bajo el sol plomizo y la muerte agazapada.

La tierra, los ríos y las montañas quedan, el hombre pasa.

Alberto Maloire ha seleccionado treinta poetas combatientes en Argelia, los cuales nos retratan en las acuarelas de sus versos, el trágico sentir en el fondo del instante.

Poblaciones enigmáticas, rostros torvos o risueños, fotos de recuerdos, lazarillos de inocente vanidad. Onduladas canciones trepidas entre el cansancio y la muerte. Hombres, camellos, pozos, asnos, villorrios de cal y sombras compactas, cinceladas por el sol y difuminadas por ángulos quebrados de milenarias «mechetas», y escabrosas lejanías vegetales. Diminutos «guades» de pereza corriente serpentean la muerte mineral. Facciones emboscadas entre la chilata y el turbante, poesía arrancada de las horas huecas del reloj ciego. Caderas africanas, ojos inyectados de odio musulmán, rabia apasionada como la de los moros de Franco, asesinos a sueldo. Miradas de aceituna verde. Piedad, mansedumbre y todo un contraste curioso y evocador recogido por los poetas soldados, traducimos a Bernard Abram de los treinta poetas de dicha antología:

«Quinientos mozos de 20 años
sentados en el puerto
y la sirena gemía en las olas
cara al mar
quinientos mozos de 20 años
cantando a coro
esta vieja canción:
*Il y a longtemps que je t'aime,
jamais je ne t'oublierai.*»

Dejamos a los poetas soldados para concluir este comentario con los más representativos de la poesía francesa:

Jean Polivet Le Guenn, positivista, crítico avezado, escritor fecundo y liberal, es de los mejores amigos de nuestra España inmortal de Cervantes. Conocedor del idioma hispano y de toda su cultura, Le Guenn es además poeta plástico maneja su idioma con facundia substancial, imágenes floreadas de epítetos y pletóricos neologismos, aliteraciones innatas, casuales o artificiosas, pero siempre rondadoras de enigmas en las preocupaciones humanas. Colaborador de numerosas revistas literarias, director de la «Encyclopédie poétique» y animador incansable de la joven poesía de Francia.

de Francia



Sus obras principales son : « Nocturnales » 1936, « Crise cardiaque » 1945, « Paraphrases du rêve » 1945, « Printemps àpre » 1953, « Queues de Poisson » 1955, « Salons » 1959, etc.

Michelle Nerson, bella adolescente, en « Las naves muertas » convierte en áureas estrofas su candorosa inquietud.

Cerramos este rápido panorama lírico con la obra estelar de Pierre Persat: « Plus haut les hommes », editada asimismo por Jean Grassin.

El poema de Persat evoca al hombre desde el fondo de las cavernas hasta el auge arrollador de su insatisfecho genio creador: « Siempre más arriba de los hombres », está recortada en cómputos metafísicos. El libro lujosamente encuadernado, lleva en su cubierta, los símbolos de la civilización. Un mamut junto al hombre prehistórico con sus armas rudimentarias.

¿Podremos llamar poesía a esta prosa recortada con afortunadas meditaciones? Poesía es el contenido estrujado embellecido o lacerado de realidades crudas. La obra de Persat, de estar escrita en prosa, diríamos que es poética, y siendo versos libres, la llamaremos suelta. La realidad y los sueños están emparentados en los mismos paralelos del hombre pensante, racional y escudriñador de fórmulas inéditas en las visceras de la Ciencia, para descubrir el contenido metafísico de la materia. El poema de Persat es precisamente el camino trazado por el hombre desde el alba de su razón de ser y sentir, hasta la multica liberación de la materia. Un proceso de siglos en donde falta el nexo principal del hombre: su propia liberación, su conciencia, su espíritu, su razón de vivir y el derecho a llamarse hombre de cinco sentidos.

Llegamos en este proceso al presente mecánico, hambre de distancias y evasiones cósmicas. La solución de castas, clases y privilegios queda siempre agazapada en el ventanal abierto de la Ciencia. Si bien muchas enfermedades han sido vencidas, el hombre sigue cayendo en muerte violenta atravesado por los istmos que perennes pululan en la laguna política. Leamos una buena pieza de la obra para inquirir en el contenido lingüístico de exuberancias, con precisiones cibernéticas. Es el poeta, acaso un pintor de superficies y captador de anticipación; pero, se le escapan las exigencias de las multitudes. No se llega al año 2.000 a correr de pluma; hay un fondo histórico de evolución, del cual no nos podemos eludir. No obstante, quedan patentes los fenómenos de la naturaleza y la conquista por el

hombre de sus propios medios de existencia, desde la antorcha que le libró de las tinieblas hasta la electrotelemechanica que le hizo esclavo del número.

En las fábricas del año 2001 habrá siempre blusas blancas y obreros manuales más o menos retribuidos. El milagro de los cromados y articulados dedos mecánicos. Los ojos de parafina y el robot en su conjunto, no liberarán nunca al hombre del yugo de las horas en el trabajo agotador y mal retribuido, mientras no se libere de las clases que le oprimen, sean éstas políticas totalitarias o capitalistas sin corazón.

El poema de Persat, tiene briznas de romanticismo. Retrata las ciudades del pasado, evoca los periodos de las generaciones con patéticas trascendencias. Los instantes bíblicos de la vida. Las mil y una Iliada y Odisea del ser racional entre los arbores del ocaso y la noche eterna del corazón. Nos cambia el rostro de sus dioses para apartarnos de todos los ismos. Tierra centro del cosmos ayer; hoy polvo imperceptible de galaxia insignificante, donde hormiguean las estrellas en cien mil años de luz.

Se forma un génesis de proteínas y una célula de galaxia, con fuertes ringorringos de filosofía y astronomía. Persat invoca al hombre, y todas sus aleluyas de cifras, fórmulas y ecuaciones peligrosas. Es el puente tendido desde el fuego del pedernal, hasta el futuro anunciador de la extinción total de la raza por mano del hombre semidiós.

Hace apología de la ley de la selva, de las naciones con todos sus ismos, catolicismo, socialismo, comunismo, recipiente demagógico del arte de hablar en frío o con la pasión abrasadora del fanatismo homicida. En el nuevo diluvio del fuego, se juega el todo por el todo. El diluvio de la biblia dice, fué un pequeño accidente para dibujos animados.

¿Aparecerá otra vez el hombre y sus trágicas mascaradas? ¿Aparecerá el espectro del sufragio universal?

Una profundísima meditación ecléctica buscará de nuevo al hombre en el pozo de su origen. « L'homme, drôle d'animal ». Turnarán de nuevo los gestos premeditados y donde nazca un dios, pensamos nosotros, nacerá otra vez una fuente inagotable de cataclismos. Pierre Persat ha recibido el gran premio de poesía de Vichy por este hermoso poema. Premio bien merecido aunque al final de la obra evoque la época moderna con los viejos atavismos supersticiosos del hombre. Aquí termina la poesía, donde comienzan las meditaciones superficiales.

El reportaje de hoy

« ADOLESCENTES »



ARNOLD GOSELLE ha dedicado la mayor parte de su vida a estudiar los rasgos de conducta de los niños. Abandonó una importante cátedra de Psicología para ingresar en la Escuela de Medicina de la Universidad de Yale. Después inició el estudio clínico-psicológico de la adolescencia.

— Esos años — ha dicho — son los más difíciles. Los adolescentes merecen ser analizados y comprendidos.

« El adolescente — opina Clara Sert — se caracteriza por su inseguridad y su rebeldía. Está lleno de ideales y siente la necesidad de ganarse la vida. Todo en él es un poco heroico, pero también torpe y triste. »

Precisamente fué un humorista español — Jardiel Poncela — el que dijo una de las verdades más exactas sobre el particular:

— « Más pesado — afirma — que una juventud de veinte años... »

Es así. A los veinte años es cuando la vida resulta francamente insoportable. Las ideas y las cosas se observan bajo puntos de vista trágicos, el sentido del humor se desconoce y es el momento en que en el fondo sin definir de nuestra idiosincrasia se está perfilando el héroe, el aventurero audaz o el gran místico.

A los veinte años nadie piensa en roturar pacíficamente la tierra ni encuentra belleza en la calma sedentaria de un hogar.

— ¿Qué te gustaría ser? — preguntamos a un adolescente.

— ¡Pirata!

— ¿Y tú?

Responde sin vacilar:

— ¡Caryl Chessman!

— ¿Tú?

— Misionero.

— ¿Y tú?

— ¡Astronauta!

Piratas, misioneros, pilotos del espacio... ¡Adolescencia! Divino tesoro de una edad en que para los caminos difíciles de la vida se cuenta con un zurrón repleto de ensueños.

Estamos seguros de que de seguir preguntando no faltaría el joven que envidiase la suerte de Adolf Eichmann por cuanto puede tener de aventura y espectacularidad.

Clara Sert ha observado el pro-

blema bajo un aspecto más serio.

— « El adolescente vive una auténtica crisis — dice. No sabe exactamente lo que quiere ni cómo lo quiere. No puede explicarse. Nadie le comprende ni él comprende a nadie... »

Exacto. El adolescente necesita una gran comprensión. Acaba de pasar de su fe de niño a su gran asombro de hombre. Momento peligroso.

Hora trascendental para los padres y para los profesores.

— ¿Qué tienes? ¿Por qué andas preocupado?

— ¡Psch! Nada...

Sus reservas ocultan un miedo fundamental: el de ser despreciado. Se defiende mostrándose lleno de bravuconerías y de amor propio. No obstante conviene tener en cuenta su carácter generoso y apasionado.

— Ven...

Es la hora de los padres. De los padres conscientes que sepan dar su gran lección de amor. Del padre capaz de escalar la cumbre sensata del maestro y descender, si llega el caso, al llano cordial del amigo.

— Ven. El camino es éste...

Un camino que hay que señalar con mano firme, pero con matices persuasivos en la voz. Con un sentido pedagógico maravillosamente equilibrado.

— ¿Por qué?

— ¡Ah!

¿Qué importancia tan grande tiene ese paso que separa al adolescente del hombre! ¡Cuántas cosas pueden depender de un solo acto imprevisto!

Nosotros hemos conocido a un núcleo de jóvenes de vida extraña. Muchachos de gestos displícenes y pasos perdidos...

También fueron niños. Tal vez niños taciturnos, de mirada triste y manitas vacías.

Les hemos preguntado:

— ¿Qué te hubiese gustado ser?

Y ellos — serios, amargos, de vuelta ya de todas las sorpresas de la vida, han contestado invariablemente:

— ¡Hombres!

C. Vega Alvarez



LA BIBLIA, por



HAN RYNER

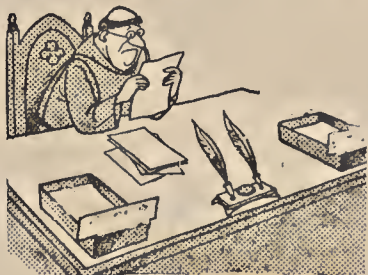
EN 1525, Pedro Gringoire pedia al parlamento la autorización para imprimir las «Horas de Nuestra Señora» en francés. El parlamento consultó a la Sorbona, consejo enteramente eclesiástico. Los grandes y solemnes clérigos que lo componían respondieron: «Semejantes traducciones, como la de la Biblia u otros libros de religión, son perniciosas y peligrosas, porque estos libros han sido aprobados en latín y en tal idioma deben seguir.»

Esta prudente puesta en cuarentena de los libros sagrados no es un accidente de una sola vez. En 1119, Bertram, obispo de Metz, prohibió la traducción de los Evangelios y una carta de Inocencio III confirmó la decisión. En 1229, el concilio de Toulouse ordenó la destrucción de los Evangelios traducidos. Numerosos concilios renuevan esas prohibiciones y en particular el concilio de Béziers (1246).

¿Temía la Iglesia que, al traducir la Biblia, el hombre del pueblo relevase en ella absurdidades y contradicciones? No, por cierto. El pueblo no es solamente pido, es también, si me atrevo a decir, *sucesivo*: la página que hoy le emociona, apenas si piensa en aproximarla a la página leída hace ocho días. Nunca hubiera tenido la idea de confrontar el pecado original y todos los descendientes de quien se comió la manzana condenados por la culpa de uno solo con el capítulo XVIII de Ezequiel, empleado, casi todo, a enseñar (versículo 20) que «el hijo no llevará la iniquidad del padre». Aun cuando los dos términos de la contradicción están bien aproximados, no podría apercibirlos, y no se hubiera asombrado de que, en el primer capítulo del Génesis, los animales sean creados antes que el hombre, en el segundo capítulo, después de él, de que Adán y Eva sean creados juntos en el primer capítulo mientras que, en es segundo, la que se llamará «hombruna», pues ha sido extraída del hombre» llegue mas tarde; de que en el primer capítulo la pareja humana esté autorizada a comer, sin ninguna excepción, los frutos de todos los árboles, mientras que en el segundo una prohibición inesperada prepare todas nuestras desgracias.

Incapaces de darse cuenta que el Santo Espíritu se contradice, tal vez al cabo de mucho tiempo, a pesar de su dureza natural y de su conciencia deformada por el sacerdote, algunos lectores populares se podrían haber escandalizado con tantísimas crueldades y tantísima arbitrariedad. Juan Pueblo, que a veces se rebelaba contra los pillajes y los asesinatos del barón ¿no se rebelaría también contra las masacres y las injusticias ordenadas por el Señor?...

La Biblia no es un libro, sino



unos sesenta libros: el compendio de toda la literatura de un pueblo durante no sabemos cuántos siglos. Epocas y espíritus muy diferentes han dejado en él sus huellas. Elogiarlo o condenarlo en bloque sería tan absurdo como admirar a Renato Doumic porque es de la misma nación que Victor Hugo o despreciar en Victor Hugo a un compatriota de Doumic.

Me agradan, en la Biblia, algunas páginas, de una poesía encantadora o sublime. El segundo Isaías me eleva líricamente hacia las más nobles cúspides éticas. La popular gracia del cuento de José me encanta, o la gracia femenina de la narración de Ruth. Aun cuando releo esas «historias», me encuentro demasiado emocionado para juzgar, pues hacen revivir en mi infancia, me parece sentir en mi pequeño cuerpo las rodillas de mi madre y escuchar, cual envuelto en música, ensueño y amor, la voz penetrante.

Pero detesto en la Biblia incalificables horrores que se encuentran en número que aterra. Desprecio en ella, a menudo, la más baja moral de crueldad y de buen placer. ¿Un libro de edificación el que honra al dios de lo arbitrario y al señor de los ejércitos! Y es que leyendo simplemente, cual el relato de hechos reales, páginas llamadas históricas, uno se enferma con tanta crueldad.

Olvidemos la injusticia que nos hace a todos culpables antes de nuestro nacimiento. No busquemos si esta odiosa locura monta, vapor maloliente, de la Biblia o del comentario de las solas Iglesias. Pasemos por alto esos tres primeros capítulos del «Génesis» que, como San Agustín, quiséramos poder suprimir. Por desgracia ¿es que lo que sigue es mejor? Desde los versículos 4 y 5 del capítulo IV ¿cómo no despreciar a ese Eterno que, sin otra razón que su capricho «tuvo frente a Abel y su oblación» cuando, aunque Caín fuese tan inocente que Abel y más respetuoso de la vida, «no tuvo frente a Caín y a su oblación»? El Eterno que así se divierte en castigar al más justo de los hermanos, irrita hasta la muerte la envidia del despreciado, Eterno, no es solamente la sangre de Abel que grita contra ti; es también el crimen y el desespero de Caín. Padre universal

¿qué es lo que has hecho por tu hijo? No me responderás que «yo soy guardián de mi hijo». No me prohibirás de disputar contigo y de juzgar, frágil alfarería, al alfarero. Tienes razón de abrigarte detrás de tu potencia burlona, tú que estás *por encima* de todo juicio. Cierto, yo repudio venganza y talión. El suplicio de Caín no hubiese restablecido ante mis ojos el equilibrio destruido por un primer asesinato. Igual que mi amigo Sócrates, tan superior a todos los dioses, tú incluido, profeso que un segundo mal dobla al primero, en vez de repararlo. Pero tú no eres menos demente, Eterno, y menos odiosamente ridículo en tus extravagantes desigualdades y ningún hombre honesto puede comprender por qué (Génesis IV, 15) «cualquiera matare a Caín será castigado siete veces más».

Voltaire quisiera inventar si no existiera — para Voltaire y su deseo existe — un dios «remunerador y vengador». Pero Iaveh no tiene esos caracteres de impasible justiciero. Es un tirano que justifica arbitrariamente. Es un estúpido predestinador. «Antes de que los niños hubiesen nacido y que ellos hubiesen hecho el bien o el mal», este injusto Eterno ha «amado a Jacobo y... odiado a Isaías» (San Pablo, Romanos, IX, 11-13). Este buen «remunerador» protegerá en Jacobo la mentira y el robo; este buen «vidente» castigará a Isaías por haber sido robado.

Antes de estos hermanos tan raramente divididos, ¿no es la historia de Abraham un abominable escándalo? Es por ciertas razones que éste último es amado por Dios. Por razones infames. Con la exigencia del absurdo Eterno y la envidia de Sara, Abraham persigue en el desierto (Génesis, XXI, 14), a Ismael su primer nacido y a Agar, después de haberles generosamente dado como viático un pan y una botella de agua. En el capítulo siguiente, el Eterno exige que Abraham sacrifique al solo hijo que le ha dejado. El miserable obedece sin objeción ni vacilación. El ángel del Eterno sólo detiene en último momento el brazo asesino. En este último momento, cuando, por el crimen consentido desde la primera orden por el corazón fiel, ha sido todo preparado; cuando se ha «rajado la leña para el ho-

locausto», marchado tres días hacia el lugar elegido para el infanticidio, construido el altar, atado a Isaac sobre la pira de leña; cuando «Abraham avanzando su mano, agarró el cuchillo para degollar a su hijo». ¡Horror! Dios ama y bendice (versículos 16 y 18) al criminal por su crimen. Ya el ángel lo ha felicitado: «Ahora sé que eres temeroso de Dios, puesto que no has vacilado en sacrificar a tu hijo». Este temor de Dios, que se proclama «el comienzo de la sabiduría», ¡qué abismo de locura y de ignominia!...

Leamos aún para nuestra edificación el capítulo XXXIV del Génesis. Veremos cuán bondadoso es ese dios, cuánto ama a los suyos, con qué mansedumbre protege sus crímenes. Hémor, hijo del rey de Sichem, se ha enamorado de Dina, hija de Jacobo. Para casarse con la bella, consiente con su padre, en hacerse circuncidar con todo su pueblo. En el momento de producirse fiebre de supuración, Simeón y Levy degüellan al rey, al recién casado y a todos los varones de la ciudad (versículos 25-26). Luego (28-29) «agarraron sus rebaños, sus bueyes, sus asnos y todo lo que estaba en la ciudad y en los campos»;

«Y todos sus bienes, y todos sus niños, y se llevaron prisioneras a sus mujeres, y las violaron; y agarraron todo lo que estaba en las casas.»

Esta narración de bandoleros no os parece muy verídica. A mí tampoco. Pero el infalible concilio de Trento, el infalible concilio del Vaticano, el infalible Pío X y todos los infalibles sucesivos exigen que nosotros tomemos esas narraciones por historia, por «historia santa».

Realidad o ficción, lo que me rebela es que Jacobo reproche únicamente a los dos monstruos (v. 30) de haber hecho un gesto peligroso visto el pequeño número de sus defensores y haberlo puesto «en mal olor entre los habitantes del país». Pero Dios, que protege de muy buena gana a los asesinos y a los bandoleros, «sembró el terror en las ciudades vecinas, de manera que no persiguieran a los hijos de Jacobo» (XXXV, 5.)

¿El Dios del Éxodo es menos inmoral que el del Génesis? Por las numerosas plagas de Egipto, castigó dos veces a un pueblo inocente porque culpaba a su rey.

LA BIBLIA

Después de cada plaga, vuelve este refrán de locura: «Pero el Eterno endureció el corazón de Faraón.» ¿De qué pasta están hechos el corazón y la razón de los modernos al no reselarse contra tanta demencia mala? Yo río dolorosamente. Río cuando veo tomar por historia a ese poema bárbaro. Dolorosamente porque el poema y el Dios del poema son atroces. Sabido es que en la décima plaga, el Eterno, a medianoche, asesinó misericordiosamente a todos los recién nacidos de Egipto. Pero el Omnipotente, creyendo sin duda equivocarse, recomendó a los israelitas marcar con sangre el dintel y los dos postes de sus puertas. Luego de lo cual el pueblo judío pudo partir, no sin llevarse bajeles cargados de plata y de oro así como vestidos agarrados a los benevolentes egipcios. Pues el Eterno — que aún no ha promulgado su Decálogo y su «No matarás» —, «había puesto en gracia a los egipcios que se los habían prestado, de modo que despojaron a los egipcios» (XII, 36). El Eterno se divierte endureciendo, una vez más, el corazón del Faraón y a hacerlo perseguir por ladrones. Algunos días de dicha época, en el versículo 6 del capítulo IX de este poema delirante, el Eterno había degollado a todos los rebaños de los egipcios (y los caballos son enumerados los primeros en el versículo 3). Esta primera operación no había impedido al Eterno, en el versículo 29 del capítulo XXII, de matar otra vez «a todos los animales recién paridos». Sin embargo, el Faraón persiguió a Moisés (XIV, 7-9) con una numerosa caballería, seiscientos carros «y todos los caballos de los carros de los egipcios». Se sabe demasiado cómo el edificante poema hace ahogar a todo esto, sin contar a los hombres, por la infinita misericordia del Eterno.

Misericordia que se ejerce a veces contra un pueblo elegido. En el capítulo XXXII, durante la ausencia de Moisés, Aarón ha levantado el famoso becerro de oro. El Eterno, que se proclama a veces un Dios celoso, no tolera esta concurrencia. Moisés vuelve con pólvora al ídolo. No castiga al culpable, Aarón, indiferente sacerdote de Iaveh o del Toro. Pero reúne a los hijos de Levi. «Y les dice: Así ha dicho el Eterno, el Dios de Israel; que cada uno ponga a su lado su espada; pasad y volved a pasar de una puerta en otra en el campo, y cada uno de vosotros mate a su hermano, a su amigo y a su vecino.

»Y los hijos de Levi hicieron lo que Moisés les había dicho; y, aquel día, perecieron unos tres mil hombres del pueblo.» (Versículos 27-28).

Yo huyo de estos infames olores de masacre, pero a cada paso que doy en mi huida, me hundo en la sangría. Hojeo, descorazonado, páginas y páginas. Encuen-

tro, para mi apaciguamiento, así lo espero, y para mi reposo, una aventura de amor (número XXV). Están intentando, para detener a la peste y a no sé qué ridícula cólera de Iaveh, colgar a muchos «al sol ante el Eterno» (v. 4). Pero yo me refugio en la sombra bajo la capa donde Zimrí acaba de entrar con la madianita Cozbi. Mas ¡oh, desgracia! amar a una mujer forastera es un escándalo intolerable para el corazón de Fineos, nieto de Aarón. Este valiente, habiéndose armado con una jabalina, «entró tras el hombre israelita en la carpa, y atravesó a los dos por el vientre, al hombre israelita y a la mujer» (v. 8). El noble gesto de Fineos alegró sobremanera al Eterno que le dio «su alianza de paz» sin contar «la alianza del sacerdote eterno tanto para él como para su posteridad» (v. 12-13). Entonces, apaciguado por la virtud de Fineos, la cólera del Eterno detiene, habiendo hecho veinticuatro mil víctimas, la peste merecida. A condición, por supuesto, que los israelitas que han quedado con vida, matarán a las madianitas culpables, afirma sin reír el versículo 18, de haber sorprendido a Israel «en el asunto de Cozbi, hija de uno de los principales entre los madianitas.»

Amar a una forastera, crimen terrible, ya se ve, y que, en los días de indulgencia, se expia con la muerte de veinticuatro mil judíos y de todas las madianitas. Moisés lo comete cual hacen nuestros modernos camaradas: su mujer es etíope. Por consiguiente, nuestro caprichoso Eterno, en vez de reprochárselo, castiga, volviéndola leprosa, a María, que se atreve a acusar al Elegido (número XII).

En el capítulo XXXI, los israelitas «hicieron pues la guerra a los de Madián, como el Eterno lo había mandado a Moisés y mataron a todos los varones» (v. 7). Cosa aún insuficiente para purgar el crimen de Cozbi culpable de haber amado a un israelita. Por lo tanto (v. 14-15) «Moisés se encolerizó contra los capitanes... Y Moisés les dijo: «¿Cómo habéis dejado vivir a las mujeres?» Luego, siempre piadosamente obedecido, ordenó (v. 17): «Mata, pues, ahora, los varones que encontréis entre los niños y mata a toda mujer que sea encontrada en compañía de hombre.»

Huyamos de las innobles crueldades glorificadas en los libros llamados de Moisés o de Josué. No esperemos encontrar algo mejor, a pesar de su título apaciguado, en el libro de los Jueces. Vomitemos al juez Jefté, peor que Abraham, y que realmente asesina a su propia hija. Encantado el Eterno, le da siempre la victoria en la guerra extranjera. Después de la derrota de la tribu de Efraim, extermina la cantidad de cuarenta y dos mil infelices que tienen (no nos atrevemos a

reír ante esta barbarie) el acento y no pronuncian debidamente la palabra Schibboleth como se la pronuncia en Galaad (Jueces, XII, 5-6).

¿Pondrá el Eterno un poco más de piedad en el corazón de los reyes? Se escoge al primero por su gran talla, su fuerza física y cierta estupidez que le hace esperar con docilidad cuantas órdenes le vienen de los sacerdotes. Cometió, es verdad, algún tiempo, las masacres ordenadas por Samuel en nombre de Iaveh. Pero, después de su victoria sobre los Amalecitas, si, piadosamente «hizo pasar a todos los pueblos por el filo de la espada», perdonó la vida a su rey Agag. Y el Eterno lo rechazó por no haber cometido sin vacilación un asesinato más. En vano Saúl se humilla, se arrepiente, deja que Samuel «despeda a Agag delante del Eterno en Guilgal» (I Samuel XV, 33), Saúl no deja por ello de ser despreciado por Iaveh, que ha tenido, con imperdonable atraso, su cuenta de sangre, y envía a Samuel ungir la frente del joven David.

Esta vez se ha escogido un instrumento inteligente y que, en servicio mandado, no retrocederá ante ningún crimen. Cometerá además suplementariamente algunos otros que luego le reprocharán los profetas. No es él quien perdonará la vida a alguien desde que el Eterno ha lanzado, no se sabe por qué, la prohibición en una ciudad. Cuando entró en Rabba (II Samuel, XII, 31) «se llevó a las gentes que allí había, y las puso bajo el aserradero, los ganchos y las hachas de hierro, haciéndolas luego pasar por un horno de ladrillos que allí había.» El Santo Espíritu añade con negligencia: «Lo cual hizo también con todos los Hamonites». Algunos capítulos más lejos, entrega a los Gabaonitas, para que se les haga perecer en la cruz, siete hijos o siete nietos de Saúl (II Samuel, XXI, 8-9). No obstante, también David sufrió la furia del Eterno. ¿Qué faltas, pues, pudo haber también cometido?

El Eterno no ama el adulterio ni el crimen pasional. Sabido es que David raptó a Urio, la mujer de éste, llamada Betsabé, y aunque el marido no protestase, lo hizo matar traidoramente. Y es por esto que el Eterno le dirigió unos reproches por la boca de su profeta Natán y castigó a David haciendo morir al primer hijo que le dio Betsabé. En cuanto al segundo bastardo, Salomón, hará de él el más sabio de los hombres y más glorioso rey de los judíos, en perjuicio de Adonija, hijo legítimo. Adonija, más ambicioso, demanda que se le dé por mujer a Abisag, jovencita que calentó las noches del viejo David. Pero el sabio Salomón encuentra más sabio el matar a su hermano.

A juzgar por la diferencia de los castigos, la falta de David contra Urio es de un carácter venial. Algo más grave para la conciencia de Iaveh, es que el rey haya hecho hacer el empadronamiento de su pueblo. Esta vez el Eterno se enoja verdaderamente y ofrece al culpable la elección de tres castigos (II Samuel, XXIV, 13): «Escoge entre siete años de hambre para tu país, o que por espacio de tres meses huyas de tus enemigos y que te persigan, o que por tres días haya una gran mortalidad en tu país.» David escogió la peste. Setenta mil inocentes murieron para castigar a un pretendido culpable. Entonces David, menos loco que el Eterno, le hace ver (versículo 17). «Yo soy el que ha pecado, soy yo el que ha cometido la iniquidad, pero ¿qué es lo que han hecho estas ovejas? Te ruego que me castigues a mí mismo.» El Eterno, habiendo asesinado tantas «ovejas» que nada habían hecho de malo, perdona al culpable de haber hecho el empadronamiento. El Eterno gana, además, para su misericordia, un gran holocausto de toros.

David murió, como conviene a un antecesor del Mesías, preparando venganzas. Tenía dos viejas rencillas que deseaba satisfacer y las transmitió, como parte de la herencia, a Salomón. Quería, primero la muerte de Joab, el gran artesano de su fortuna militar: «Sirvete de él según te lo dicte tu sabiduría y no lo dejes que baje con sus cabellos blancos y en paz a la sepultura» (I Reyes, II, 6). Un cierto Scimbi había maldecido a David y, por razones políticas, David había perdonado, jurando por el Eterno: «No te haré morir por la espada.» Pensando que, en su bella lealtad, Salomón, al menos, no ha jurado nada. Y recomienda a éste: (versículo 9-10): «Ahora, pues, no lo dejes sin castigo, pues tú eres sabio para saber cómo debes castigarle; de modo que harás descender a sus cabellos blancos hacia el sepulcro por una muerte violenta.»

»Y así David se durmió con sus padres» después de haber, como se ve, perdonado, según el precepto de su antiguo ascendiente, «setenta veces siete veces, es decir, siempre.»

Me detengo en este segundo capítulo del primer libro de los Reyes. Yo sé demasiado qué horrores, y monótonos, me esperan más lejos. Entre mil barbaridades, he evitado ya a Jahel «bendecida entre todas las mujeres» por su clavo hundido en una cabeza que dormía; he huido de Judith y de su prostitución asesina. Ahora huyo de los émulos de ese Jehú del que he sido obligado a decir algunas palabras. Apresurado, voy a refugiarme en las dulzuras a veces tonificantes de los Evangelios.

Pero ya no me asombro cuando algunos hugonotes, piadosos lectores del Antigua Testamento, me parecen durísculos, por no decir duros.

EL ESTADO NACIONAL-

CARLOS M. RAMA, catedrático de la Universidad de Montevideo, presentó un ensayo sobre «La crisis española del siglo XX», en carácter de tesis, a la Facultad de Letras de la Universidad de París para el doctorado en Historia y Sociología. El medular estudio ha sido editado por el «Fondo de Cultura Económica» de México en un volumen de 380 páginas. Su capítulo final concluye con un interesante análisis de ciertas características del régimen totalitario imperante en España.

DESDE 1938 ha surgido un nuevo Estado en Europa, que es el Estado nacional-sindicalista español. Sus elementos formales (territorio y población) resultan de los hechos. Ya en el año anterior, el profesor francés Le Fur hacía valer en la argumentación tendiente a demostrar la existencia del nuevo Estado que «las naciones ocupan 310.437 kilómetros cuadrados, poblados por 14 millones de habitantes, contra 194.339 kilómetros cuadrados por 8 millones de habitantes que tiene la zona roja.» (1).

El poder estatal dispone de aquellas características que — según los especialistas en derecho público — singularizan a los Estados desde el punto de vista jurídico, a saber: la personalidad y la soberanía. Esta última reside en el Caudillo («responsable ante Dios y la Historia»), capacitado para determinar la organización estatal (2). Tal vez más acertado — colocándonos en el punto de vista del mismo régimen — es recurrir en lugar de la clásica noción de soberanía, a la germánica «decisión» que Karl Schmitt sintetiza diciendo: «Su esencia (del Estado) estriba en que es el quien adopta la decisión política», o «soberano es aquél que decide sobre el Estado de excepción» (3).

Desde el punto de vista de la personalidad exterior, el nuevo Estado recibe el reconocimiento de diversos estados de América Latina, Portugal, Alemania, Italia e Irlanda.

Un último aspecto es señalar que la aceptación del Estado nacional-sindicalista en esta época no significa necesariamente negar personalidad jurídica al Estado demoliberal, cuyo Gobierno republicano reside en estos años en Valencia y Barcelona sucesivamente, como por ejemplo lo hace el propio Le Fur que citamos, y se encuentra en los alegatos de los gobiernos de Alemania e Italia (4).

Aquella consideración resulta de una interpretación polémica estrecha o de la confusión entre Estado y Estado nacional del tipo que en Europa occidental ha protagonizado Francia, por ejemplo. Para quien crea que a todos los españoles debe corresponderles solamente un Estado, omitiendo el

recuerdo de toda su historia pasada, podría presentarse aquella solución como única. Pero si se observa que durante los años 1936 a 1939 hubo sociedades españolas con distintos ordenamientos, concentraciones de poder que siguen procesos igualmente distintos de institucionalización, y dos personalidades a los efectos de la vida internacional, débese admitir la existencia de dos Estados españoles (5).

¿Cómo se podría clasificar el Estado nacional-sindicalista en el cuadro de la historia de España y de las ideas políticas?

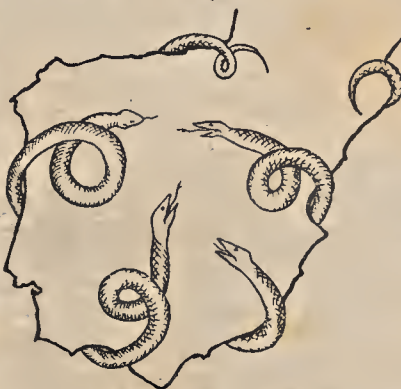
Una respuesta difundida, y que han popularizado especialmente los autores italianos, contesta que se trata de un «Estado fascista» imitación del creado para Italia bajo la égida de Mussolini.

Arrigo Solmi argumenta: «El Estado de Franco se inspira en las reglas creadas por el Estado fascista. Fascista es la idea de la unidad y de la integridad del Estado, bajo un comando único, que absorbe todo el poder, con vistas a la conveniencia general; fascista es el concepto de nación, concebida como colectividad del pueblo, que debe tender al interés colectivo; fascista es la idea del Partido único de gobierno y de su constitución como órgano paralelo y «fiancheggiatore» del Estado, intérprete y defensor de la revolución nacional; fascista es la idea que informa el Fuero del Trabajo, etc.» (6).

Los autores españoles, hasta por razones de elemental nacionalismo, han rechazado esta aseveración y sin negar las hondas vinculaciones ideológicas que les unen a los sistemas totalitarios fascistas cuyo ejemplo les inspira, reclaman el mérito de ser originales.

Serrano Suñer cuenta que al iniciar su gestión con Franco, en febrero de 1937, comparó — refiriéndose a la carencia de Estado en la zona militar — «aquella situación de caos o de nada política, aquella ocasión magna de fundación, con la situación de nuestros Reyes Católicos al comenzar su reinado», pues «era la ocasión excepcional, única, que se nos presentaba de crear un Estado sin antecedentes, sin compromisos, sin cargas. Un Estado verdaderamente nuevo» (7).

Años más tarde (1944), y ante la experiencia de siete años, el profesor Francisco Javier Conde, después de estudiar el Estado moderno en sus variantes históricas (absoluto, liberal y totalitario), concluye su «Teoría y sistema de las formas políticas», aseverando que «Sólo una configuración política trasciende hoy del Estado moderno, allende el Estado liberal y el Estado totalitario: el Estado español. Es, en efecto, la única forma política contemporánea que ha traspuesto de veras el horizonte moderno de la neutralidad, inscribiéndose resueltamente en el horizonte cristiano. Desde la perspectiva española, el Estado totalitario aparece en su verdadera realidad como único eslabón en la andadura del Estado moderno. La actitud española entraña una nueva decisión metafísica, y, por tanto, la posibilidad de un nuevo modo de coexistencia política, de una nueva teoría



de lo político y de un derecho político nuevo» (8).

Todo lo que se ha escrito en este capítulo, y en el tercero, podría dar respuesta a la pretensión de originalidad absoluta que lo anterior implica.

En el cuadro de la opinión contrarrevolucionaria española, la única corriente nueva — y todavía dentro del marco histórico del totalitarismo fascista del siglo XX — es el falangismo. Pero el Estado nacional-sindicalista, a pesar de su nombre, de la aceptación oficial de los 25 puntos, etc., no es un Estado falangista.

En la arquitectura del nuevo Estado intervienen a través de unificaciones o transacciones las formas novísimas, junto a las soluciones más arcaicas. Buena parte está dominada por la idea de «restaurar» las situaciones de orden político y jurídico derogadas por el Estado liberal de 1931.

Finalmente débese tener en cuenta que el equipo de «jerarcas», que lleva adelante la empresa estatal se ha formado bajo la antigua monarquía y especialmente de la dictadura de Primo de Rivera de 1923 a 1930.

Para ubicar adecuadamente el Estado nacional-sindicalista debe-

se abandonar la mera geometría de las disposiciones legales, y de las declaraciones públicas, inspiradas en evocar una política monolítica de nuevo estilo, y examinar el reverso que presenta la realidad española.

Recuérdense algunas de las características más constantes de la vida política hispana, debidas a su escasa práctica de la vida pública, como son la falta de relación de la vida real con la letra de disposiciones o declaraciones para la publicidad (10).

Algunos problemas pueden ilustrar sobre el Estado nacional-sindicalista. Así, por ejemplo:

a) el partido único; b) la cuestión sindical; c) la cuestión religiosa; y d) la misma actitud «totalitaria e imperial».

El decreto de unificación del 1.º de abril de 1937 sólo «fue recibido con agrado por los militares, al menos porque significaba la sumisión de las milicias» y «el ejército siguió siendo la fuerza más importante del régimen», dice el señor Serrano Suñer, artífice del partido único (11).

Los falangistas presentaron una resistencia que casi culmina en sublevación. El secretario general de la antigua Falange Española, Manuel Hedilla Larrey, confirmado oficialmente el 22 de abril, fue sometido a un tribunal de guerra, depuesto por decreto del 11 de mayo, y condenado a muerte, conjuntamente con un grupo numeroso de «camisas viejas». Entre los rebeldes se encontraban los mismos hermanos de José Antonio Primo de Rivera» (12).

Los «tradicionalistas» tampoco acogieron con simpatía su unificación, no alentaron el Partido Único, y terminada la guerra civil se alejan del gobierno — por lo menos varios de sus grupos — llegando al cierre del Círculo Carlista de Pamplona (13).

La FET (Falange Tradicionalista), fundada bajo estos auspicios, en la práctica no llega a la unidad interna absoluta, ni al tratamiento que en la estructura de un Estado totalitario y autoritario corresponde a un Partido Único. Teóricamente todos los ministros de los gobiernos nacionalistas son afiliados al Partido Único, pero en la práctica se reservan esos años, a sus «auténticos afiliados», solamente dos categorías secundarias.

Serrano Suñer, escribiendo después de la segunda guerra mundial, dice rotundamente: «La promesa de unidad política neta, apuntada en la formación del gobierno, con la guerra no acabaría nunca de ser realidad. La Falange no llegaría jamás a ser partido único gobernante, la base exclusiva del poder, ni mucho menos. Una oposición — me refiero aún a sólo fuerzas naciona-

SINDICALISTA EN ESPAÑA

por el Profesor Carlos M. RAMA

les — de diversas tendencias la contrapesaría continuamente, incluso desde dentro del poder. Ni la legislación ni las medidas de gobierno llegarían a ser jamás resueltamente unitarias. En último término el centro de gravedad, el sostén verdadero del régimen (pese a las apariencias que, tontamente, nos esforzamos por exagerar) fué y seguirá siendo el ejército» (14).

La cuestión sindical está estrechamente unida al fracaso del viejo falangismo. Se trata del aporte más importante al punto que da nombre al régimen, y podría ser para España signo de originalidad en la constelación de los sistemas fascistas totalitarios.

Aquel desplazamiento, ya comentado, que sustrae los «sindicatos verticales del Estado, donde les insertaban las disposiciones de 1938 al Partido oficial, por la disposición del 8 de agosto de 1939, es una evolución tan rápida que constituye una confesión.

Ciertas disposiciones hacen pensar que los jerarcas, y el mismo Caudillo, no tenían ideas firmes sobre el asunto, y por último — y decisivo — los obreros no adherieron a las organizaciones (15).

En la práctica esta sindicalización forzada es una mera posibilidad burocrática de los jóvenes afiliados al partido oficial, y constituye una forma de control político de la masa de obreros y empleados.

La cuestión religiosa supone también una derrota del falangismo de los «camisas viejas», cuyas obras sobre la actitud que debe asumir el Estado frente a la Iglesia deben recordarse. Aquí triunfan netamente los grupos católicos de Acción Española, Renovación Española y el Tradicionalismo, en imponer la religión en todos los órdenes vitales y consolidar la alianza de la Iglesia y el Estado. Cuando se considera el ajuste de las disposiciones que tan ampliamente favorecen los intereses de la Iglesia, borrada ya la guerra civil contra los republicanos, fué inevitable el estallido de escaramuzas, especialmente en el terreno de la enseñanza.

Pero la situación conflictual más decisiva es la que apunta a la existencia misma de un Estado «totalitario-autoritario-imperialista».

Frente a esta concepción de rotundo sabor italo-germano, ya los prelados de la Iglesia española decían en 1937: Frente a aquéllos que dicen que el triunfo del movimiento nacional colocaría a la Nación bajo el dominio del Estado, confiamos en la prudencia de los hombres del gobierno, que no aceptarían un molde extranjero para el futuro Estado español; por el contrario, no olvidarán las profundas exigencias de la vida

nacional ni la línea seguida por los siglos pasados. Toda sociedad bien ordenada se basa en sólidos principios; vive de éstos, y no de las aportaciones extranjeras, en contradicción con el espíritu del país. La vida es más fuerte que los programas, y un hombre de Estado prudente no impondría uno que violentara las fuerzas íntimas de la Nación. Seríamos los primeros en deplorar que la autocracia irresponsable de un Parlamento fuese reemplazada por la autocracia — por otra parte temible — de una dictadura que no tuviese sus raíces en la nación» (16).

Habiendo más tarde declarado el Estado al catolicismo su religión oficial, su totalitarismo es el de la fe; pero aun así son inevitables los choques de competencia entre los órganos privados del Estado y la Iglesia. Para dar un ejemplo, ésta no puede — como en tiempo de la República —



tener sindicatos obreros o asociaciones estudiantiles confesionales.

Otro frente de lucha es el constituido por los monárquicos que acompañaron muy decididamente al movimiento militar, y a quienes hace referencia el decreto del 19 de abril de 1937 en su Preámbulo; pero que pronto se separan del régimen, conspiran, son llamados a la desobediencia por el pretendiente don Juan.

La política exterior, y la misma actitud «imperialista», sostenida por el ejército y los falangistas ortodoxos, han sufrido críticas de diversos sectores, de un contenido igualmente heterogéneo (17).

Todo esto se aprecia en mejor escala, y se ilumina prodigiosamente, si tenemos en cuenta la absoluta falta de popularidad del régimen. Ya Maritain (1937) acotaba «la guerra que se libra en España es una guerra de exterminio» y la cifra, comúnmente aceptada, de un millón de muer-

tos y heridos, es exponente de la ferocidad y hondura del conflicto (18).

Al terminar la guerra hay además unos 300.000 detenidos políticos y aproximadamente medio millón de exilados, en su mayoría residentes en Francia. A pesar de los inconvenientes de la Guerra Mundial y de la restricción de los países americanos, la emigración sigue manifestándose ampliamente. Las estadísticas muestran que las destrucciones materiales en edificios, material ferroviario, obras de ingeniería, etc., son tremendas (19).

La condición obrera decae y se reduce. En 1940 hay medio millón de «parados», el índice de costo de vida llega en 1941 a 231'5 (sobre la base de 100 en 1936), pero los salarios nominales medios por jornada se mantienen en cambio en la misma situación de 1936.

Las clases medias urbanas de las grandes ciudades, que habían sido fieles al Estado demoliberal, son desplazadas y arruinadas, y las masas de campesinos instalados en terrenos logrados por la reforma agraria o las colectivizaciones de 1936-1938 son expulsados y recaen en la condición de braceros.

Las «empresas nacionales» que pudieran ligar a la Nación y hacer de ella una unidad que hiciera desaparecer la lucha de clases y de partidos, han fracasado. La lucha contra el «marxismo interior» entre 1936 y 1939 unió a las clases privilegiadas y más tarde la defensa del régimen mantuvo la cohesión de los elementos que realizan el Movimiento Nacional. Pero falta un «empresa nacional», como hubiera podido ser una guerra internacional de expansión, o la existencia de una «actitud española», que, por razones de nacionalismo, vincule la población al régimen.

Se ha terminado por unir la posibilidad de un Estado totalitario con la calidad de gran potencia o la simple existencia de una política internacional de expansión prestigiosa. En 1939 el general Aranda lo plantea; en 1941 el comandante Navarro piensa en la guerra con Portugal como una posibilidad de «llegar al Estado totalitario», pero poco después el profesor Conde enlaza indisolublemente la condición de «gran potencia» con la misma naturaleza del Estado totalitario (20).

¿Estáremos entonces frente a una mera restauración del antiguo Estado tradicional español? Calando bajo la apariencia modernista importada por el fascismo, y prescindiendo de símbolos y apariencias, ¿las instituciones

y fines serán los de la vieja España?

Un publicista de extracción socialista, epigono de la escuela de Gumpowicz y Cunow, Luis Arquistáin, después de decir que «la historia no es rectilínea sino cíclica», llega a afirmar: «Todavía sobreviven Estados inhumanos, opresores, que no han evolucionado, o que por atavismo han recaído en la fase primitiva de la conquista y el exterminio de los adversarios, como el Estado español actual», pues «España tiene uno de los Estados más atrasados de Europa. Nuestro país se distingue por una anómala diferencia social, por una escasa integración política y por una tenaz supervivencia del Estado antiguo de conquista» (21).

Su pensamiento se precisa cuando dice que «El Estado español actual participa del Estado de conquista por su origen y del feudal por su ulterior constitución», mientras en otro apartado afirma que se trata de un «Estado teocrático-militar» (22).

Por voluntad del propio Arquistáin, la valorización de su tesis se encuentra encadenada a una interpretación cíclica simplista, que desde Vico en el siglo XVIII no tiene vigencia en la filosofía de la historia.

Si bien es cierto que «la historia no se repite», nosotros mismos hemos venido consignando cómo los acontecimientos de 1936-1939 y la institucionalización que se cumple simultáneamente, tendieron a la restauración de las situaciones de privilegio que en el seno de la sociedad española correspondían tradicionalmente a estamentos como los grandes propietarios de la tierra, y órganos estatales, como el ejército y la Iglesia.

En definitiva, y resumiendo nuestra opinión, nos encontramos frente a un Estado que parece ser prototipo ajustado de las precisiones de Duguit:

«Que se llame Estado un gobierno humano, fijado sobre un territorio determinado, donde los más fuertes imponen su voluntad a los más débiles, lo compartimos. Que se llame soberanía política este poder de los más fuertes sobre los más débiles, también hay acuerdo. Pero ir más allá es entrar en hipótesis» (23).

Nada hay en el Estado nacionalsindicalista que recuerde la existencia de una opinión pública o de un Estado de derecho. Estamos frente a un Estado de clase, gerente de la dominación de las masas de trabajadores españoles por los propietarios de la riqueza nacional y en especial de las burocracias estatales (oficialidad del ejército, clero y miembros del Partido Único).

Desde el punto de vista de su

El Estado nacional-sindicalista en España

clasificación en la historia de las ideas políticas, el régimen ha manifestado su inequívoca voluntad de ser un «Estado nacional-sindicalista, totalitario, autoritario, unitario, imperialista y ético-misional» durante los años 1937-1942.

Algunas de estas características han sido logradas, ya por el recurso a las antiguas técnicas políticas, ya por la adscripción a la dinámica novísima introducida por el fascismo italo-alemán.

Sus fracasos más significativos han resultado de la combinación de fuerzas tan distintas, como son los acontecimientos internacionales (que han convertido en tópico la posibilidad «imperialista» y ha hecho impopular la denominación de «totalitario»), de la inoperancia de los grupos neo-autoritarios en la estructuración del Estado (que ha hecho imposible un auténtico Estado nacional-sindicalista), la enconada resistencia popular española al régimen, y por último, el atraso general de la sociedad española.

El Estado es, en definitiva, un producto híbrido, a su manera original, donde se combinan los elementos de extracción arcaica con la terminología y las formas de efectucción traídas por el fascismo.

Desde el punto de vista de España este nuevo Estado se limita a la defensa del viejo orden de cosas que el Estado liberal de 1931 buscó abolir. El problema del Estado que denunciarían hace cincuenta años los intelectuales más prestigiosos y escuchados del país como eran: Giner de los Ríos, Pi y Margall, Costa, Ganivet y más tarde Ortega y Gasset y otros, sigue en pie y en términos agravados.

España en la mitad del siglo XX, con relación al problema del Estado; y después de ensayar las fórmulas más variadas, vuelve a la situación singularísima en que la encontró 1900. En verdad agravada, pues la resistencia o transformaciones paralelas a los demás Estados del mundo se encuentra aumentada por el tradicional *statu quo* a cuya defensa se han agregado formas nuevas y eficaces de represión y control, que son justamente las que encarna el nuevo Estado nacional-sindicalista.

Pero, en tanto, las estructuras sociales y económicas españolas se han transformado profundamente, y millones de individuos han adquirido, durante la guerra y las luchas políticas, conciencia de sus problemas.

Esta sociedad hispánica martirizada, pero madurada por los acontecimientos, despierta ahora a las inquietudes del mundo, aunque yace muda bajo las impuestas estructuras políticas tradicionales.

Cabe preguntarse si tendremos

un segundo acto de la crisis española del siglo XX.

Planteada así la situación, permite encontrar respuestas para el futuro por la previsión de nuevas etapas de la historia española en que volverán a intentarse soluciones al problema nacional.

(1) Louis Le Fur, «La guerre d'Espagne et le droit», Paris, Ed. Internationales 1938, p. 4. Corresponde a julio 1937, y Pierre Moulib, «Expériences de non-reconnaissance en droit international», Lyon, Bosc. 1938 (tesis).

(2) Véase George Vedel, parte I y Georges Burdeau, en «L'Etat», t. II, Paris Libr. Générale de Droit et de Jurisprudence, 1949-1952.

(3) El artículo 1º del Acuerdo Italo-Español del 28 de noviembre de 1936 no se ajusta exactamente a este esquema. Su texto es el siguiente: «El gobierno fascista asegurará en el porvenir al gobierno nacional español, su sostén y ayuda para conservar la independencia y la integridad de España — tanto se trate de la metrópoli como de las colonias — y para restablecer el orden social y político en el interior del país. En el porvenir, y a esos efectos, los servicios administrativos de ambos Estados se mantendrán en contacto», citado en la página 16 fr. «Documents secrets du Ministère des Affaires Etrangères d'Allemagne», t. 3, Espagne: Paris, Dupont, 1946.

(4) Joseph Goebbels, «La vérité sur l'Espagne. Discours prononcé au Congrès National-socialiste de Nuremberg», Berlin, Muller, 1937 (edición francesa). Resulta sugestivo consultar la colección de los periódicos de la época y releer las declaraciones de los jefes de Estado fascistas.

(5) Desde 1939 se plantea asimismo el problema del Gobierno republicano en el exilio, que ha convocado en México (en 1945) las Cortes y mantuvo hasta 1953 relaciones diplomáticas con México, Yugoslavia y Guatemala. Aquí la dualidad estatal se presenta bajo otro aspecto, pues si antes se trataba de dos Estados que rigen al mismo pueblo y territorios, ahora aquél que resulta directamente de la legalidad primitiva, no se encuentra en el territorio originario y «su población» por razones de territorialidad está sometida a otras ordenaciones jurídicas nacionales.

(6) Arrigo Solmi, «Lo Stato nuovo nella Spagna di Franco», Varese, Milán, Ist. per gli Studi di Politica Internazionale, 1940, pp. 66-67.

(7) Ramón Serrano Suñer, «Entre Hendaya y Gibraltar», 1952, Madrid, Publicaciones Españolas, 10a edición. Téngase en cuenta que para el pensamiento nacionalista, los Reyes Católicos corres-

ponden al momento histórico cumbre de España.

(8) R. Javier Conde, «Teoría y sistema de las formas políticas», Madrid, inst. de Estudios Políticos, 1953, pp. 180-181.

(9) De los ministros y directos colaboradores del dictador Primo de Rivera, pasan a ser ministros de los primeros gobiernos del Caucho, los señores Conde Jordana, general Martínez Anido, Andrés Amado, Ibáñez Martín, Eduardo Aunós, conde de Guadalhorce, aparte de Calvo Sotelo, ex ministro de Hacienda de la dictadura de 1923-1930. Los prelados desían en su casi totalidad su nombramiento al rey Alfonso XIII, de acuerdo con el régimen del Patronato, y los jefes militares se habían formado en buena parte en el ejército de Marruecos (Sanjurjo, Franco, etc.), verdadera creación política de la vieja monarquía y de la dictadura.

(10) «Tan pronto para el entusiasmo como para el cansancio», ya decían de los españoles los romanos (véase «Historia de España», t. II de Menéndez Pidal, Madrid, Espasa-Calpe); véase Salvador de Madariaga, «Ingleses, franceses y españoles»; Serrano Suñer, p. 204, también hace una referencia de este tipo.

(11) Serrano Suñer, p. 43.

(12) Aranzardi, «Índice progresivo de legislación de los años 1930 a 1949», Pamplona, 1950; números 395 y 469, año 1937. Los textos de las piezas del proceso no han sido publicados ni pueden consultarse. Brennan, «The face of Spain», p. 210, cita un folleto clandestino.

(13) A propósito del uso del uniforme del Partido Único (camisa azul falangista y boina roja requeté), hay diversas circulares (15-VI-1937, 18-VIII-1937 y hasta 2-IX-1939), que muestran la pugna interna bajo la aparente «unificación». En la última, después de recordarse que ambas piezas del uniforme deben usarse conjuntamente, se dice: «El uniforme es una realidad, y hay que imponerla a los que solapadamente intenten obrar contra ella», páginas 146-7 de «Recopilación sistemática de la legislación del movimiento».

(14) Serrano Suñer, pp. 60-4 y 123-25.

(15) Franco, el 7 de agosto de 1937, se pronuncia por las Corporaciones (véase Juan Beneyto Pérez, «El nuevo Estado español», Cádiz, Bibl. Nueva 2a ed., 1939; p. 205) y las disposiciones sobre Magistratura del Trabajo no responden al espíritu de un «Estado nacional-sindicalista» (Ver Aranzardi 1938, núms. 576 y 1940, número 1812). De la forma como se crean los «sindicatos verticales» es elocuente el telegrama-circular núm. 10 de fecha 14 de mayo de 1937, «dando normas para unificación de sindicatos patronales

y obreros afectos a la Falange y a la obra nacional corporativa en el plazo de 10 días», véanse páginas 29-30 de «Recopilación sistemática de la legislación del movimiento».

(16) «Carta colectiva de los obispos españoles a los demás del mundo entero a propósito de la guerra de España (10-VII-1937), editada en francés, París, Spes. 1938, pp. 31-34.

(17) Los monárquicos, tradicionalmente afines con Inglaterra desde el reinado de Isabel II, se han encontrado alguna vez con los carlistas, pues Fal Conde, en ocasión del envío de la División Azul, hizo su crítica y condena por razones cristianas (véase Juan A. Ansaldi, «¿Para qué?», B. Aires, 1954, pp. 26215 y 292).

(18) Alfredo Mendizábal, *Aux origines d'une tragedie: la politique espagnole de 1933 a 1936*, Paris, Desclée de Fournier, 1937, p. 50 del Prefacio.

(19) V. A. Marcotte, *L'Espagne national-sindicaliste*, Bruselas, 1943; Anexo económico (pp. 377-384) del *Anuario Estadístico de España*, Madrid, Instituto Nacional de Estadística, del que hemos seguido la edición manual de 1952. De origen republicano, y de un valor discutible, el anexo de *Statistiques de Victor Alba, Histoire des Républiques espagnoles*, pp. 415-428.

(20) «Actualmente (junio 1939) el único lazo está constituido por el entusiasmo nacido de la victoria y la esperanza que el Generalísimo Franco, como el Führer en Alemania, indicará al país su ruta», dice el general Aranda, a lo que agrega el coronel Kramer del S. S. Alemán, que hace el informe: «aparte del sentimiento de admiración por el Generalísimo (que es común a todos los partidos), solamente la Iglesia católica constituye en una cierta medida un elemento de unión», pp. 63-64 de *Documents secrets*.

(21) Luis Araquistáin, «España ante la idea sociológica del Estado», Paris, UGT, 1953, pp. 39, 37-8, 47.

(22) Op. cit., pp. 39 y 71.

(23) León Duguit, «Etudes de Droit constitutionnel» (L'Etat, t. I, pp. 1-9, Paris, Dalloz, 1928). Ver «Traité du droit constitutionnel», Paris, 1921-23, 2a ed., 5 volúmenes.

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Journal autorisé par arrêté ministériel du 8 mars 1948

Gros: C.C.P. Paris 135 0756
Roque Llop, 24 rue Ste-Marthe
Paris (X)

TELEFONO

Red. y Adm.: BOT 22-02

* SUSCRIPCION INDIVIDUAL
Trimestre 2,10 NF
Semestre 4,20 NF
Año 8,40 NF
Extranjero (año) 10,00 NF
Extranjero (por avión)
América del Norte 15,40 NF
América del Sur 19,00 NF



EL CANADÁ

EL A-CA-NA-DA o Canadá, nombre histórico que sellaron aquellos exploradores y aventureros españoles con el descubrimiento del continente americano en el año 1492, es un país inmenso que mide nueve millones seiscientos mil kilómetros cuadrados, habitado por una población de poco más de diez y ocho millones de almas, en su mayoría de emigrantes europeos y particularmente de ingleses, italianos, alemanes, rusos, ucranianos y un número insignificante de españoles llegados aquí después de la segunda hecatombe mundial siendo en su mayoría refugiados políticos de la contienda española de 1936-1939.

Cubren la fisionomía de este extenso territorio (que de un punto del mar Pacífico a las costas del océano Atlántico mide alrededor de siete mil kilómetros de distancia) largos ríos y extraordinarios y grandiosos lagos. Ríos como el San Lorenzo de capital importancia en el desarrollo de la economía del país por la inmensa cantidad de toneladas de mercancías de todas clases que navegan constantemente por sus aguas conduciéndolas a muchísimos lugares del Canadá y de los Estados Unidos. El curso de este gran río es superior a tres mil kilómetros y forma con sus extendidos canales la navegación fluvial más importante del mundo. El Thelon, el Churchill, el Nelson con sus tres mil kilómetros, el Severn y por último el Mackenzie que es el más largo de esta nación por medir cuatro mil kilómetros de longitud. Los lagos de este territorio son muy vastos y entre ellos hemos de señalar: el Superior, Michigan, Hurón, Erie, Ontario, Winnipeg, Great Slave, Great Bear, así como otros de más o menos extensión y capacidad cubica.

Todos estos ríos y lagos han convertido a este país en el primer productor de energía hidráulica. Si todas estas vertientes de hulla blanca son de máxima importancia vital en el desenvolvimiento de fuerza eléctrica, no lo son menos como vías de comunicaciones. Las aguas de estos ríos y lagos conducen grandes cantidades de troncos de árboles a lugares determinados en donde serán convertidos en pasta para papel. En las épocas de más actividad de esta corporación y de una de las más importantes fuentes de riqueza de este joven país, vemos todos estos ríos y lagos cubiertos de rollos, difícilmente a la vista el poder percibir el azulejo de las aguas. Los trabajadores denominados «draveurs» son los encargados de dirigir todos estos rodillos, montados sobre ellos los hacen correr como hato de ganado por las corrientes, conduciéndolos a las fábricas en donde serán transformados en pasta para papel sobre el cual se ha de imprimir un cuar-

to de todas las páginas de periódicos publicados en una mayoría del mundo. «Trois Rivières», que se halla en la vertiente del río San Maurice (Provincia de Québec) es la capital del mundo del papel periódico. Las papeleras de este lugar producen casi el doble de papel periódico que todas las fábricas en conjunto de los Estados Unidos.

Aparte de todos estos ríos y lagos en sus tareas infatigables, en el desarrollo de la riqueza del país, hallamos otros de belleza natural y muy particularmente el lago Luisa, de reducida extensión superficial, enclavado en medio de las majestuosas Montañas Rocosas, alejado de algunas millas del magnífico pueblo veraniego de nombre Banff (lugar en donde se han de celebrar próximamente los «Juegos Olímpicos») perteneciente a la provincia de Alberta. Este lago ofrece unos coloridos fantásticos que la naturaleza ha querido dotarnos como cuadro de belleza para nuestra visualidad y reposo. Enfrente y reflejando su silueta en las maravillosas aguas de este hermoso lago, se levanta orgullosa la montaña de hielos eternos denominada «Victoria». Se calcula que los hielos que forman el capuchón de ésta, su espesor sobrepasan diez metros. Por la parte trasera el edificio de la C.P.R. se rige majestuoso como si quisiera abrazar el conjunto de este incomparable panorama.

La cadena de las Montañas Rocosas, es un panorama espléndido por las grandezas de sus rocas y la desnudez de su salvajismo que hace pensar y reflexionar a la época de la Pre-Historia, tiempos de los animales gigantes llamados «Dinosaurios». Son montañas que reflejan a la vez diferentes coloridos que sorprende a todo viajero que las visita por primera vez; es un fenómeno natural que se han complacido el sol, las aguas y sus evaporaciones en concordancia con la capa terrestre dedicarnos a los humanos para nuestra pasión artística y seria meditación. Estas montañas engendraron a los animales más arriba señalados pertenecientes a la Era Primitiva entre los cuales nombraremos: el «Ilegoaurus» el «Pterodactyl» y el «Corythosaurus»; éste último media, según dicen los paleontólogos, diecisiete pies de alto y cuarenta de largo, siendo uno de los muchos dinosaurios que existieron en el sur de la provincia del Alberta (Canadá) hace setenta millones de años. Los fósiles de estos animales los podemos ver en diferentes ciudades del Canadá y particularmente en la ciudad de Edmonton y en Calgary.

Actualmente existe una fauna de animales muy curiosos, como son el Coyote, el Wapiti, semejante a nuestro ciervo; la Ardilla color bermejo; pájaros como

el Martín Pescador, aves como la Grulla Blanca, caaarúpedos como el Bisonte y fieras como el Oso.

Los valles y llanuras de este país nórdico son muy extensos viéndose miles y miles de millas completamente vírgenes esperando la fuerza humana que las viole y fertilice para que con el fruto creado se pueda saciar el hambre de los millones de desgraciados diseminados por el mundo. En estos valles y llanuras vivieron posiblemente muy felices aquellas tribus de indios de raza, Comanches, Arapaho, Iroqueses y otros, y fue quizás en estos valles y llanuras en donde lucharon y murieron por defender su libertad e independencia. Los supervivientes de estas razas los hallamos en las reservas concedidas por el gobierno federal viviendo miserablemente. El alcohol los va envileciendo y un número de éstos viven ya asimilados a la población rural y urbana.

Son de renombre mundial las fiestas anuales de la ciudad de Calgary (Alberta) denominadas Stampede (nombre de origen español equivalente a «estampida») que se celebran en el mes de julio. Se presencian carreras de diligencias tiradas por seis caballos que corren como si hubieran desbocado. Cuando en ciertas ocasiones pude verlo en el cine europeo pensé que exageraban, pero hoy que lo he visto con mis propios ojos he tenido que rendirme a la evidencia. Se doman potros y becerros como en épocas de Buffalo Bill y vemos los restos de los indios en sus danzas lúgubres y macabras. La Estampede, terreno y edificios en donde se celebran todas estas exhibiciones y juegos, fué sin duda alguna el lugar en donde se desarrollaron las más grandes e inhumanas matanzas entre indios y gubernamentales. Fue aquí posiblemente donde redujeron al silencio a las caras «rojizas».

Con los restos de estas tribus he convivido algún tiempo en sus reservas de Kananaski en donde a invitación de una compañía cinematográfica y en colaboración con el productor Walt Disney contribuí en el desarrollo de la película «Nomads of North», con los artistas canadienses Jean Coutu y Emile Enest. Los exteriores de esta película fueron filmados en estas reservas indias que es donde colaboro cantando algunas canciones, y he comprobado que estos individuos no necesitan más que educación e instrucción para ser iguales que nosotros. Ellos son solidarios y desinteresados pues todo lo que poseían lo ponían a nuestra disposición. Guardan siempre el temor al blanco por no haber olvidado las injusticias cometidas por éstos en el arrebató de sus territorios.

Los bosques de este país son in-

Felipe Alvarez FERRERAS

menosos aportándole una de las más grandes riquezas al Canadá en maderas y pasta para papel. En ellos se esconden toda clase de animales, particularmente el oso amansado, que apercibiendo al intruso viene a exigirle su golosina preterida, trozo de azúcar, que se la arrebatará de las manos muy civilizadamente. Los escasos bisontes, con mirada sombría levantan la cerviz para ojear al curioso que viene a molestarle; es de recomendación no mirarlos con desdén, ignoran las complacencias por no haber perdido totalmente sus instintos de fiera. Los patos y volátiles de toda especie invaden los bosques y lagos, no logrando los cazadores (numerosos en el Canadá) dar tregua por más que tiren y asesinen.

Las temperaturas en estas latitudes suelen ser en épocas invernales entre quince y treinta grados Ft. En ciertas regiones del Polo se registran bajas de termómetro que sobrepasan los 50 grados. Ft. Propiamente hablando, en estas latitudes no existen más que dos estaciones: verano e invierno.

El Canadá cosecha trigo en abundancia, siendo uno de los más grandes productores del mundo. Es el mayor productor de fuerza hidráulica y de pasta para papel periódico. Es gran productor de petróleo y sus pozos se acumulan por doquier. Las conducciones son vías de comunicaciones que se extienden y dirigen a todas las direcciones del país, distribuyendo cursos petroleros y su gas natural al más alejado lugar del país. Está en vísperas de terminarse la gran «pipeline» que llevará a Montreal partiendo de la provincia del Alberta el gas natural, después de recorrer la enorme distancia de cuatro mil kilómetros. Está en construcción la «pipeline» que llevará ese gas natural a los territorios de California (Estados Unidos). Edmonton y Calgary son los centros de tenedores de fortunas incalculables de este oro negro. Esta nación es rica en minerales. Es una de los mayores productores de pescado, pieles, con su famosa fábrica de Kitima, níquel, uranium, etc., etc.

Completamente virgen en sus suelo y subsuelo el futuro del Canadá está en vísperas de superar a muchos países en la vanguardia del progreso, si sabe armonizar, organizar inteligentemente su economía, en donde todos sus ciudadanos gocen de los mismos derechos y deberes, y no sean los productores, campesinos, obreros, proletarios en general, los que tengan que soportar el peso del desarrollo de la nación, continuando siendo los eternos explotados, física, moral y materialmente.

FAMILIARIDAD CON LOS MUSICOS

M O Z A R T



Fué en Salzburgo, lugar donde el germanismo contactaba con el latinismo y el Oriente con el Occidente, donde la música amenizó la vida cotidiana en ceremonias religiosas y civiles, fiestas de familia, ferias y carnavales, y donde cada aristócrata, imitando al príncipe-arzobispo, aspiró a poseer su orquesta, que en 27 de enero del año 1756 nació Johannes Chrysostomus Wolfgang Amadeus Mozart, hijo de Leopoldo, violinista en la corte del indicado príncipe-arzobispo y único educador musical de su retoño, al cual en este dominio impuso una severa disciplina.

La precocidad del niño Mozart es lo suficientemente conocida para que se insista demasiado sobre la misma. En el clavicordio paternal improvisaba variaciones sobre aires conocidos. A la edad de 4 años — se asegura — compuso su primer «concerto», a 6 los primeros «minuets», inaugurando con ello una fuente creadora que no se extinguiría hasta el último aliento del músico que, dicho sea de paso, en un terceto ocupó el lugar de segundo violín, sin haberse ejercitado nunca en este instrumento.

Considerando el valor melódico de su hijo, Leopoldo Mozart se propuso recorrer Europa con el niño convirtiéndolo en una atracción internacional, mas con la escondida ambición de hallar, para sí mismo, una plaza de maestro de capilla en alguna corte extranjera. ¿Cómo el pequeño Amadeo resistió los incómodos e interminables viajes, a la constante fatiga, al incesante ir de un palacio a otro, ejecutando sin cesar en las salas de los mismos? Cuando nos imaginamos lo que fueron los primeros años de Mozart junior, comprendemos con facilidad el por qué de su muerte prematura.

En todas las ciudades —Munich, Viena, París (donde compo- ne por primera vez para la imprenta, siendo el caso de unas sonatas para violín dedicadas a Victoria, hija de Luis XV) el sorprendente Mozart es acariciado, adulado, arrancado de unos brazos por otros, conceptuado «pequeño fenómeno», lo que daba derecho a la aristocrática clientela a hacerle ejecutar proezas de perro sabio y excesos de ingenio. Así Mozart improvisa un tema cualquiera, descifra a primera vista partituras complicadas que le presentan, ejecuta en clavicordio a teclas veladas y otras absurdidades que a la canalla dorada se le ocurren.

En esa época Amadeo es apenas un adolescente de cabeza grande, magro, bonachón y sonriente, es decir, un ejemplar humano típicamente salzburgués y cuya forma de ser no abandonará en los días de su vida.

De 1764 a 1766 se prodiga en Londres, La Haya, París (donde, la curiosidad satisfecha, el público de Mozart se reduce), Ginebra y Munich. Luego, tras un viaje de varios meses a Salzburgo y Viena, en 1769 efectúa su primer viaje a Italia, considerado entonces, por músicos y pintores, como viaje de consagración. El

gusto musical de los maestros italianos era considerado oro de ley, y cualquier compositor y ejecutor se creía obligado a recibir, para su fama, la estampilla italiana. De 1769 al 1773 Mozart fué tres veces a Italia, viviendo en ella un total de 25 meses. El entusiasmo despertado por el joven músico entre los italianos fué inmenso, yendo a tocar en «maestrino» de un extremo a otro de la península. Por la ejecución de memoria de todas las partes del «Miserere» de Allegri, tan celosamente guardado como cosa exclusiva por los cantores de la capilla Sixtina, Mozart fué distinguido con el título de «compositor de la Academia Filarmónica de Bolonia», en la que, de todas suertes, se le impuso una prueba de tres horas que él evacuó en 30 minutos solamente. En cada uno de estos tres viajes Mozart aportó una ópera para el teatro de Milán: «Mithridate», «Ascanio in Alba» y «Lucio Silla».

Reclamado por el nuevo arzobispo de Salzburgo, Hieronimus Colloredo, que no se aviene a las ausencias prolongadas de sus músicos, Mozart, después de una estancia en Munich donde hizo estrenar su ópera «La Finta Giardiniera» (que en ninguna corte de Europa sería aceptada) regresó a su localidad de origen.

A raíz de todos estos viajes Mozart ha oído muchas y muy diferentes partituras y frecuentado a varios compositores: Schubert en París, Juan-Cristián Bach en Londres, Sammartini y el padre Martini en Italia. Asimismo se ha impuesto de los estilos operísticos italiano y francés. Asimiló con facultades extraordinarias cuanta riqueza musical encontró en cada país, lo cual explica, tal vez, la internacionalidad (Francia, Italia, Alemania) de la música mozartiana. Su obra, única, extiende sus raíces a esos tres países.

Mozart permaneció en Salzburgo durante cuatro años, salpicados de vejaciones y de injusticias hirientes. La hostilidad de Colloredo fué constante; pero a 17 años nuestro músico consiguió un permiso de ausencia (1778) que aprovechó para irse a París pasando por Munich y Mannheim. En la capital francesa tuvo el dolor de perder su madre y se hurtó a la cábalas de las gentes, no consiguiendo interesar.

De regreso a Mannheim su prometida, la cantante Alosia Weber, le patentiza su rechazo casándose con un comediante mediocre llamado José Lange. Cogido en una red de intrigas urdidas por la madre de Alosia Weber, que a toda costa quiere casar a sus otras hijas, en 4 de agosto de 1782, en Viena, Mozart contrae matrimonio con una hermana de su ex-novia, Constanza, cuya vulgaridad no le permitió comprender a su marido, imposibilitándola de intimar cordialmente con el mismo. ¡Cuánta diferencia comparando el caso Constanza Weber-Mozart con el de Clara Wieck-Schumann y el de Cósima Listz-Wagner! Otras mujeres se atravesaron al paso de Mozart, sopranos principalmente, sin que las concediera particular atención por fidelidad a su desprecupada Constanza. Acantonándolo absolutamente a su música se ha pretendido convertir al autor de «La flauta mágica» en una suerte de ángel despegado de todas las contingencias terrestres. Nada más falso. Mozart fué hombre sujeto a las características de su sexo, y nada de lo que es humano le fué desconocido.

En 1781 había cortado la relación con Colloredo, instalándose en Viena, donde conoció una serie de éxitos mundanos. Ejecutó sus «concertos» para piano e hizo cantar admirables aires italianos mayormente por su cuñía Alosia. Mas estos éxitos serán efímeros y su corta vida no será más que una larga serie de decepciones, incluso de sufrimientos (de seis hijos vió morir a cuatro), matizada de vez en cuando por brillos inmediatamente disipados. Como es natural, a todo ello se añadieron las dificultades económicas, testimoniando sobre esta miseria las cartas del propio cuitado dirigidas a Puchberg, adherido, como él, a la francmasonería (el ideal de fraternidad y de generosidad había seducido al alma ávida de absoluto del gran músico) para pedirle ayuda. El genio que escribiera tantas obras maestras debía cambiar de casa con frecuencia para desplazar a sus acreedores, vender sus muebles para pagar las costosas curas de Constanza, totalmente preocupada por su salud.

Descorazonado por la actitud del nuevo emperador, Leopoldo II,

que le había dejado el título de «compositor de la Cámara Real» (cargo que lo comprometía a facilitar la música de canza) pero que fingía ignorarlo, Mozart trató una vez más, y nuevamente en vano, de buscar suerte en varias ciudades alemanas. ¡Toda la vida deseando, sin conseguirla, una situación estable, cerca de un soberano o de un alto personaje!

Sus últimos años, tan miserables, serán no obstante de una luminosidad extrema. En Praga, la única ciudad en la que fue comprendido y admirado, le plugo estrenar «Las bodas de Fígaro» y «Don Juan».

En 1791 renueva este éxito en Viena con «La flauta mágica», esta cumbre de la música que puede ser considerada como el testamento musical de Mozart. Enfermo, estragado, falleció el 5 de diciembre de 1791 dejando sin terminar el «Requiem», en cuya ideación trabajaba afanosamente previendo que debía ser el suyo.

Sus despojos mortales fueron arrojados a la fosa común —entierro de pobre— desapareciendo para siempre todo rastro físico del hombre que fué la encarnación misma de la música.

..

Mozart dejó de existir a la edad de 35 años y cabe preguntarse cómo en su breve y difícil existencia pudo escribir ese prodigioso conjunto de más de 600 obras. He aquí enigma. El gran virtuoso chocó con la indiferencia del público de su tiempo y con la incompreensión de la posteridad hasta nuestros días, en los que aún algunas «notabilidades» se obstinan en no ver más que el «pequeño Amadeo», el niño prodigio (que fué el aspecto pasajero de una vida), o bien el agradable representante del período bufo, un músico galante y superficial... ¡Qué desconocimiento de la esencia misma de la obra mozartina en la que se percibe el latir de un corazón desbordando bellezas, en tantísimas páginas!

Mozart consiguió el milagro de renovar sin demoler. Único en la historia de la música, abordó felizmente todos los géneros: música profana o religiosa: misas, óperas, sinfonías, concertos, sonatas, música de cámara y estilos de una variedad inaudita. En todas sus empresas ha cualitativamente triunfado, y aún hoy, a 170 años de su muerte, ninguna celebridad musical consigue hacerle sombra. Con un turbador humanismo, con una profundidad de expresión y una riqueza psicológica incomparables, Mozart dio vida musical a sus héroes, expresando las mil facetas del sentimiento que la palabra es incapaz de traducir en ejemplo vivo. Mozart supo hallar, enlazando lo

Arte y Artistas



EN el Palacio Nacional se ha inaugurado una Exposición Nacional de Arte Románico a la que contribuyen muchas naciones europeas, preferentemente España, Francia e Italia, y con aportaciones escasas, pero notables, de algunos países de influencia religiosa protestante. Se ve igualmente contribución de museos americanos, de esos que disponiendo de moneda fuerte se pueden permitir la licencia de «hacer sacar» en los centros religiosos europeos. En general esta Exposición, aunque meritísima, abruma por la buena cantidad de piezas presentadas pregonando, en mayoría, la sensación del martirio y el despellejamiento más o menos riguroso de santos y fanáticos.

Una segunda parte de este alarde santurrón se da en Santiago de Compostela, donde el arte románico es predominante.

Hemos tenido también, Exposición de Artesanía Italiana, en su acepción moderna, con ejemplos de fusión de épocas, de diseños futuristas, de aplicación utilitaria, de fantasías extremadas y elaboraciones al buen gusto. Las piezas expuestas son numerosas relevando, todas ellas o casi, de la dirección del artista, de los artistas anónimos o consagrados, siguiendo la idea «terricaire» de Picasso o tal vez anticipo de ella, pero en todo caso arte sujeto a las leyes de libre inventiva y de intentada superación de la cerámica antigua. Las piezas cilíndricas abundan en contornos caprichosos fácilmente embellecidos en sus formas y en esmaltes bien tratados al fuego. La Exposición

se amplía en graciosidades cristalerías, en filigranas pajizas, en cueros musicales y demás objetos descendentes que parecen comercializar esta demostración de la habilidad italiana.

El Nepal ha aportado su arte a Barcelona para que lo admiremos o consideremos. 800 unidades de mérito variado, unas veces intrigante, otras ingenuo, que han sido expuestas en las salas de La Virreina por obra de unos adictos al Museo Etnológico que fueron a aquel país a conseguir esa cosecha que ahora exhiben. Iconos, máscaras, figuras entre

atormentadas y grotescas, objetos de culto, de la vida en prosa, galanuras y otros adminículos, en todo lo cual destaca la madera policromada, la artesanía al gusto secular de esa ruda población montañesa con cuyas costumbres chocamos los frívolos orientales. Por los Brahma, Visnú y Siva comprendemos que los nepalíes adhieren a la mayor de las religiones indostánicas, abismándose «espiritualmente» en la cima del pasado cual si se tratara de sustraerse al presente, que tal debe ser el sino de todas las religiones, sin que la católica logre escamotear el detalle.



Por su atraso en elemento de industria es notable la forja del bronce a que se atrevieron los nepalíes antepasados; y las talladas refinadas en madera dura; pero desagrada esa adulteración de la anatomía humana que tanto aficiona a los asiáticos. Superando a la aberrativa figuración de Buda, nepalmente a Siva se le atribuyen dieciocho brazos, seguramente en teología del país explicados, pero que civilizadamente se pueden considerar abisivos para un supuesto de contienda mano a mano. ¡Siempre ventaja a los dioses!

Habíamos salido de la exposición encantados. Pero la verdad, tanta imaginaria monstruosa y tal exceso de serpientes y mixturas humano-bestiales, nos hicieron salir de La Virreina espeluznados como de los dominios de Abracadabra.

En arte individual consideraremos la labor curiosa de Juan Fluví Mas, dado a la evocación de paisajes y objetos mediante un sistema caprichoso que denomina «tela de araña». No habiendo pasado esta vez por casa Grifé y Escoda, cedemos con gusto la palabra al prestigioso crítico de arte Juan Cortés, el cual asegura que las «telas» de Fluví constituyen «técnica de su invención, a base de recortes de tarlatana teñida en diferentes colores y trozos de periódico, todo ello pegado y yuxtapuesto, por la cual busca obtener con respecto al tema de que parte una evocación mucho menos descriptivista y pormenorizada que sugerente del clima y la luminosidad determinadas que constituyeron aquél en el momento en que repercutió en la sensibilidad del artista.

«Si el sistema es poco concorde con una perfecta normativa no lo es, ciertamente, menos que otros muchos, y los efectos que con él obtiene Fluví son de una finísima y alambicada calidad plástico-pictórica en sus sutiles transparencias, de infinita matización. El previo esquema sobre el cual aplica nuestro pintor sus parches y aposiciones, todo él conducido por un dibujo que sin ser esclavo de la referencialidad, ni mucho menos, tiene en cuenta los objetos de que toma pie para su invención y sujeta la composición. Así, sus flores, que parecen desvanecerse en pura nostalgia, no pierden por ello la expresión de su propia naturaleza, y sus vistas venecianas son perfectamente identificables al través de esa especie de niebla de ensueño en que se envuelven en su interpretación por la insólita técnica empleada por su intérprete, dándonos el específico ambiente de cada instante y su fidedigna iluminación». — C., Barcelona.

MOZART

cómico con lo trágico, la vena dramática de un Shakespeare. Todos los aspectos del alma humana son evocados en su música: la risa y las lágrimas, la gravedad y la fantasía, la angustia y la esperanza, y una serenidad de la que «La flauta mágica» indica el punto culminante, la serenidad que ese corazón puro conservó hacia todo, pese a las agobiantes adversidades.

Cual un personaje de Wateau apenas perfilado sobre una barca que se aleja, Mozart no hizo sino atravesar en meteoro la Europa del siglo XVIII, una Europa agitada, inquieta, angustiada por la idea de la muerte y que por pudor o cobardía ocultaba sus sentimientos tras un decorado brillante. Así se desprende de su música, aparentemente clara y alegre y tan frecuentemente, para los oídos atentos, de una tristeza infinita.

E. L. M.

PEREGRINACIONES EUROPEAS

PRAGA

PREMYEL PITTER O DAVID Y GOLIAT

Para llegar al barrio Karlin, donde vive Premysl Pitter, tengo que atravesar otra vez Praga, que se me aparece bajo otros aspectos. Las calles ya no son tortuosas; se cruzan perpendicularmente, orladas de viejos árboles. Entre las fachadas multicolores se divisan estrechos jardines familiares algunos con estanque enmohecido o un pabellón vestido de hiedra. Encontraré en su casa a este camarada que recorre, apostólicamente, las ciudades de Bohemia y las aldeas de Eslovaquia?... Heo aquí, en el umbral de la puerta, con su frente alta, con esos ojos azules, dilatados de sorpresa y alegría.

Animador del movimiento internacional del «comunismo cristiano» (que es otra cosa que el comunismo soviético) Premysl Pitter gasta su energía en el múltiple esfuerzo de la propaganda, pero se arriesga también en todas las circunstancias peligrosas, manteniéndose firme ante los tribunales, saliendo de la prisión para redactar y compaginar el número atrasado de la revista «Sbratni», dictar sus sermones éticos en las escuelas de la libre hermandad y, a menudo, llevar a congresos lejanos el saludo de los que quieren permanecer fieles a la enseñanza de Jesús. Enseñanza que es la misma, en su esencia, de la de los profetas bíblicos, de Buda, Lao-Tsé, de Sócrates y Francisco de Asís, de Tolstói y Gandhi. En esta sociedad, a la que los revolucionarios dividen en dos campos antagónicos, persisten grandes grupos de creyentes que recuerdan a los pitagóricos, esenios, bogomilos y valdenses de los siglos de la esclavitud y el oscurantismo religioso. Los cuáqueros, dujobores, nazarenos y tolstoianos constituyen en nuestros días islas de tolerancia y ayuda mutua, entre las oleadas sangrientas de la revolución social y política.

— El ideal del comunismo cristiano no puede ser realizado sino mediante el amor y la abnegación. Para nosotros, estas dos palabras tienen profundas resonancias. Significan hechos, actividad de cada día, no discursos en horas de tregua. Nuestra acción es una preparación espiritual, un renacimiento moral, personal, para reconocer al hermano en cada hombre. Trabajo en comunidad, cada uno para todos, y todos para cada uno, librados del propietario, de la avaricia, de la hipocresía. Por consiguiente, apartar las barreras nacionales, religiosas, sociales... Igualdad ante la eternidad divina. Derecho a la vida y respeto a la vida de todos los seres vivientes (pues no podemos concebir el pacifismo sin el vegetarianismo). Nuestro sentido

de humanidad significa prioridad del espíritu que refrena el cuerpo tentado por vicios y codicias. Para nosotros, la vida se resume en servir. Dispuestos a todos los sacrificios para salvar la comunidad humana... Afrontemos a los adversarios, pero sacrifiquémonos aun para su iluminación y su salvación. Porque nosotros creemos que el progreso no es otra cosa que la realización de la Utopía...

Premysl Pitter habla claramente, con firmeza, con esa gravedad del luchador cuya espada es la palabra, cuyo escudo es el alma solidaria con las almas de los creyentes. Me enseña una larga lista: checos que rehusaron aprender el arte de matar, que no quieren cooperar con el Estado opresor. Hombres sencillos, campesinos que van a la prisión, alta la frente, no queriendo hacerse cómplices de la injusticia, ni traicionar su convicción. Este martirologio espera a su historiador, pero encuentra desde ahora incansables defensores, como Henrique Groag de Brün, un abogado que considera que la justicia debe identificarse con el derecho, que la legalidad tiene que modelarse según los mandamientos de la conciencia. Centenares de «objetores de conciencia» yacen ahora en las cárceles; otros cientos han declarado ya que están resueltos a rechazar el «servicio de homicidio» para un nexo nuevo — al que no puede confundirse con la patria — y que se apresuró a imitar las antiguas herejías de la violencia y de la opresión.

«No pasará mucho tiempo, y seremos miles y miles, no sólo en este país, sino en todas partes», proclamaba Premysl Pitter en la carta dirigida al presidente Masaryk, a quien devolvió sus documentos militares. «Sería una falta de sinceridad y honradez de mi parte, si devolviera mis documentos cuando fuere llamado a las maniobras o a la guerra... Devuelvo mis documentos al presidente de la República, y no a las autoridades militares que no podrían comprender mis motivos de conciencia, mis convicciones humanistas. No deseo ser un mártir. Sin embargo, estoy preparado a sufrir por mi causa... La prisión no es un medio para convencer «herejes» como yo. Nos sentimos fuertes, porque junto con nosotros están algunos hombres a los que usted también, señor presidente, ha mencionado a veces: Jesús, Chelcicky, Tolstói, Romain Rolland».

Y Pitter recordó a Masaryk algunos de sus escritos, cuando el filósofo no era todavía jefe de Estado. En un ensayo, de antes de la guerra, Masaryk manifesta-

ba su simpatía por Chelcicky (del siglo XV) el fundador de una secta cristiana, en Bohemia, que se negaba a servir la violencia. Más tarde, en su obra «La Revolución Mundial», él rectificó su opinión («bajo la presión de los «intereses de Estado»): «Chelcicky fué demasiado lejos; debemos encontrar un compromiso entre la violencia y la violencia... Pitter replicó, en su carta: «¡Yo elegí a Jesús, y no a César! No a Ziska (un héroe nacional checo), sino a Chelcicky» (cuya grandeza moral empieza a ser descubierta después de haber sido oscurecida por Hus durante algunos siglos).

Cuando salí con Pitter de su austero refugio — tantas veces revuelto por las manos rapaces de la autoridad! — él me habló, en el alboroto de los automóviles y los tranvías — de la colonia juvenil de Waidhofen, cerca del valle profundo del Ybbs. Ya los he visto, a esos pioneros neocristianos, que fueron al congreso de los Resistentes de la Guerra en Sonntagsberg para encantarnos, en las pausas de los debates, con sus canciños ingenuas, con sus juegos artísticos, con sus trabajos en madera y bronce, hermosos y útiles. En su colonia, en la huerta con árboles frutales, legumbres y colmenas, han construido cabañas para estudiar, para descansar y recogimiento, para trabajo manual: carpintería, tejeduría, grabado... Comunidad espiritual que exige a sus miembros — muchachos y muchachas — realizarse a sí mismos, mediante la práctica del naturismo que fortalece el cuerpo, purifica el alma, esclarece la mente; mediante esa cooperación fraternal que libera de la obsesión del dinero y de la promiscuidad parasitaria. Una isla — así se llaman estos jóvenes — solidaria con otras islas dispersas en el caos de nuestro mundo doliente. «Nuestro planeta no será convertido en un paraíso por medios exteriores, por leyes y programas políticos». Cada uno debe empezar consigo mismo, organizarse, ennoblecerse a sí mismo. «Que broten las flores del paraíso en tu propio pecho»... Y esta colonia (no es la única) perdura desde hace diez años, rehusando someterse a una civilización que deshumaniza, buscando en los invernaderos de la cultura flores que pueden vivir también bajo el cielo abierto, en todos los climas, en todas partes en donde el hombre reconoce a su semejante por medio de esos imponderables del Espíritu divino, de la eternidad creadora...

Me despidió de Premysl Pitter en la calle de la Revolución, cerca de una plaza que — en estas ho-



ras febriles y congestionadas de la capital — aparece, con el ruidoso remolino de su tráfico, como un sarcástico mentís a esas comunidades libres, a las colonias de los pacíficos rebeldes. Permaneciendo en los marcos de la naturaleza, ellos sueñan para la humanidad entera formas de vida sencillas pero justas, en el trabajo armonioso que no malgasta las fuerzas, sino que nos libra de los terrores del hambre y del odio... Subo a la redacción de la revista «Die Wahrheit», (que publicó una parte de mis «Caminos de la Paz»), desciendo luego para recoger, en una exposición de pintura, algunas imágenes: me pareció haberme extraviado en un jardín, componiendo un ramillete de flores. En algunos cuadros he reconocido paisajes contemplados durante otro viaje, cuando he recorrido Checoslovaquia, a lo largo de los Cárpatos con viejos bosques o peñascos grisáceos, con lagos entre las cumbres, con amplias praderas y pastos perdidos en el horizonte y, a veces, con esa danza fantasmagórica de los abedules: blancos y finos troncos bajo sus trémulas trenzas plateadas.

He deambulado después a través de un pasaje ramificado, como en un hormiguero o una colmena de alvéolos cristalinos, multiplicados por los espejos y la magia eléctrica. Finalmente me encaminé hacia la estación, en la hora del crepúsculo, cuando el río humano corre, caudaloso, por los bulevares. No pude encontrar a Otto Rádl en el amasijo de gentes del «Representación Café». Pero cuando, asomado a la ventanilla del vagón, esperaba la conmoción de la partida — siempre es así: doble sacudimiento, interior y exterior, psíquico y físico! — Premysl Pitter surgió en el andén con la misma sonrisa en su rostro rubio y azul. Me alarga una bolsa con algunas manzanas doradas, dos bananas (algo raro en estos parajes!) y uvas. He sentido entonces que también estas frutas de la tierra, ofrecidas en la batahola y la febrilidad de una estación de ferrocarril, representan un testimonio de amor, igual que el pan y el vino de la comunión evangélica.

— Hubiera querido retenerlo para la cena de los camaradas, esta noche. Hubiese reencontrado allí

por EUGEN RELGIS

★ Panorama sociológico del Brasil ★

por Humberto Guzmán Arce

A CABA de editarse la versión portuguesa del libro que originalmente fue escrito para los cursos de la Sorbona por el celebrado sociólogo y Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Río, don Antonio Carneiro Leao.

No se trata precisamente de un volumen de principios elaborados para la especulación teórica de la ciencia. Es una obra de meditaciones sociológicas, como reza en el prólogo del profesor Georges Davy, escrito para descubrir la naturaleza de algunos hechos sociales característicos de nuestro Continente, y en particular, del pueblo brasileño.

En este libro que lleva por título «Panorama Sociológico del Brasil», el autor rehuye deliberadamente ingresar en cualquier consideración abstracta, para ceñirse sólo al estudio objetivo de la sociedad brasileña y por ende, latinoamericana, en cuanto se refiere a la estructura de los medios rural y urbano, a la fusión de las razas, a la asimilación de las culturas, a los cambios sociales operados en virtud de las leyes de movilidad y a otros fenómenos de investigación sociológica, cuya descubrimiento explica el mecanismo de las relaciones humanas.

Antonio Carneiro Leao nos trae la persuasión de que existe una Sociología en América Latina, co-

mo ciencia que hubiera insurgido de la capacidad escrutadora de los estudiosos, cuyas investigaciones se concretan a las realidades propias del Continente, con tendencia renovadora frente a las interpretaciones de un presunto dogmatismo de las escuelas europeas.

Evidentemente, la metodología latinoamericana trata de imprimir rumbos comunes y objetivos, al tratamiento de los fenómenos sociales, con la ambición de unificar el régimen de los estudios con un criterio equidistante entre el rigor de la teoría y los resultados de una indagación directa que no se aparte completamente de la sistematización de los principios.

El estudio de los temas americanos ha desbordado, merced a esta tentativa, de las meditaciones de gabinete a las exploraciones más activas de las sociedades, afinando la sagacidad y la sutileza de los estudiosos. La ciencia social asume personería con un nuevo estilo para extender sus comprobaciones a los procesos que se repiten como fenómenos permanentes, procurando que sean más claras y accesibles las fórmulas de la teoría social, las cuales no dejan de llevar en sí ciertas dificultades que proceden de las ideas abstractas y de las normas metodológicas.

Ya son numerosos los investigadores que han construido una ciencia americana, conquistando laboriosamente la más alta jerarquía en los dominios de esta especialidad. Lucio Mendieta y Núñez, el maestro mejicano, demuestra riqueza y plasticidad de con-

ceptos a través de su obra múltiple; Fernando de Azevedo ordena sistemáticamente los más complicados sistemas de las escuelas sociológicas; Gilberto Freyre acumula las más agudas observaciones para interpretar el proceso orgánico del Brasil; José Antonio Arce condensa en fórmulas ceñidas la fenomenología social; Alfredo Poviña, con admirable poder de síntesis plantea los problemas del academismo docente; y Antonio Carneiro Leao con simétrica unidad desmenuza las diferencias entre el mundo rural y el urbano. Todos ellos han concurrido bajo el soplo del mismo entusiasmo por la ciencia, a conformar una Sociología nutrida de observaciones, coherente en sus conceptos, equilibrada en sus apreciaciones para restringir las dicotomías entre los productos que se originan de la cultura y los que nacen de la naturaleza.

Las lecciones de Carneiro Leao compuestas para los cursos de la Sorbona, se aplican al análisis de la ecología brasileña, logrado con aliento vitalizador para el paisaje en el que se orienta la vida del hombre. Luego, los temas inciden en el examen biosíquico de la población para determinar la influencia de las razas y los productos de la mixigenación, concluyendo en el estudio de los productos de la cultura, sean éstos de orden económico, familia, político, educativo o regional. Pues, sostiene el libro que los elementos que influyen fundamentalmente en la conducta del hombre, pueden ser reducidos a tres categorías que son las geográficas, las innatas y las culturales, figurando entre éstas últimos, los fenómenos producidos por las necesidades económicas y del espíritu, a través de los procesos de la Historia. En torno a estas tres categorías que se combinan en una urdimbre de relaciones, el doctor Carneiro hace su investigación sobre el régimen de trabajo, dieta, vestuario y vivienda, sobre la organización familiar, la movilidad de las clases sociales, la tendencia educativa y las caracterizaciones regionales o integralistas del Brasil y de los pueblos americanos.

Merecería comentario extenso el estudio de cada uno de estos problemas, a los cuales referimos en forma enunciativa por la complejidad que encierran, en virtud de las relaciones que dimanar de agrupamientos tan diferentes, aunque todos ellos vengán a ser facetas o fracciones de la sociedad considerada como un todo.

Sin embargo, hay una reflexión que puede ser extendida a la estructura del Continente. Se re-



fiere a las amalgamas biológicas entre los grupos étnicos que están sujetos a una permanente soldadura de sangres. Se generaliza también a la asimilación de culturas tan contradictorias, que acabarán por fusionarse en el proceso de formación de nuestras nacionalidades.

La variedad étnica no es sólo un tema de índole biosíquica. Cada raza mantiene sus ingredientes culturales y responde a un estatuto económico para buscar sitio en la sociedad. Los estratos dirigentes o las clases inferiores, han tenido originalmente un ordenamiento estamentario que se está transformando en una escala clasista. Merced al proceso de la Historia se están pronunciando los cambios sociales por la fuerza dinámica de la evolución o por impulso acelerado de las revoluciones que alteran el sitio de los individuos y la naturaleza de las sociedades.

Estas variedades étnicas traen consigo el choque de cultura dentro del vivir colectivo. Los sujetos pueden cambiar de nivel social insertándose en un grupo o en otro, pero difícilmente pueden lograr asimilarse a las formas mentales, afectivas o de comportamiento, porque se opone a ello su propio equipo de cultura. De estas contradicciones nacen las consecuencias contra-aculturativas y de transculturación, cuyo mecanismo analiza cuidadosamente el autor de la obra que nos ocupa.

El libro contiene una serie de temas que se ordenan en forma compacta. Mas, el acierto conceptual del tratadista no está reñido con el pensamiento ágil y novedoso, ni con la nobleza del estilo, que son condiciones que mantienen la amenidad de la lectura y contribuyen a establecer cierto paralelo entre el escritor francés Jules Romains y el doctor Carneiro Leao, como afirma un crítico que ha descubierto cierta asociación de calidades entre ambos hombres de letras.



Peregrinaciones europeas

también a Olga Fierz (una suiza que me traducía los debates, durante el congreso de los Resistentes a la Guerra, en Hoddeston, en 1925). Ahora es nuestra secretaria. Pero viajeros como usted tienen que estar libres. Nos ha traído un mensaje: sé que va a transmitir también el nuestro, a los hermanos que no conocemos todavía...

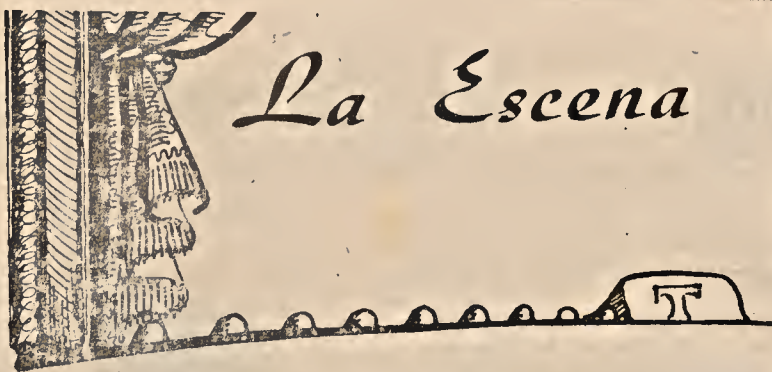
— ¡A los que reconocemos desde el primer apretón de manos! Nuestra familia, la de los creyentes laicos, vive dispersa hoy en día, pero solidaria: «*Menschen familie*», la familia humana, como dice el viejo Nicolai Scheierman, el sueco de barbas largas, a la moda rusa. ¿Lo recuerdas? A Waldhofen...

Pero el tren se pone en marcha, cortando mi última frase. El brazo de Pitter permanece levantado, por encima de las cabezas que ondean en el andén, ba-

jo la bóveda ahumada. Un saludo que es, a la vez, Praga se me vuelve digna de cariño. Porque me ha ofrecido, también ella, una inolvidable figura de hermano, como las otras capitales donde he logrado asociar una conciencia, ganar un corazón, un alma para los empleos de hoy y para los recuerdos del mañana (1).

(1) Premsl Pitter ha sobrevivido a la horrorosa ocupación nazi, y durante algunos años trató de resistir bajo el régimen comunista implantado en Checoslovaquia después de la «victoria». Ha sido maestro, a su manera, en una escuela de niños, pero la denuncia de una airada partidaria le hizo elegir entre el destierro en un campo de concentración en el Este y el destierro hacia el Occidente. Y ahí sigue llevando su cruzada de siempre.

FIN



La Escena

«EN LA RED»

DIJO Alfonso Sastre, autor de esta obra que tan pronto e inmerecidamente ha desaparecido de la cartelera, que mediante el teatro ve el desarrollo colectivo de la conciencia y que la finalidad de la comedia es ni más ni menos que la lucha por lo verídico, la investigación de lo real.

Sospechoso propósito el de Sastre, intentado en una atmósfera de retención y miedo, en una sociedad al cuarto de siglo cimentada sobre un par de millones de cadáveres a los cuales no miran los sobrevivientes y a los que éstos «ven» sin mirarlos. La política vigente es hija del mando, y mando no lo hay seguro sin previo sembrar de pánico. Autoridad es fuerza y fuerte lo es el vencedor, no el vencido. ¡Y ay del sastre que no conozca el paño! Se le considerará marginal, y, lo que menos le puede ocurrir, es que sea «retirado del programa».

«En la red», buena en léxico y fondo. Por obras como ésta el Teatro español empalmará con el Teatro libre de 1930... y pico.

La épica obra de Eduardo Marquina, «En Flandes se ha puesto el sol», ha sido presentada, en revisión dispuesta por Tamayo, creemos que con escasa fortuna. Nos sabemos de memoria que el gusto del público cambia con la época, pero a la generación de ahora o se le da lo consagrado en su pureza o se le sirve cosa nueva. Ni a título de «poesía anticuada» a Marquina ni a ningún poeta que lo haya sido se le rompe el cristal del encanto conseguido. Recordamos a Yves Deniaud recitando en «caló» parisino fragmentos bellísimos de Víctor Hugo, Alfredo Musset y Emilio Zola, consiguiendo un estallido popular de risa en lo que, en idioma puro, hubiese obtenido admiración y gozo. Aquí sincopando unas veces y prosificando otras los versos de Marquina, se consiguió mortificar a la estética y hacerle un feo al hombre que pasa por taquilla.

En el Recoletos hemos podido presenciar el estreno de «Una tal Dulcinea» concebida por Alfonso Paso. El arte de esta comedia se cifra más en la fusión feliz de nuestra época con la de Don Quijote que en la consecuencia misma de la obra, que no juzgamos, créase, sin importancia. Precisamente «Una tal Dulcinea» viene a corregir el fracaso futurista del Ingenioso

Hidalgo debido a que los «futuros» que somos nosotros nos vemos impelidos, en nuestra insatisfacción moderna, a regresar al ideal de Dulcinea porque 357 años no han bastado para que los españoles consiguiéramos interpretar fielmente el ideal de Don Quijote.

Todo este poco va por Madrid, que por Barcelona queda igual escasez de relato. ¿La culpa? La crisis de ingenio, igual a crisis política de la sociedad española. ¡Cualquiera se arroja del trampolín a la piscina vacía! Y así como en materias primas recurrimos ya al otro lado del telón de acero, igual tiramos de las borlas del telón internacional para que se nos concedan derechos de traducción y representación con lo que llenar bocas de escenarios españoles.

Pues en Barcelona se pudo ver «Una mujer sin pasado» en el Calderón. Es un melodrama de acción nerviosa y no obstante declamatoria; es una imitación del frenesí de post-guerra que nos parece actualidad imponderable, pero en nuestros lares los estallidos merecen mejor proceso o normal evolución, sin cuya garantía no se impacienta ni desmelenan nadie. Una madre a la que los nazis robaron cuatro hijos — todos los que tenía — siempre merecerá compasión y deseos de suerte de parte del público, en la calle pueblo; pero una madre así de cuitada y hablando castelariamente, por mucho que la intriguen y la tiren de la lengua los espíritus malignos, se hace observar curiosamente. No enfaden a Losada nuestros decires, pues con la música que el maestro Jaime Torrents le ha adosado a «Una mujer sin pasado», todos lo pasamos mejor. Añadiendo que lo más esencial es que las madres recuperen a sus hijos, tanto da que sea Hitler o que sea Franco quien se los haya sustraído.

También en el Calderón hubo sesión inglesa con representación de «The Miracle Worker» de William Gibson, a cargo de la compañía The Theatre Guild (americana). Asimismo se ha vis-



La Pantalla

«El Litri y su sombra»

DIRECTOR Rafael Gil; guionista Agustín de Foxá (fallecido); Migula Báez «Litri», Angeles Hortelano, José Rubio, Pilar Cansino, Roberto Rey e Ismael Merlo. Procedimiento «Eastmancolor».

Aventurarse a relatar cine «patro» es como darse un paseo por las arenas del Sahara. No siempre, desde luego, pero sí que con demasiada frecuencia. Lo que hemos visto ahora es el «Litri y su sombra» buena o mala. Lo tan manido de sangre y arena, sol, vino y mujeres. La familia de Miguel Báez (el propio actor) desfila por la pantalla con todo un acopio de felicidades y duelos. El toro emerge cual sombra de gloria y tragedia en el hogar torero, balanceándolo de la paz dorada a la tragedia negra. La «fiesta nacional» se prodiga generosamente, excesivamente, en motivo caudal de la obra. ¡Qué triste la vida sin apatencias ideales, sujeta al único placer de los éxitos personales! No obstante de eso dicen — quieren dar a entender — que es glo-

ria de España, cumbre artística de los españoles, que a por el éxito dan cita a la muerte; esa muerte tan glosada y prodigada por el clero, esa muerte que si no te la da un toro, un andamio, un fondo de mina, te la proporciona la guardia civil...

En fin, el argumento queda expuesto; campos de cría, capeo, fiesta andaluza, drama de las preces, angustias por lo del ruedo, triunfos, enfermerías, multitudes que empujan y abandonan: la vida particular y vacua del torero.

¡Si España no fuera más que eso! ¡Si el cine español se estancara en eso!

La pantalla extranjera, predominante, sería irrefutable. — C.

★

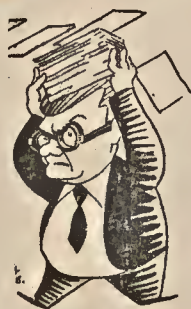
Luis Buñuel ha escogido la aldea de Cotignac (Var) para rodar su próxima película, «El húsar sobre el tejado», basada en una novela de Jean Giono. Ese caserío francés es esencialmente antiguo y para más confirmarlo parece desprovisto de las ventajas de la civilización. Según Buñuel, para esta producción mejor conviene la luz de Provenza que la de Mallorca.

★

El 1 de junio próximo pasado tuvo lugar en Sitges la «Primera reunión Publicitaria-Cinematográfica» patrocinada por el Ayuntamiento. Primera condición impuesta: la propaganda gratuita de «Malvasia», vinillo que también nosotros recomendamos sin cobrar comisión y a pesar de la enemistad que nos anima contra las autoridades por la gracia de Franco.



MESA REVUELTA



España y Francia van a lanzar un papel moneda con materia antigermen para su higienización.

Es contra el germen de la avaricia que no hay higienización posible.

En una localidad de California existía un café llamado «La Tranquilidad» que un camión de fuerte tonelaje ha derribado. Un día antes de tal siniestro hubo en la sala querrela de blancos y negros, disputa de jugadores y pelea de un matrimonio. Doce horas después el camión citado, perdidos los frenos, acabó con el establecimiento, como se ve, nada tranquilo.

Ello nos recuerda el café «La Tranquilidad» del Paralelo barcelonés, donde con detenciones y registros frecuentes la policía demostró que la tranquilidad legalmente no existe.

Un marino escocés, Clarence Berney, entró en un bar de la Habana gritando: «¡Soy un espía norteamericano!»

Berney fue detenido porque la policía de Castro ignora que los espías no se anuncian.

En el pueblo de Calahonda había en cada fiesta mayor campeonato local ciclista, que hubo que interrumpir porque un patán, sin inscribirse, seguía con bicicleta improvisada la carrera llegando indefectiblemente antes que el ganador oficial de la misma. Ahora, fallecido el importuno, la competición velocipeda ha sido restablecida.

De la ya vieja catástrofe ferroviaria de Mora la Nueva. Cuando el reusense Pujals regresó de la estación convencido del fracaso de su viaje a Barcelona, su mujer, ignorante de lo sucedido, le preguntó:

—¿Has perdido el tren?

—No, es la RENFE quien lo ha perdido —respondió el marido.



LIBROS * LIBROS * LIBROS

SOCIOLOGIA
HISTORIA
LITERATURA
CIENCIAS



PEDAGOGIA
NARRACIONES
BIOGRAFÍAS
POESÍA

Adquirirlos en «SOLI», 24, rue Ste. Marthe, París (X), es ayudar al Suplemento.

BIBLIOTECA DE «SOLI»

	NF.		« L'aurore de la civilisation » (ou l'Angleterre au XXe siècle, C. C. Spencer (Traducción del inglés por A. Naquet, con una dedicatoria del traductor) 6 90	
«Pensamiento vivo de Luis Vives», Joaquín Xirau ..	5 00		«Errico Malatesta» (biografía), M. Nettiiau 2,—	
«Pensamiento vivo de Andrés Bello», Germán Arciniegas	5 00		«Criadero de curas, Las doce pruebas de la inexistencia de Dios», A. Sawa, S. Faure 1,50	
«Antología de la poesía española contemporánea», H. Pardellans ..	4 00		«Estatismo y Anarquía», M. Bakunin 3,—	
«Antología de la prosa narrativa española contemporánea», Pardellans	4 00		«El Pueblo», Anselmo Lorenzo 1,75	
«Barret y su obra»	1 20		«Conflictos entre la religión y la ciencia», Draper 1,30	
LIBROS VARIOS			«La Indomable», Federica Montseny 1,40	
« Discours aux sourds », Guillermo Ferrero	3 50		«Pensamiento vivo de Concepción Arenal», Clara Campoamor 5,—	
« La coopérative ouvrière dans la révolution national », Louis Soulé	2 50		« A travers la jungle politique et littéraire », Victor Méric 4 00	
« Le militarisme et la société moderne », G. Ferrero	6 50		« Mouvements ouvriers et socialistes », Renée Lamberet 4 65	
« La flagellation et les perversions sexuelles », A. Lorulot ..	7 50		« Le consulat polonais », Maurice Joyeux 6 20	
« La légende de Pablo Casals », A. Conte	4 00		« Le peuple des immortels », C. V. Cheorghiu 4 95	
« Conversations avec Pablo Casals », J. M. Corredor	8 00		« Jesus-Christ a-t-il existé? G. Las Vergnas 5 00	
OCASIONES			« La fin douloureuse de Sébastien Faure, apôtre libertaire de la paix » 5 00	
« En route vers l'abondance », Jacques Dubois	3 00		«El Nuevo Israel», A. Sou-chy 5,—	
« L'envers de la guerre », Michel Corday	4 00		«El Japón, Hoy», V. García 2,50	
« L'intrigue florentine », R. de Marmande	2 80		«En medio de los escombros», Conrado Lizcano ..	3,80
« Un mineur français chez les russes », Kleber Legay	2 00		«Salvador Seguí, su vida, su obra»	3,50
« Ce qu'on appelle la crise », J. Dubois	2 80		«Crónica de un revolucionario», Pedro Vallina	2,80
« Le Peuple Roi, ou grandeur et misères de la démocratie » V. Rossell	2 50		«Noche sobre España», Juan M. Molina	4,—
« Lettre à François Mauriac », M. Bardèche	2 00		«La hora del juicio final», Carlos Monreal	5,—
«Pierre Kropotkine, le prince anarchiste », Avakoumovitch ..	6 00		«Las Ruinas de Palmira», Volney (cartoné)	6,50
« La nouvelle classe dirigente », Milovan Djilas	7 50		«La isla de los pingüinos», A. France	4,—
«La physiologie morale», G. Chat-terton Hill	6 00		«Náufragos», Adrián del Valle	1,75
« Œuvres-jours d'exil », (3 vols.), E. Cœderoy	15 00		«Historia del Movimiento Machnovista», P. Archi-nof	3,—
« Guerre ou révolution », Georges Valois	3 50		Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe, París (10°). CCP París 4308 09	
« La cité future » (Essai d'une utopie future), Ernest Tarbou-riech	5 50			
« L'abondance » (conférences), Di-vers	2 50			

Cierre definitivo del Teatro Circo, de Zaragoza, tras una actividad de 74 años. En este coliseo debutó el tenor Miguel B. Fleita.

La cantatriz Victoria de los Angeles dió un recital en el Patio de los Arrayanes de la Alhambra de Granada. En el mismo lugar se produjo el Cuerpo de Baile de la Opera de París.

Festival Internacional de San Sebastián. Integrarán el jurado para juzgar las películas hispano-americanas, Dolores del Río, Méjico; Luis Gómez Mesa, España; Maria Romero, Chile; Luis Sas-lavsky, Argentina, y Manuel Vi-llegas López, España.

En el Teatro Calderón de Barcelona la Compañía «Tomás Bre-tón» trata de revivir los días es-pléndidos de la lírica popular. Últimamente ha representado, con estimable presencia de públi-co, «La viuda alegre» y «Marinero».

El artista Vicente Escudero viaja actualmente por pueblos de Andalucía en busca de canciones locales con las cuales formar pro-grama que estrenar en la Sala Pleyel de París.

En el Palacio de la Música Cata-lana (Barcelona) se dió un Fes-tival de Música Española Con-temporánea con actuación de la pianista bilbaína Maribel Picaza y el director Benito Lauret, de Ma-drid.

Seis pintores figurativos —Se-rra, Molloi Suazo, Umberto, Amat, Mompou y Togores— han cele-brado exposición en la Sala Cis-ne, de Madrid.

En París ha dado comienzo la edición de las Obras del gran es-tilista español Felipe Alaiz de Pa-blo, con la publicación del to-mo I: «Quinet».

El Tomo II, ya en prensa, lle-vará por título «Tipos españo-les».

El grupo escénico «Mosaicos Es-pañoles» de París, compuesto por refugiados políticos españoles, ha abierto clases de solfeo, canto e instrumentos de cuerda (guitarra, mandolina, etc.). Para inscripcio-nes en 24, rue Ste-Marthe, Pa-ris (X).

Para el 23 del presente mes de julio en Toulouse estaba anun-ciado el acostumbrado festival dedicado a la histórica fecha del 19 de julio de 1936. Este festival —que suele reunir un mínimo de cinco mil concurrentes— hace po-cos años estaba precedido de un mitin conmemorativo, expansión española que ha sido suprimida en favor de los amigos franceses.

PARA LA HISTORIA DEL ARTE DEL CUSCO

La Casa del Almirante

U NO de los más notables monumentos arquitectónicos del Cusco colonial, de fines del siglo XVI, es el conocido por « Casa del Almirante ». Fuera de toda duda, puede ser considerada como la obra más bella de arte civil de la América del Sur de aquella época. Para hacer la historia del arte de esta casona o *Jhatun-Huasi* (« Casa-Grande », en quechúa y en el lenguaje popular) ha de ser preciso relacionar esa labor con la historia social del Cusco, de la época a que pertenece, máxime si toda obra de arte tiene un contenido, su valor social, y una forma, sus elementos estéticos, valga decir, que su historia y su estilo están íntimamente armonizados, en ligamen con la vida cusqueña.

Allá los críticos del « arte por el arte », que se ocupen sólo de lo que les conviene. De la expresión plástica, formalista, de este monumento, de su semejanza, según se dice, con otros edificios de ciudades castellanas, para generalizar luego y sólo desde el punto de vista de su aspecto físico respecto a que el Cusco es un trasunto de Toledo o de Segovia, como afirman ciertos cronistas y críticos contemporáneos, como si la tierra y el cielo de aquellas ciudades españolas hubieran podido ser trasplantados sobre una tierra y bajo un cielo intransferibles. Tanto más que el Cusco, a la llegada de los conquistadores, ya era una gran metrópoli, una ciudad andina sólidamente edificada entre riscos y alcores, de una topografía arrugada, circunscripción por la cual, dicho sea de paso, la etimología de « Cusco » querria decir « ombligo », como opina Garcilaso el Inca, con la sola diferencia de que tal comparación es por su topografía y no en la acepción de Garcilaso — por haber sido el centro del « Tahuantinsuyu » —, que eso ocurrió ya en los finales de las conquistas incaicas: ombligo de los Andes. Y no obstante de esa topografía difícil, era una ciudad magníficamente organizada, de anchas plazas y altas terrazas, de calles en pendiente pero diestramente embaldosadas, con sus fontanales en cada barrio, dotados de surtidores de piedras labradas, así como sus tres ríachos principales, que atraviesan la ciudad paralela y longitudinalmente, canalizados a fondo, sus edificios, en fin, majestuosos, erguidos sobre los andenes, visibles desde todos los confines del valle. Y acorde con su suelo, el cielo cusqueño, es decir, la perspectiva aérea o, como llaman, la coordenada, que se podría afirmar, estaba *cuadrada*, en armonía con el espacio local, donde la luz y la sombra se proyectaban y proyectan en determinada dirección y sentido, de acuerdo asimismo con la sensibilidad de sus habitantes, consecuencia de su conciencia social, de sus medios y modos de producción, que el arte es también un resultado del trabajo social y creador y no simple respuesta a las incitaciones físicas, al « desafío » de la naturaleza, como diría el historiador neofascista Toynbee. Sobre este suelo y bajo este cielo ya « elaborados », los españoles remodela-

ron el Cusco, con intención hispano-feudal pero en *sentido* cusqueño, obligados por las nuevas condiciones económicas y sociales.

Desde luego, el arte fué lo más dúctil del conquistador, frente a su explotación económica, a su predominio político, a su intolerancia religiosa. El arte español, de preferencia el plástico, vino a incrustarse y a veces hasta a injertarse dentro del arte aborígen, con más o menos tolerancia, en forma parecida a como el doctrinero, teólogo, tradujo a las lenguas vernáculas los dogmas de su religión, más que por el deseo de un verdadero adoctrinamiento y a fondo, por eludir más graves y costosas obligaciones, como la que debía haber efectuado una previa alfabetización castellana de las masas aborígenes. El doctrinero y el terrateniente, más dados a la sensualidad que al misticismo, comprendieron que era mejor aprender el idioma del campesino para el más fácil éxito de su explotación, lo que tenía la ventaja de que merced a la ignorancia de los siervos se enmascaraba mejor la conducta mistificada del dominador. De ese modo, a su vez, el pueblo pudo encontrar en el arte colonial, de injerto mestizo, un medio de liberación y de evasión, por lo menos en el campo de la expresión artística. Lo prueba el ingente arte popular desarrollado a través del coloniaje, arte popular que en varios de sus aspectos tiene ya contenido revolucionario. (La « Escuela Cusqueña » o es un síntoma de rebelión contra los cánones estéticos del conquistador o no es nada. Si tiene un valor positivo, sentó las bases para un arte cusqueño de ondulaciones nacionales).

Para hacer la historia y la crítica artística de este monumento hay que tener pues en consideración esos antecedentes que influyeron para que este soberbio edificio y otros semejantes del Cusco fueran la expresión del ambiente y de la vida cusqueños, a partir de la conquista. De esa nueva vida cusqueña que resultó de la servidumbre de sus masas populares y del absolutismo, de tipo feudal, de la aristocracia dominante. En lo que sigue se pueden condensar su historia y sus vicisitudes.

Antes del segundo reparto de « solares » efectuado en el Cusco, en octubre de 1534, entre los cientos y tantos españoles ave-

ciudadanos en la capital del « Tahuantinsuyu » y, por tanto, antes de que se edificara la Casa del Almirante, el sitio en que se alzó este monumento fué uno de los mejores de la ciudad, por su ubicación, de espléndida perspectiva y por su cercanía, unos pasos, al corazón de la ciudad, la plaza mayor. El sitio era parte integrante de la región más antigua y principal del *Jhanan-Coscco*, emplazado sobre las ondulaciones de la colina que se desprende desde el cabezo de Sacsahuaman, viene a erguirse, en un declive pronunciado, sobre el ángulo N. E. de dicha plaza cívica, tendiéndose luego, más llano, hasta el límite de las terrazas de Coricancha. Las viviendas incaicas construidas sobre esta eminencia topográfica formaban las barriadas conocidas por *Colcampata*, *Hualcapata*, *Pumacurcu* y *Amaru Cjata*. Barrios superpuestos, resplandecientes de luz, erguidos sobre terrazas, entre flores y plantas ornamentales, y desde cuyas puertas y ventanas de sus edificios se podían otear los confines de la ciudad. Barrios surcados por callejas estrechas, a veces tortuosas y en zig-zag, callejas en pendiente, formadas por escalinatas y cuestas de no fácil tránsito, que conducían desde la gran plaza hasta las afueras de Sacsahuaman. Toda esta zona era la preferida por los Incas para su residencia y la de sus linajes, mientras que los barrios del frente occidental de la ciudad estaban constituidos por las viviendas populares de los « Ayllus » y « Naciones » no estrictamente incaicas, de las tribus primitivas conquistadas y despojadas del lado oriental por las poderosas tribus incaicas. Esta estructura urbana de *Jhanan-Coscco* llegó a ser, en cierto modo, el espejo para la urbanización de Machu-Picchu.

A la llegada de los españoles, estos barrios que hoy corresponden a la parroquia de San Cristóbal — desde cuando el virrey Toledo dividió la ciudad en siete de ellas — fueron designados, para comodidad de la nomenclatura y de la orientación urbanas, con la denominación general de « Casas de Huáscar », y comprendía la actual « del Almirante », incluyendo San Borja y las Nazarenas, hasta Colcampata. La principal residencia del difunto inca Huáscar (difunto antes de la entrada de los conquistadores en Cusco), caía justamente dentro



del perímetro ocupado por el palacio del Almirante. La parte complementaria de aquel edificio incaico se puede ver todavía ahora mismo en la gran portada de dintel monolítico y con la figura de una serpiente, tallada en alto relieve, que le ciñe a la casa del Almirante por su flanco N.

Esas casas de « Huascar » — que así se lee en el acta de fundación del Cusco español — fueron distribuidas entre varios conquistadores o primeros vecinos de la ciudad. A Diego Almagro, que por entonces se encontraba ausente, se le designaron « tres solares » (de 200 pasos cuadrados, cada uno), « en las casas de Huascar », en la parte que quisiera tomarlos. A Gonzalo Pizarro se le dieron los edificios (ya tomados de hecho por él, meses atrás —, edificios incaicos que por su parte trasera lindaban « con la fortaleza de Huájar » (Huáscar), correspondientes, por su ángulo frontal al hoy llamado « Portal de Harinas », que por aquellos días estaban allí, delante, los torreones incaicos que defendían el acceso a Sacsahuaman. A Beltrán de Castro, primer alcalde del Cabildo, le señalaron un solar en el sitio llamado « Ochulla » (*Ucchullu*, en quechúa correcto), entre la iglesia mayor (Catedral) y la « calle del Cacique » (de Huáscar). Para el Cabildo le señalaron « el galpón grande, encima de la plaza », es decir, el bloque comprendido entre el actual « Portal de Carnes », que hasta el siglo XVIII todavía se llamaba « de los Herradores » y la plazuela de San Borja, igualmente dentro del perímetro de las casas llamadas de Huáscar. Años después se trasladó el Ayuntamiento a la plaza que actualmente se llama « del Cabildo », cuyos terrenos fueron comprados de su nuevo propietario Hinojosa.

por José URIEL GARCIA

(Todos estos datos están tomados del protocolo original, de 400 hojas manuscritas, sustraído del archivo de la municipalidad del Cusco, por orden del gobierno central y llevado a Lima, a principios del presente siglo, a propósito del pleito de límites entre el Perú y Bolivia. El protocolo ayudado, por ley de inercia, común en todo régimen centralista, se quedó archivado en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Lima. Años o meses después, algún «diplomático» aficionado al negocio de papeles viejos arremetió con las «Actas del Primer Cabildo del Cusco» y bajo su prerrogativa de inmunidad logró transferir tan venerable y preciada documentación a la «Biblioteca Morgan» de Nueva York, que tiene la especialidad de poseer las obras más raras del mundo.

El autor de este trabajo, orientado por una senorita española, si mal no recuerdo, de apellido Zulueta, hija de un escritor exilado de España, emplea de la sección hispánica de la Biblioteca del Congreso de Washington, la descubrió tan preciada colección de manuscritos de su tierra, el Cusco, y logró que el directorio de aquella Biblioteca, de la calle 36 E., núm. 29, le obsequiara todo el volumen en 400 copias fotostáticas. El autor, a su regreso de los Estados Unidos de Norte América, a donde fue invitado de honor por el Departamento de Estado presidido por el recordado demócrata Franklin D. Roosevelt, reveló su descubrimiento en el Senado de la República, al que pertenecía aquella vez (1943), así como por intermedio de la prensa del Cusco, Merced a esa revelación pública y, además, a la indicación personal que le hizo el autor al gran historiador e investigador Raúl Porras Barrenechea, éste logró que la Morgan le enviara de obsequio una copia a microfilm de aquellos documentos sobre la toma del Cusco, en 1534, copia que a su vez el escritor Porras la obsequió a la Biblioteca Nacional de Lima).

El sitio donde se levanta la Casa del Almirante fue a no dudarlo el escogido por Almagro, en el breve lapso de su accidentada vida cusqueña, toda vez que tal sitio — señalado en el reparto de octubre de 1534, «tres solares en las casas de Huascar» — estaba muy cerca del adjudicado al Ayuntamiento, al de la iglesia catedral, al del alcalde Beltrán de Castro, al de los Rizarro, etc., todos ellos sitios de honor, como se comprende. Pero Almagro no tuvo

tiempo para edificar allí su casa en regla, pues las circunstancias de la conquista le obligaban a estar siempre en pie de guerra, más que todo por su rivalidad con los Rizarro y la disputa por el predominio completo sobre el Cusco, hasta su muerte en 1538, después de su desastre entre las lomas de las Salinas, a cinco kilómetros de la capital de los incas.

Años más tarde, estos solares pasaron a ser propiedad, primero, de Hernando Bachicao, luego de Juan Alonso Palomino. (V. Garciaso de la Vega Inca. «Páginas escogidas». En la Colección de Cultura Peruana, pág. 284. Ed. en París, 1938. Por Ventura García Calderón.)

A partir de Palomino la historia de los propietarios de estos solares y de esta Casa ya no da lugar a confusiones. Cuando el mencionado capitán Palomino fue muerto a estocadas por Hernández Girón, aquella noche del 12 de noviembre de 1550, cuando éste inició su revolución (en la disputa por mejores encomiendas), asaltaron aquella noche la casa de Loaiza — en la «Pampa del Castillo» —, donde se celebraba un convite matrimonial, quedó como heredera suya y administradora de los bienes de los hijos menores de ambos, (menores de 25 años y mayores de 20), su viuda doña Francisca de Riveros.

Desde la época de Almagro la casa comenzó a edificarse por partes. Al principio, lo preciso para un albergue adecuado al rango español y esto, con premura, toda vez que aún no había constructores españoles en número y calidad para acometer construcciones de prestancia. Se comenzó por uno de los apartamentos o casas pequeñas del interior, con su patio y sus galerías independientes, que más tarde debían de formar parte de la «gran casa». Por otra parte, tan agitada era hasta entonces la vida política de los conquistadores para que pudieran levantarse fácil y rápidamente edificios de gran arquitectura. La vida diaria era de luchas enconadas, disputándose

precisamente las mejores encomiendas y repartimientos, que significaban a la postre los mejores monumentos civiles de la ciudad.

No obstante ello, cuando recién nacía el arte y a la vida social este bello solar cusqueño, ya hubo en 1543 un primer intento de rematarlo entre varias otras injurias de esta índole que sufrió el inmueble, en los siglos posteriores de su esplendor colonial. El solar de los Palomino iba a ser rematado en pago de deudas de juego, contraídas por la viuda, una mujer, por otro lado, de gran empresa, pues fuera de sus ingentes rentas, provenientes de sus negocios y propiedades, tenía el negocio de la explotación de la coca, en su encomienda del valle de Paucartambo, en cuyas tierras férciles, los primeros conquistadores se dedicaron al comercio lucrativo de esa celebre y sinestra hoja, que suministra alcaloides y degenera al mismo que la cultiva, el campesino. Recuas de llamas, contiscadas a los aborígenes transportaban los cestos de coca desde Paucartambo (valle del Cusco) hasta el mercado más espléndido, al otro extremo del mundo: las minas de Potosí. Yanaconas y mitayos de la encomienda de los Palomino se encargaban de ese vil comercio, que era el más ejercido por la clase dominante del Cusco, en el siglo XVI. Y esos aianes económicos de doña Francisca de Riveros no eran incompatibles con su pasión por el juego. Según acreditan los documentos protocolizados por el escribano Antonio Sánchez correspondientes a aquel año de 1573 la viuda de Palomino sostuvo un ruidoso pleito, amenizado por el chismorre y el humorismo «hispano-indígena», en pleno auge, con la mujer del escribano Sancho Ortiz de Orué, la no menos brava y orgullosa doña María Álvarez de Contreras, quien reclamaba de la primera el pago de cien mil pesos (varios millones de nuestros soles actuales), suma que la ganó en el juego de naipes, precisamente «a la baraja española», en el curso de una de

aquellas tertulias nocturnas que con frecuencia organizaban las familias de los conquistadores, para celebrar sus triunfos, disipar sus ocios y satisfacer su pasión por el juego, inherente a la psicología del aventurero. El pleito entre las familias encopetadas terminó por transacción, debido a que los hijos de Palomino y de la Riveros, todavía menores de edad, según las leyes españolas, se presentaron al juzgado oponiéndose a la ejecución de la Contreras. Por fin, se pactó para que la viuda de Palomino compensara a su afortunada contrincante cediéndole varias joyas de oro «rico» y de pedrerías de altos quilates.

Este incidente anecdótico, vinculado con los propietarios de la Casa del Almirante, es uno de los aspectos reveladores de la pasión por el juego que caracterizó la vida social de los conquistadores y la de sus descendientes, que es indispensable anotarlo. Recordemos a propósito que el famoso Mansio Sierra de Legizamo perdió en el juego «el sol antes que amanezca», es decir, el disco de oro bruñido que representaba al Sol de los Incas, disco que le tocó en el primer saqueo del Coricancha. Anotemos también que el mismo Alarcete Maldonado, el «Almirante» que dio nombre a esta casa, según veremos más adelante, fue destituido de su cargo de Teniente de Corregidor del Cusco, 1619, conjuntamente con el corregidor titular Diego de Guzmán Córdoba «por sostener ambos una mesa de juego en su casa».

(«Anales del Cusco», pág. 37. Publicados por Ricardo Palma. Lima, 1905).

Tanto desesperaba el juego, aun entre la clase media, que es frecuente encontrar en los protocolos coloniales del Cusco escrituras bajo el título «Promesas de no jugar a los naipes, al comen-jén, a las quinielas, al capadillo», etc., de personas arrepentidas y escarmentadas por los efectos ruinosos de esta costumbre incrustada en la vida feudal.



CONTRIBUCION A UNA
BIOGRAFIA

Raúl Carballeira

por Víctor García

Precio: 1 NF. en esta
Administración.

LOS LIBROS

«El dios desnudo»

Mientras el socialismo soviético, en la forma que lo practica el Partido Comunista, pueda usufructuar el monopolio del progreso, ningún viento limpio de libertad soplará sobre la tierra.

HOWARD FAST



PODRÍAMOS clasificar en dos categorías a los escritores que han dado vueltas alrededor de eso que denominan comunismo. Los que atraídos por el hecho ruso y que de pronto quedaron deslumbrados, y los seducidos por la viscosa adulación que suelen prodigar sus corifeos, pero que luego reaccionaron contra aquella forma de tiranía imperialista embadurnada de teorías marxistas, entre los cuales podemos citar a Panait Istrati, Romain Rolland, André Gide, por no citar sino los más famosos. En el otro grupo de viejos militantes del partido, todos ellos activistas, cabe nombrar a Victor Serge, a «Jan Valtin», Kœestler, Kravchenko, Djilas y unas docenas más, entre los que figura en primer plano Howard Fast, autor de *El dios desnudo*, que estamos comentando.

La literatura que anatematiza a los deformadores y corruptores del socialismo es ya copiosa; pero se da el caso de que los «dilettantes», los que asomaron al mundo del sovietismo ruso para ver cómo iba la cosa y después retornaron a sus antiguas concepciones y creencias, sus críticas, por lo regular, han sido suaves y comedidas, algo así como una especie de lamento por el desencanto sufrido, por la candidez que tuvieron al dejarse seducir por algo que en realidad no valía la pena. En cambio, los que han formado parte del tinglado del partido han realizado una tarea verdaderamente demolidora, hasta el extremo de que cualquier lector atento a cuanto se ha publicado en dicho sentido está al cabo de la calle acerca de todas las argucias y tretas de que se valen los jerarcas kremlianos.

Lo dicho por estos autores abarca todo el cuadrante de la estructura soviética. Refutación de sus teorías, contradicciones de su ideología, cómo funciona su burocracia, objetivos que persiguen, cómo vive el pueblo ruso, la rivalidad entre sus jerifaltes, amén de cuantas incidencias informan a quienes manejan a esta fraudulenta mixtificación del socialismo. Sin duda alguna, el primero de estos críticos y seguramente el más duro y acerado fue Victor Serge. El abrió la compuerta y puso al descubierto la negra y tenebrosa obra de Stalin

que después, en parte muy importante, en su primer «informe secreto», hizo suyo el propio Jruschov. Los demás, cada cual en su aspecto, completaron el cuadro de poner al descubierto cuanto encierra de engaño, de añagaza, de cosa turbia la llamada política soviética. En el caso concreto de *El dios desnudo*, Fast se siente decepcionado, vejado, traicionado, precisamente ante el «informe secreto» de Jruschov. Este suceso, donde el nuevo jerarca del Kremlin pregona que han vivido largos años entre mentiras y villanía, colma su medida de transigencia y tolerancia. A partir de este momento se inicia su viaje de vuelta, su desprendimiento de «hombre de partido» para reencontrarse y pregonar su nueva verdad, la suya, en contra precisamente de cuanto, hombres e ideas, habían encarnado lo más preciado, lo más entrañable de su existencia de luchador. Y ello lo hace con una reacción vigorosa, apasionada, revelando toda la magnitud de su desencanto, cuanto de bueno y malo había acumulado en sus años de lucha, todo ello con maestría, con todos los recursos y el arte de un consumado escritor.

Para que el lector conozca el trazo de la obra, transcribimos unos párrafos iniciales de *El dios desnudo*. Dicen así:

«En el pueblecito en que vivo hay una tienda pequeña y sin ninguna importancia, y en ella hay un viejo que tiene una herida de esas que no se cierran; la clase de herida que muchos de los que me leen han de conocer muy bien, porque veinte años ha un hijo de este hombre cayó en los campos de batalla de España, luchando en la Brigada Lincoln por la República Española y la libertad de los hombres. Su hijo está enterrado en las lejanas tierras de España, y durante este tiempo la herida de este hombre no se cerró.

«El hombre tenía un poco de salvado para frotarse la tremenda herida. Este salvado era la convicción de que su hijo había muerto en defensa de la mejor de las causas, en la lucha por la

liberación del hombre.* Pero en 1956, un hombre llamado Jruschov hizo un cierto «informe secreto», en el cual se daba una versión de Rusia y del movimiento comunista que yo y mis amigos habíamos oído antes, pero que no habíamos creído nunca. Pero Jruschov probó que había habido veinticinco años de mentiras, y lo creímos. Y entre los que creyeron, porque tenían que creer, estaba este viejo, cuyo hijo había muerto en España.

«Fui a visitarlo a su tienda un día de ese mes de junio y lo encontré llorando. Me preguntó:

«¿Por qué murió mi hijo?

«¿No había sistenido yo, durante toda mi vida de pensamiento y en todo lo que había escrito, que un hijo del hombre era todos los hijos del hombre? Entonces me dijo, aunque no con palabras —porque un corazón deshecho no vuelve cruel o vengativa a una persona condonada—, no con palabras, sino con la mirada.

—Que yo, un hombre simple, no entienda, no tiene nada de extraño; pero usted, Howard Fast, usted habló, escribió y salió en defensa de esta causa. ¿Por qué? ¿Me puede usted decir por qué lo hizo?

«No sé si puedo contestar a esto. Quiero encontrar un principio, un nódulo que vuelva el problema simple y evidente, y entonces sentarme a escribir, usando el máximo de mi capacidad y mi entendimiento para hallar una explicación de las razones por las cuales, cuando el dios iba desnudo, nosotros nos unimos a nosotros mismos y a todo el mundo que no lo estaba, que iba vestido.»

Este es el tono del libro de Fast y su entraña está en describir este nódulo. Buena parte de su narración se refiere al *Daily Worker*, del cual era uno de sus principales redactores. Hace una descripción detallada y sugestiva de cómo funcionaba el Partido Comunista en los Estados Unidos, su dualidad de opiniones, su estructura funcional, la disciplina imperante, el sentido jerárquico que culmina en un des-

orbitado mimetismo hacia la persona más representativa.

En relación con este tema se expresa así:

«Teóricamente, el Partido Comunista es democrático, y se ha dicho que es la forma más democrática de organización que existe. También es reconocidamente «central», por eso su funcionamiento es un poco amargamente conocido como «centralismo democrático».

«En teoría, las secciones y los distritos pueden también cambiar y elegir jefes, pero en realidad estas áreas eligen y cambian únicamente con la sugerencia o la aprobación de la cúspide. Conozco una media docena de casos donde la jefatura nacional ha elegido secretarios de distrito sin consultar a los directores de éstos.

«Al igual que en Rusia y en muchas otras partes, ocurre también aquí: el secretario nacional se convierte en dictador, señor y amo de toda la estructura».

También es muy interesante la parte en que describe la psicología del comunista estadounidense, su miedo a la expulsión, la anulación de su personalidad, la entrega sin discusión y sin reservas a cuanto le exigen. En relación a la disciplina imperante, dice:

«La disciplina en el Partido Comunista es voluntaria, pero en el subsuelo silencioso es la espada de la excomunión. Sin el poder religioso de la expulsión, el partido no existiría tal como es. Antes del discurso secreto de Jruschov la expulsión equivalía a la condenación eterna. El cuerpo permanece vivo, pero el alma estaba condenada eternamente...

«El comunista expulsado se convierte en el herético leproso de nuestros días, viviendo en un aislamiento único desde los tiempos medievales.

«Esto no se refiere a las prácticas rusas, donde la expulsión va con frecuencia acompañada de la tortura y de la muerte —según testimonio del propio Jruschov—, sino en la función no violenta en el mundo no comunista. Tampoco puede equipararse la expulsión a un proceso como el de la excomunión en la iglesia católica; porque si la iglesia priva a los condenados de la salvación eterna no lo aleja de la compañía de los hombres. Pero la expulsión comunista sí lo hace. Mientras todo se permite al no comunista, el ex comunista que ha sido expulsado queda aparte de toda acción subsiguiente.»

La parte final de *El dios desnudo* termina así:

por Juan d'AGRAMUNT

Los maestros de la pluma

CUENTO FUTURO

por Leopoldo ALAS (Clarín)

La Humanidad de la Tierra se había cansado de dar vueltas mil y mil veces alrededor de las mismas ideas, de las mismas costumbres, de los mismos dolores y de los mismos placeres. Hasta se había cansado de dar vueltas alrededor del mismo sol. Este cansancio último lo había descubierto un poeta lirico del género de los desesperados que, no sabiendo ya qué inventar, inventó eso: el cansancio del Sol. El tal poeta era francés, como no podía menos, y decía en el prólogo de su libro, titulado Heliofobia: «C'est bête de tourner toujours comme ça. A quoi bon cette sottise éternelle? Le Soleil, ce bourgeois, m'embête avec ses platitudes...», etc., etc.

El traductor español de este libro decía: «Es bestia esto de dar siempre vueltas así. ¿A qué bueno esta tontería eterna? El sol, ese burgués, me embiste con sus platitudes enojosas. El cree hacernos un gran favor quedándose ahí plantado, sirviendo de fogón en esta gran cocina económica que se llama el sistema planetario. Los planetas son los pucheros puestos a la lumbre; y el himno de los astros, que Pitágoras creía oír, no es más que el grillo del hogar, el prosaico chisporroteo del carbón y el bullir del agua de la caldera... ¡Basta de o.la poirida! Apaguemos el Sol, aventemos las cenizas del hogar. El gran hastio de la luz meridiana ha inspirado este pequeño libro. ¡Que él es sincero! ¡Que él es la expresión fiel de un orgullo que desprecia favores que no ha solicitado, halagos de los rayos luminicos, que le parecen cadenas insoportables!

«El tendrá bello el Sol obstinándose en ser benéfico; al fin es un tirano; la emancipación de la Humanidad no será completa hasta el día que desatemos este yugo y dejemos de ser satélites de ese reyezuelo miserable del

día, vanidoso y fanfarrón, que después de todo no es más que un esclavo que sigue la carrera triunfal de un señor invisible».

El prólogo seguía diciendo disparates que no hay tiempo para copiar aquí, y el traductor seguía soltando galicismos.

Ello fué que el libro hizo furor, sobre todo en el Africa Central y en el Ecuador, donde todos aseguraban que el Sol ya los tenía fritos.

Se vendieron 800 millones de ejemplares franceses y 300 ejemplares de la traducción española; verdad es que éstos no en la Península, sino en América, donde continuaban los libreros haciendo su agosto sin necesidad de entenderse con la antiquísima metrópoli.

Después del poeta vinieron los filósofos y los políticos, sosteniendo lo que ya se llamaba universalmente la Heliofobia.

La ciencia discutía en Académias, Congresos y sección de variedades en los periódicos: 1º, si la vida sería posible separando la Tierra del Sol y dejándola correr libre por el vacío hasta engancharse con otro sistema; 2º, si habría medio, dado lo mucho

que las ciencias físicas habían adelantado, de romper el yugo de Febo y dejarse caer en lo infinito.

Los sabios dijeron que sí y que no y que qué sabían ellos respecto de ambas cuestiones.

Algunos especialistas prometieron romper la fuerza centripeta como quien corta un pelo; pero pedían una subvención, y la mayor parte de los Gobiernos seguían con el agua al cuello y no estaban para subvencionar estas cosas. En España, donde también había Gobierno y especialistas, se redujo a prisión a varios arbitristas que ofrecieron romper toda relación solar en un dos por tres.

Las oposiciones, que eran tantas como cabezas de familia en la nación, pusieron el gr.to en el cielo: dijeron los Perezistas y los Alvarezistas y los Gomezistas, etc., etc., que era preciso derribar aquel Gobierno opresor de la ciencia, etc.

Los obispos, contra los cuales hasta la fecha no habían prevalecido las puertas del infierno, ensalzaban a todos los sabios ignorantes que se declaraban heliofilos.

«Bueno estaba que se acabase el mundo, que poco valía, pero debía acabarse como en el texto sagrado se tenía dicho que había de acabar, y no por enfriamiento, como sería seguro que concluiría si en efecto nos alejábamos del Sol...»

Una revista científica y retrógrada que se llamaba La Harmonía recordaba a los heliofobos una porción de textos bíblicos, amenazándolos con el fin del mundo.

Decía el articulista:

«¡Ah, miserables! ¿Queréis que la Tierra se separe del Sol, huya del día, para convertirse en la estrella errática, y las tinieblas como dice San Judas Apóstol en su Epístola Universal, v. 13! Queréis lo anunciado, queréis la muerte; pero oíd la palabra de verdad:

«Y en aquellos días buscarán los hombres la muerte, y no la hallarán; y desearán morir, y la muerte huirá de ellos. (Apocalipsis, cap. IX, v. 6.) — Porque vuestro tormento es como tormento de escorpión; vuestro mortal hastio, vuestro odio de la luz, vuestro afán de tinieblas, vuestro cansancio de pensar y sentir, es tormento de escorpión; y queréis la muerte por huir de las langostas de cola metálica con agujones y con cabello de mujer, por huir de las huestes del Abaddón. En vano buscáis la muerte del mundo antes de que

llegue su hora, y por otros caminos de los que están anunciados. Vendrá la muerte, sí, y bien pronto; se acabará el tiempo, como está escrito; los cuatro ángeles vendrán en su día para matar la tercera parte de los hombres, pero no habéis de ser vosotros, mortales, quien dé las señales del exterminio. ¡Ah, teméis al Sol! Sí, teméis que de él descienda el castigo; teméis que el Sol sea la copa de fuego que ha derramar el ángel sobre la tierra; teméis quemaros con el calor, y morís blasfemando y sin arrepentiros, como esta anunciado. (Apocalipsis, 16-9). En vano, en vano queréis huir del Sol, porque está escrito que esta miserable Babilonia será quemada con fuego. (Ib.d., 18-8).

Los sabios y los filósofos nada dijeron a La Harmonía, que no leían siquiera. Los periódicos satíricos con caricaturas fueron los que se encargaron de contestar al periodista babilónico, como le llamaron ellos, poniéndolo como ropa de pascua, y en caricaturas de colores.

Un sabio muy acreditado, que acababa de descubrir el bacillus del hambre y libraba a la Humanidad doliente con inoculaciones de caldo gordo, sabio aclamado por el mundo entero y que ya tenía en todos los continentes mas estatuas que pelos en la cabeza, el doctor Judas Adambis, natural de Mozambique, emporio de las ciencias a la sazón, Atenas moderna, Judas Adambis tomó cartas en el asunto y escribió una Epístola Universal, cuya primera edición vendió por una porción de millones.

Un periódico popular de la época, conservador todavía, daba cuenta de la carta del doctor Adambis, copando los párrafos culminantes.

El periódico, que era español, decía:

«Sentimos no poder publicar íntegra esta interesantísima epístola, que esta llamando la atención de todo el mundo civilizado, desde la Patagonia a la Mancha y desde el helado hasta el ardiente polo; pero no podemos concederle más espacio, porque hoy es día de toros y de lotería y no hemos de prescindir ni de la lista grande ni de la corrida, la cual no pasó de mediana, entre paréntesis».

Dice así el doctor Judas Adambis:

«...Yo creo que la Humanidad de la Tierra debe, en efecto, romper las cadenas que la sujetan a este sistema planetario, miserable y mezquino para los vuelos de la ambición del hombre. La

«EL DIOS DESNUDO»

«Ni Nikita Jruschov ni Borís Pólevoy han ganado el derecho a hablar del «futuro brillante» de la humanidad; porque si la historia nos ha enseñado alguna lección es ésta: que cuando el individuo es degradado, está oprimido o controlado por el muelo —en nombre de un rey, de una iglesia, de un partido, o de un Estado— el futuro no aparece brillante sino lleno de sombras y amenazador de verdad.

«Sea lo que haya sido el Partido Comunista, hoy por hoy es una cárcel para los mejores y más atrevidos sueños del hombre. El mañana pertenece a aquellos que rompan las paredes de la cárcel que encierra la mente humana, no a quienes las sostienen. Para la humanidad, la promesa del mañana, ha sido y será siempre la ampliación del intelecto y del horizonte...», siem-

pre sobre el vasto panorama de la libertad individual.»

A pesar de todas las explicaciones que nos da en el curso de su obra, de los motivos que nos refiere, no podemos dejar de hacer las siguientes objeciones: ¿Cómo puede una sensibilidad fina y atenta como la que muestra Fast en el curso de El dios desnudo, permanecer durante tantos años en medio de ese mundillo sucio y tenebroso que el mismo describe? ¿Por qué esa reacción tan tardía?

* Se comprende que la objeción y la queja por la muerte de su hijo, en nada se relacionan con el hecho virtual de la guerra española, avanzada sanfrenta contra el nazifascismo internacional, sino al «informe secreto» de Jruschov, donde confiesa que han vivido largos años de mentira y villipendio.

★ CUENTO FUTURO ★



solución que el poeta francés nos propuso es magnífica, sublime...; pero no es más que poesía. Hagamos claro, señores. ¿Qué es lo que desea? Romper un yugo ominoso, como dicen los políticos avanzados de la cáscara amarga. ¿Es que no puede llamarse la Tierra libre e independiente, mientras viva sujeta a la cadena impalpable que la ata al Sol y la Luna dé vueltas alrededor del astro tiránico, como el mono que montado en un perro y con el cordel al cuello describe conferencias alrededor de su dueño naraposo? ¡ah, no, señores! No es esto. Aquí hay algo más que esto. No negaré yo que esta dependencia del Sol nos humilla; sí, nuestro orgullo padece con semejante sujeción. Pero eso es lo de menos. Lo que quiere la Humanidad es algo más que librarse del Sol..., es librarse de la vida.

»Lo que causa hastio insuperable a la Humanidad no es tanto que el Sol este plantado en medio del corro, haciéndonos dar vueltas a la pista con sus latigazos de fuego, que una antigüedad remota llamo las flechas de Apolo, como las vueltas mismas; esto es lo tedioso; este volteo por lo infinito. Hubo un tiempo, los sabios pueden decirlo, feliz para el mundo; fue el tiempo en que se creyó en el progreso indefinido.

La ignorancia de tales épocas hacia creer a los pensadores que los adelantos que podían notar en la vida humana, refiriéndose a los ciclos históricos a que su escasa ciencia les permitía remontarse, eran buena prueba de que el progreso era constante. Hoy nuestro conocimiento de la historia del planeta no nos consiente formarnos semejantes ilusiones; los cientos de siglos antiguamente se atribuían a la vida humana como hipótesis atrevida, hoy son perfectamente conocidos, con todos los pormenores de su historia; hoy sabemos que el hombre vuelve siempre a las andadas, que nuestra descendencia esta condenada a ser salvaje y sus descendientes remotos a ser, como nosotros, hombres aburridos de puro civilizados. Este es el volteo insoportable, aquí está la broma pesada, lo que nos iguala al misero histrion del circo ecuestre... No se trata de una de tantas filosofías pesimistas, charlatanas, y cobardes que han apestado al mundo. No se trata de una teoría, se trata de un hecho viril: del suicidio universal.

La ciencia y las relaciones internacionales permiten hoy llevar a cabo tal intento. El que suscribe sabe cómo puede realizarse el suicidio de todos los habitantes del globo en un mismo segundo. ¿Lo acepta la Humanidad?»

II

La idea de Judas Adambis era el secreto deseo de la mayor parte de los humanos. Tanto se había progresado en psicología, que no había un mal zapatero de viejo que no fuera un Schopenhauer perfeccionado. Ya todos los hombres, o casi todos, eran aimas superiores aparte, *d'élite*, *d'élite*, como ahora pueden serlo Ernesto Renan o Ernesto García Ladevèze. En siglos remotos, algunos literatos parisienses habían convenido en que ellos, unos diez o doce, eran los únicos que tenían los dedos de frente, los únicos que sabían que la vida era una bancarota, un aborto, etc., etc. Pues bueno: en tiempo de Adambis la inmensa mayoría de la Humanidad estaba al cabo de la calle; casi todos estaban convencidos de eso, de que esto debía dar un estallido. Pero ¿cómo estallar? Esta era la cuestión.

El doctor Adambis, no sólo había encontrado la fórmula de la aspiración universal, sino que promena facilitar el medio de poner en práctica su grandiosa idea. El suicidio individual no resolvía nada; los suicidios menudeaban; pero los partos felices mucho más. Crecía la población que era un gusto, y por ahí no se iba a ninguna parte.

El suicidio en grandes masas se había ensayado varias veces, pero no bastaba. Además, las sociedades de suicidas o voluntarios de la muerte, que se habían creado en diferentes épocas, daban pesimos resultados: siempre salíamos con que los accionistas y los comanditarios de buena fe pagaban el pato, y los gestores sobrevivían y quedaban gastándose los fondos de la sociedad. El caso era encontrar un medio para realizar el suicidio universal.

Los Gobiernos de todos los países se entendieron con Judas Adambis, el cual dijo que lo primero que necesitaba era un gran préstamo, y además la seguridad de que todas las naciones aceptaban su proyecto, pues sin esto no revelaría el secreto ni comenzarían los trabajos preparatorios de tan gran empresa.

Aunque ya no había Inglaterra hacia mucho tiempo, pues se la había tragado el mar siglos atrás, no faltaban políticos anglómanos, y hubo quien sacó a relucir el *habeas corpus* como argumento en contra. Otros, no menos atrasados, hablaron de la representación de las minorías.

Ello era que no todos, absolutamente todos, los hombres aceptaban la muerte voluntaria.

El Papa, que vivía en Roma, ni más ni menos que San Pedro, dijo que ni él ni los Reyes podían estar conformes con lo del suicidio universal; que así no se podían cumplir las profecías. Un poeta muy leído por el bello sexo aseguró que el mundo era excedente y que, por lo menos, mientras el poeta viviese y cantase, el querer morir era prueba de muy mal gusto.

Triunfó, a pesar de estas protestas y de las corruptelas de algunos políticos atrasados, la genuina interpretación de la soberanía nacional. Se pasó a votación en todas las Asambleas legislativas del mundo el suicidio universal, y en todas ellas fue aprobado por gran mayoría.

Pero, ¿qué se hizo con las minorías? Un escritor de la época dijo que era imposible que el suicidio universal se realizase desde el momento que existía una minoría que se oponía a ello. «No será suicidio, será asesinato por lo que toca a esa minoría.»

«¡Sofisma! ¡Sofisma! ¡Metafísica! ¡retórica!» — gritaron las mayorías furiosas —. «Las minorías, advirtió el doctor Adambis en otro tomo, cuya propiedad vendió en cien millones de pesetas, las minorías no se suicidan, es verdad, pero las suicidaremos!» Absurdo, se diría. No, no es absurdo. Las minorías no se suicidaran en cuanto individuos, o *per se*; pero como de lo que se trata es del suicidio de la Humanidad, que en cuanto colectividad es persona jurídica, y la persona jurídica, ya desde el derecho romano, manifiesta su voluntad por la votación en mayoría absoluta, resulta que la minoría, en cuanto parte de la Humanidad, también se suicidará, *per accidens*».

Así se acordó. En una Asamblea universal, para elegir cuyos miembros hubo terribles disturbios, palos, peñadas, tiros (de modo y manera que por poco se acaba la gente sin necesidad del suicidio); algo que en una Asamblea universal se votó definitivamente el fin del mundo por lo que tocaba a los hombres, y se dieron plenos poderes al doctor Adambis para que cortara y rajara a su antojo.

El préstamo se había cubierto una vez y cuartillo (menos que el de Panamá), porque la Humanidad de entonces, como la de ahora, se prestaba a entusiasmarse, a suicidarse; se prestaba a todo menos a prestar dinero. Con auxilio de los Gobiernos pudo Adambis llevar a cabo su obra magna, que por medio de aplicaciones mecánicas de condiciones químicas hoy descono-

cidas puso a todos los hombres de la Tierra en contacto con la muerte.

Se trataba de no sé qué diablo de fuerza recientemente descubierta que, mediante conductores de no sé qué género, convertía el globo en una gran red que encerraba en sus mallas mortíferas a todos los hombres *velis nolis*. Había la seguridad de que ni uno solo podía escaparse del estallido universal. Adambis recordó al público en otro tomo, al revelar su invención, que ya un sabio antiquísimo que se llamaba, no estaba seguro si Renán o Plágueras, había soñado con un poder que pusiera en manos de los sabios el destino de la Humanidad, merced a una fuerza destructora descubierta por la ciencia. Aquel sueño de rustigueros iba a realizarse; él, Adambis, dictador del exterminio, gracias al gran plebiscito que se había hecho veredugo del mundo, tirano de la agonía, iba a cesurar a todos los hombres, a hacerlos reventar en un solo segundo, sin más que colocar un dedo sobre un botón.

Sin hacer caso de los gritos y protestas de la minoría, se dispuso en todos los países civilizados, que eran todos los del mundo, cuanto era necesario para la última hora de la Humanidad doliente. El ceremonial del tremendo trance costó muchas discusiones y disgustos y por poco fracasaba el gran proyecto por culpa de la etiqueta. ¿En qué traje, en que postura, qué día y a qué hora debía estallar la Humanidad?

Se aprobó que el traje fuese el de etiqueta rigurosa entre las clases altas, y en las demás, el traje nacional. Se desechó una proposición de suicidarse en el traje de Adán antes de las hojas de higuera. El que esto propuso se fundaba en que la Humanidad debía terminar como había empezado; pero como lo de Adán no era cosa segura, no se aprobó la idea. Además, era indecorosa. En cuanto a la postura, cada cual podía adoptar la que creyese más digna y el-gante. ¿Día? Se designó el primero de año, por aquello de que año nuevo, vida nueva. ¿Hora? Las doce del día, para que el Sol aborrecido presidiese y pudiera dar testimonio de la suprema resolución de los humanos.

El doctor Adambis pasó un atento besalamano a todos los habitantes del globo aviándoles la hora y demas circunsancias del lance. Decía así el documento:

«El doctor Judas Adambis
B. L. M.

al Sr. D...

y tiene el gusto de anunciarle que el día de Año Nuevo, a las doce de la mañana, por el me-

★ CUENTO FUTURO ★

ridiano de tal, sentirá una gran conmoción en la espina dorsal, seguida de un tremendo estallido en el cerebro. No se asuste el Sr. D... porque la muerte será instantánea, y puede tener el consuelo de que no quedará nadie para contarle. Este estallido será el símbolo del supremo momento de la Humanidad. Conviene tener hecha la digestión del almuerzo para esa hora.

El doctor Judas Adambis aprovecha esta ocasión para ofrecer... etc., etc., etc.

Llegó el día de Año Nuevo, y a las once y media de la mañana el doctor Judas, acompañado de su digna y bella esposa, Evelina Apple, se presentó en el palacio en que residía la Comisión internacional organizadora del suicidio universal.

Vestía el doctor riguroso traje de luto, frac y corbata negra y gasa en el sombrero. Evelina Apple, rubia, alta, de anchas caderas y vientre arrogante, de negro también, escotada y con manga corta daba el brazo a su digno esposo. La Comisión en masa, de frac y corbata negra también, salió a recibirlos al vestíbulo. Entraron en el salón del Gran Aparato, sentáronse los esposos en un trono, en sendos sillones; alrededor, los comisionados, y, en silencio todos, esperaron a que sonaran las doce en un gran reloj de cuco colocado detrás del trono. Delante de éste había una mesa pequeña, cuadrada, con tabla de marfil. En medio de esta, un botón negro, sencillísimo, atraía las miradas de todos los presentes.

El reloj era una primorosa obra de arte.

Estaba fabricado con material de un extraño pedrusco que la ciencia actual permitía asegurar que era procedente del planeta Marte. No cabía duda: era el proyectil de un cañonazo que nos habían disparado desde allá, no se sabía si en son de guerra o por ponerse al habla. De todas suertes, la Tierra no había hecho caso, votado como estaba ya el suicidio de todos.

La bala o lo que fuera se aprovechó para hacer el reloj en el que había de sonar la hora suprema. El cuco era un esqueleto de este pajaraco. Entonces se le dió cuerda. No daba las me las ni los cuartos. De modo que sonaría por primera y última vez a las doce.

Judas miró a Evelina con aire de triunfo a las doce menos un minuto. Entre los comisionados ya había cinco o seis muertos de miedo. Al comisionado español se le ocurrió que iba a per-

der la corrida del próximo domingo (los toros de invierno eran ya tan buenos como los de verano y viceversa) y se levantó diciéndole... que él adoptaba el retraimiento y se retiraba. Adambis, sonriendo, le advirtió que era inútil, pues lo mismo estallaría su cerebro en la calle que en el puesto de honor. El español se sentó, dispuesto a morir como un valiente.

¡Plin! Con un estallido estridente se abrió la portezuela del reloj y apareció el esqueleto del cuco.

—¡Cucú, cucú!

Gritó hasta seis veces, con largos intervalos de silencio.

—¡Una, dos!

Iba contando el doctor.

Evelina Apple fué la que miró entonces a su marido, con gesto de angustia y algo desconfianza.

El doctor sonrió, y por debajo de la mesa que tenía delante dijo a su mujer la mano. Evelina se asió a su marido como un clavo ardiendo.

—¡Tres!... ¡Cuatro!

—¡Cucú, cucú!

—¡Cinco! ¡Seis!... Adambis puso el dedo índice de la mano derecha sobre el botón negro.

Los comisionados internacionales que aún vivan cerraron los ojos por no ver lo que iba a pasar y se dieron por muertos.

Sin embargo, el doctor, no había oprimido el botón.

La yema del dedo, de color de pipa culotada, permanecía sin temblar rozando ligeramente la superficie del botón frío de hierro.

—¡Cucú, cucú!

—¡Siete! ¡Ocho!

—¡Cucú, cucú!

—¡Nueve! ¡Diez!

III

—¡Cucú!

—¡Cucú!

En vez de decir: «¡Doce!» Judas calló y oprimió el botón negro.

Los comisionados permanecieron inmóviles en su respectivo asiento. El doctor y su esposa se miraron: pálido él y serio; ella, pálida también, pero sonriente.

—Te confieso — dijo Evelina — que al llegar el momento terrible temía que me jugaras una mala pasada. Y apreté la mano de su marido, que tenía cogida por debajo de la mesa.

—¡Ya estamos solos en el mundo! — exclamó el doctor con voz de bajo profundo, ensimismado.

—¿Crees tú que no habrá quedado nadie más?...

—Absolutamente nadie.

Evelina se acercó a su marido. Aquella soledad del mundo le daba miedo.

—De modo que, por lo pronto, todos esos señores...

—Cadáveres. Ven, acércate.

—¡No, gracias!

El doctor descendió de su trono y se acercó a los bancos de los comisionados. Ninguno se había movido. Todos estaban perfectamente muertos.

—Los más de ellos dan señales de haber sucumbido antes de la descarga de puro miedo. Lo mismo habrá pasado a muchos en el resto del mundo.

—¡Qué horror! — gritó Evelina, que se había asomado a un balcón, del que se retiró corriendo. Adambis miró a la calle, y en la gran plaza que rodeaba el palacio vió un espectáculo tremendo, con el que no había contado, y que era, sin embargo, naturalísimo.

La multitud, cerca de 50.000 seres humanos, que llenaba el círculo grandioso de la plaza, formando una masa compacta, apretada, de carne, no era ya más que un inmenso montón de cadáveres, casi todos en pie. Un millón de ojos abiertos, inmóviles, se fijaban con expresión de espanto en el balcón, cuyos balustres oprimía el doctor con dedos crispados. Casi todas las bocas estaban abiertas también. Sólo habían caído a tierra los de las últimas filas, en las bocacalles; sobre éstos se inclinaban otros que habían penetrado algo más en aquel mar de hombres, y más adentro ya no había sino cadáveres tiesos, en pie, como cosidos unos a otros; muchos estaban todavía de puntillas, con las manos apoyadas en los hombros del que tenían delante. Ni un claro había en toda la plaza. Todo era una masa de carne muerta.

Balcones, ventanas, buhardillas y tejados estaban cuajados de cadáveres también, y en las ramas de algunos árboles y sobre los pedestales de las estatuas yacían pilluelos muertos, supinos o de bruces, o colgados. El doctor sentía terribles remordimientos: «¡Había asesinado a toda la Humanidad!» Díjase en su descargo: él había obrado de buena fe al proponer el suicidio universal.

¡Pero su mujer!... Evelina le tenía en un puño.

Era la hermosa rubia de la minoría en aquello del suicidio; no tanto por horror a la muerte como por llevarle la contraria a su marido.

Cuando vió que lo de morir todos iba de veras, tuvo una encerrona con su caro esposo; a la hora de acostarse, y en paños menores, con el pelo suelto, le puso las peras a cuarto; y unas veces llorando, otras riendo, ya altiva, ya humilde, ora sarcástica, ora patética, apuró los recursos de su influencia para obligar a su Judas, si no a volverse atrás de lo prometido, a cometer la felonía de hacer una excepción en aquella matanza.

—¿No tienes medio de salvarnos a ti y a mí?...

El doctor, aunque lo negó al principio, tuvo que confesar al fin que sí; que podían salvarse ellos, pero sólo ellos.

Evelina no tenía amantes: se conformó con salvarse sola ella, pues su marido no era nadie para ella.

Adambis, que era celoso, casi sin motivo, pues su mujer no pasaba nunca de ciertas coquetías sin consecuencia, experimentó gran consuelo al pensar que se iba a quedar solo con Evelina en el mundo.

Merced a ciertos menajes, el doctor se aisló de la corriente mortífera; mas, para probar la fe de Evelina, no quiso untarla a ella con el salvador ingrediente y la obligó a confiar en su palabra de honor. Llegado el momento terrible, Adambis, mediante el simple contacto de las manos, comunicó a su esposa la virtud de librarse de la conmoción mortal que debía acabar con el género humano.

Evelina estaba satisfecha de su marido. Pero aquello de quedarse a solas en el mundo con él era muy aburrido.

—¿Y cómo vamos a salir de aquí? Imposible atravesar esa plaza: esa muralla de carne humana nos lo impedirá...

El doctor sonrió. Sacó del bolsillo del chaleco un pedacito de tela muy sutil; lo estiró entre los dedos, lo dobló varias veces y lo desdobló, como quien hace una pajarita de papel; resultó un poliedro regular; por un agujero que tenía la tela sopló varias veces, después de meterse una pastilla en la boca, y el poliedro fué hinchándose, se convirtió en esfera y llegó a tener un diámetro de dos metros: era un globo de bolsillo, mueble muy cómodo en aquel tiempo.

—¡Ah! — dijo Evelina —, has sido previsor, te has traído el globo. Pues vólemos, y vamos lejos; porque el espectáculo de tantos muertos, entre los que habrá muchos conocidos no me divierte.

La pareja entró en el globo, que tenía por dentro todo lo necesario para la dirección del aparato y para la comodidad de dos o tres viajeros.

Y volaron.

Se remontaron mucho.

Huían, sin decirse nada, de la tierra en que habían nacido.

Sabía Adambis que donde quiera que posase el vuelo encontraría un cementerio. ¡Toda la Humanidad muerta, y por obra suya!

Evelina, en cuanto calculó que estarían ya lejos de su país, optó que debían descender. Su repugnancia, que no llevaba a remordimiento, se limitaba al espectáculo de la muerte en tierra

★ CUENTO FUTURO ★



conocida... «Ver cadáveres extranjeros no la espantaría.» Pero el doctor no sentía así. Después de su gran crimen (pues aquello había sido un crimen), ya sólo encontraba tolerable el aire; la tierra no. Flotar entre nubes por el diáfano cielo azul... menos mal; pero tocar en el suelo, ver el mundo sin hombres... eso no; no se atrevía a tanto. «¡Todos muertos! ¡Qué horror!» Cuantas más horas pasaban, más aumentaba el miedo de Adambis a la tierra.

Evelina, asomada a una ventanilla del globo, iba ya distraída contemplando el paisaje. El fresco la animaba; un vientecillo sutil, que jugaba con los rizos de su frente, le hacía cosquillas. «No se estaba mal allí.»

Pero de repente se acordó de algo. Volvióse al doctor y dijo:

—Chico, tengo hambre.

El doctor, sin decir palabra, tomó del bolsillo del frac una especie de petaca, y de ésta sacó un rollo que semejava un cigarro puro. Era una quintaesencia alimenticia, invención del doctor mismo. Con aquel cigarro-comestible se podía pasar perfectamente dos o tres días sin más alimento.

—No; quiero comer de veras. Vuestra comida química me apesta, ya lo sabes. Yo no como por sustentar el cuerpo; como por comer, por gusto; el hambre que yo tengo no se quita con alimentarse, sino satisfaciendo el paladar; ya me entiendes, quiero comer bien. Descendamos a la Tierra; en cualquier parte encontraremos provisiones, todo el mundo es nuestro. Ahora se me antoja ir a comer el almuerzo o la cena que tuvieron preparados el Emperador y la Emperatriz de Patagonia; ¡ea, guía hacia la Patagonia; anda, y a escape, a toda máquina!...

Adambis, pálido de emoción, con voz temblorosa, a la que en vano procuraba dar tonos de energía, se atrevió a decir:

—Evelina, ya sabes... que siempre he sido esclavo voluntario de tus caprichos...; pero en esta ocasión... perdóname si no puedo complacerte. Primero me arrojaré de cabeza desde este globo que descender a la tierra... a robarle la comida a cualquiera de mis víctimas. Asesino fui; pero no seré ladrón.

—¡Imbécil! Todo lo que hay en la Tierra es tuyo; tú serás el primer ocupante...

—Evelina, pide otra cosa. Yo no bajo.

—Y entonces... ¿nos vamos a morir aquí de hambre?

—Aquí tienes mis cigarros de alimento.

—Pero ¿y en concluyéndolos?

—Con un poco de agua y de aire y de dos o tres cuerpos simples, que yo buscaré en lo más alto de algunas montañas poco habitadas, tendré lo suficiente para componer substancia de la que hay en estos extractos.

—Pero eso es muy soso.

—Pero basta para no morir.

—¿Y vamos a estar siempre en el aire?

—No sé hasta cuándo. Yo no bajo.

—¿De modo que yo no voy a ver el mundo entero? ¿No voy a apoderarme de todos los tesoros, de todos los museos, de todas las joyas, de todos los tronos de los museos de la Tierra? ¿De modo que en vano soy la mujer del Dictador in articulo mortis de la Humanidad? ¿De modo que me has convertido en una pajarita... después de ofrecerme el imperio del mundo?...

—Yo no bajo.

—Pero ¿por qué? ¡Imbécil!

—Porque tengo miedo.

—¿A quién?

—A mi conciencia.

—¿Pero hay conciencia?

—Por lo visto.

—¿No estaba demostrado que la conciencia es una aprensión de la materia orgánica en cierto estado de desarrollo?

—Sí estaba.

—¿Y entonces?...

—Pero hay conciencia.

—¿Y qué te dice tu conciencia?

—Me habla de Dios.

—¿De Dios! ¿De qué Dios?

—¿Qué sé yo! De Dios.

—Estás incapaz, hijo. No hay quien te entienda. Explicáte. ¿No te burlabas tú de mí porque predicaba, porque iba a misa y me confesaba a veces? Yo era y soy católica, como casi todas las señoras del mundo habían llegado a serlo. Pero eso no me impedía reconocer que tú, como casi todos los hombres del mundo, tendrías tus razones para ser ateo y racionalista, y recordarás que nunca te armé ningún caramelo por motivos religiosos.

—Es cierto.

—Pero ahora, cuando menos falta hace, te vienes tú con la conciencia... y con Dios... Y a buena hora, cuando ya no hay quien te absuelva, porque las mujeres no podemos meternos en eso. Eres tonto, Judas, siempre lo he dicho, eres un sabio muy tonto.

—Pues yo no bajo.

—Pues yo no fumo. Yo no me alimento con esas porquerías que tú fabricas. Todo eso debe de ser veneno a la larga. A lo me-

nos, hombre, descendamos donde no haya gente..., en alguna región donde haya buena fruta..., espontánea, ¡qué sé yo!; tú, que lo sabes todo, sabrás dónde hay de eso.

—¿Te contentarías con eso..., con buena fruta?

—Por ahora..., sí, puede.

Adambis se quedó pensativo. El recordaba que entre los modernísimos comentaristas de la Biblia, tanto católicos como protestantes, se había tratado con gran erudición y copia de datos la cuestión geográficoteológica del lugar que ocuparía en la Tierra el Paraíso.

El, Adambis, que no creía en el Paraíso, había seguido la discusión por curiosidad de arqueólogo, y hasta había tomado partido, a reserva de pensar que el Paraíso no podía estar en ninguna parte porque no lo había habido. Pero era lo cierto que, hipotéticamente, suponiendo fidedignos los datos del Génesis y concordándolos con modernos descubrimientos hechos en Asia, resultaba que tenían razón los que colocaban el Jardín de Adán en tal paraje y no los que le ponían en tal otro sitio. La conclusión de Adambis era: que «si el Paraíso hubiera existido, sin duda hubiera estado donde decían los doctores A. y B. y no donde aseguraban los PP. X. y Z.»

De esta famosa discusión y de sus opiniones acerca de ella le hicieron acordarse las palabras de su mujer: «¡Si la Biblia tuviera razón! ¡Si todo eso hubiera sido verdad! ¿Quién sabe? Por si acaso, busquemos».

Y después de pensar así, dijo en voz alta:

—Ea, Evelina, voy a darte gusto. Voy a buscar eso que pides: una región no habitada que produzca espontáneos frutos y frutas de lo más delicado.

Y seguía pensando el doctor: «Dado que el Paraíso exista y que yo dé con él, ¿será lo que fué?

—¿Seguirá Dios haciéndole producir tan sabrosos frutos? ¿No se habrá estropeado algo con las aguas del diluvio? Lo que es indudable, si la Biblia dice bien, es que allí no ha vuelto a poner su planta ser humano. Esos mismos sabios que han discutido dónde estaba el Paraíso no han tenido la ocurrencia de precisar el lugar, de ir allá, buscarlo, como yo voy a hacer.

Ellos decían: debió de estar hacia tal parte, cerca de tal otra;

pero no fueron a buscarle. Tal vez yo lo encuentre. Y bajando en globo, aunque los ángeles sigan a la puerta con espadas de fuego, no me impedirán la entrada.

«¡Oh, sí, busquemos el Paraíso! Paraíso para mí, porque será el único lugar de la tierra desierto; es decir, que no sea un cementerio; único lugar donde no encontraré el espectáculo horrendo de la Humanidad muerta e insepulta.»

Abreviemos. Buscando, buscando desde el aire con un buen anteojo, comparando sus investigaciones con sus recuerdos de la famosa discusión teológica-geográfica, Adambis llegó a una región del Asia Central donde, o mucho se engañaba, estaba lo que buscaba. Lo primero que sintió fué una satisfacción del amor propio... La teoría de los suyos era la cierta... El Paraíso existía y estaba allí donde él creía. Lo raro era que existiese el Paraíso.

El amor propio por este lado salía derrotado.

Y todavía quería defenderse gritándole a Judas en la cabeza:

—¡Mira, no sea que te equivoques! No sea eso una gran huerta de algún mandarín chino o de un bajá de siete colas...

El paisaje era delicioso; la frondosidad, como no la había visto jamás Adambis.

Cuando él dudaba así, de repente Evelina, que también observaba con unos anteojos de teatro, gritó:

—¡Ah, Judas, Judas!; por aquel prado se pasea un señor... muy alto, sí, parece alto..., de bata blanca..., con muchas barbas, blancas también...

—¡Cáscaras! — exclamó el doctor, que sintió un escalofrío mortal.

Y dirigiendo su catalejo hacia la parte a que apuntaba Evelina, dijo con voz de espanto:

—No hay duda..., es él. ¡El, mejor dicho!

—Pero ¿quién?

—¡Yavo Elhoim! ¡Jehová! ¡El señor Dios! ¡El Dios de nuestros mayores!...

● Terminará en el n.º próx. ●



Leopoldo ALAS (Clarín)

Inicios de la Revolución Mexicana

LA iniciación de nuestra guerra de independencia en 1810, cuando los campesinos indios y mestizos se sublevaron contra los hacendados y comerciantes españoles, dando así al movimiento insurgente encabezado por Hidalgo un claro carácter popular, al cual se plugaron los mestizos pertenecientes a la pequeña burguesía urbana y rural, y una buena parte de la intelectualidad criolla. Luego, la continuación de la guerra revolucionaria bajo la dirección de Morelos, apasionado y consciente caudillo de las aspiraciones del pueblo mexicano, que llevó hasta sus últimas consecuencias al movimiento insurgente, declarando la independencia de México en 1813 y dando forma constitucional a la nación en el Congreso de Apatzingán, en 1814. En seguida, la lucha de los bravos guerrilleros bajo el mando de Vicente Guerrero y la relampagueante campaña de Francisco Javier Mina, digno hijo del pueblo español. Después, cuando los criollos y la Iglesia pudieron abandonar el temor de que se extendiera nuevamente la rebelión campesina y vislumbraron las ventajas que les podía traer la independencia, tenemos la actuación del coronel Iturbide, prometiendo primero cumplir las aspiraciones populares sostenidas por los guerrilleros y proclamando así la independencia, para traicionar con presteza el movimiento republicano que lo había apoyado, haciéndose aclamar emperador, saliendo luego de huida al destierro y acabando finalmente en el patíbulo. Viene entonces la primera década de nuestra vida republicana, de 1823 a 1833, llena de las pugnas entre los centralistas conservadores y los federalistas liberales. A continuación tenemos el efímero triunfo liberal, con el gobierno de Gómez Farias, que produjo la primera expresión jurídica de la Reforma. La asonada inmediata de Santa Anna le permitió volver a ocupar la presidencia, disolviendo el Congreso, persiguiendo

a los liberales, derogando las leyes revolucionarias y dando una organización oligárquica a su gobierno. Viene así la dolorosa época de la separación de Texas por los colonizadores norteamericanos y de la primera intervención francesa, llamada con ironía popular «guerra de los pasteles», durante las cuales los conservadores en el poder pudieron convertir todos los asuntos públicos en materia de negocios fabulosos. Luego, en 1846, el ejército norteamericano empezó la invasión de México, a la que se hizo frente primero con un acuerdo nacional para sostener una guerra de defensa patriótica, pero este acuerdo fué roto traidoramente por la sublevación de los «polkos». Después de las heroicas resistencias que tanto nos enaltecen, la ocupación norteamericana terminó en 1848 con el despojo de una inmensa porción de nuestro territorio. Pero entonces, ante la conciencia del pueblo mexicano quedó claro que la responsabilidad recaía integralmente en el gobierno santanista y sus mandantes: el clero, los terratenientes y los militares; y ninguna represión pudo detener ya el crecimiento del descontento popular. En 1850, el movimiento revolucionario se extendió al país entero, haciendo triunfar el Plan de Ayutla. Vino entonces la convocatoria para la elección del Congreso que habría de redactar la Constitución de 1857 y la expedición de la primera de las leyes de Reforma, suprimiendo los fueros eclesiásticos y militares. La promulgación de la Constitución de 1857, la más avanzada del mundo en esa época, hizo que se desencadenara la Guerra de Tres Años, durante la cual el Presidente Juárez supo organizar a las masas populares para la lucha y se apoyó francamente en ellas, hasta hacer triunfar la causa liberal en 1860. En plena guerra civil, Juárez siguió expidiendo las Leyes de Reforma y terminó esta importante tarea histórica en 1861. Entre tanto, los reaccionarios y el clero, afectados en sus intereses, estimularon las ambiciones del pequeño Napoleón, hasta lograr dándole a efectuar la segunda intervención francesa. El ejército francés penetró al interior de nuestro territorio, pese a la resistencia presentada, principalmente en Puebla, que es un luminoso ejemplo de lo que hace el pueblo cuando se trata de defender a su patria. Los invasores impusieron la indignidad imperial a Maximiliano; pero, no obstante que ocuparon todas las ciudades importantes y que implantaron un terror sangriento para asegurar su dominio, los guerrilleros mexicanos hicieron que los franceses

sólo fueran dueños del terreno que pisaban. Como había sucedido en la guerra de independencia, las masas campesinas tomaron en sus manos la iniciativa y, por su parte. El Presidente Juárez mantuvo con fortaleza de acero la causa de nuestra patria republicana, independiente y revolucionaria. Con esta enconada lucha popular, la Reforma liberal se convirtió decididamente en un movimiento nacional incontenible y con su tenacidad, aunada a un cambio en los acontecimientos internacionales que resultó favorable, se consiguió el retiro de las tropas francesas y poco después el imperio fué derrotado. Esta victoria permitió que se implantaran las Leyes de Reforma, rompiéndose así las trabas que impedían el desarrollo del comercio, la agricultura y la industria, haciendo producir las riquezas acumuladas por el clero y colocando a México en situación de iniciar propiamente su desenvolvimiento económico. Pero, en campo, casi al mismo tiempo en que lograron el triunfo, los liberales abandonaron las demandas de los campesinos para preocuparse ante todo del ensanche de su nuevo poderío económico, de la destrucción de sus enemigos y de educar las conciencias en favor de sus propósitos. Como resultado, un buen número de abogados, generales y funcionarios se adueñaron de las tierras y fincas urbanas expropiadas a la Iglesia y, luego, empezaron a apoderarse de las tierras de las comunidades campesinas que todavía existían entre los indígenas. En este saqueo participaron también muchos extranjeros. Los nuevos terratenientes siguieron aplicando los métodos precaristas de explotación de la tierra y de los campesinos. El clero comenzó a levantar cabeza, recuperando una parte de sus bienes anteriores y de su influencia política. Los capitalistas norteamericanos, ingleses y franceses se fueron haciendo del comercio exterior, de las empresas industriales de mayor importancia y de enormes latifundios. Y este proceso que apenas se esbozaba a la muerte de Juárez, vino a consumarse con la dictadura de Díaz. Entonces, la Constitución de 1857 acabó por ser anulada en los hechos y se detuvo el impulso revolucionario de la Reforma.

En 1910 la Revolución mexicana tomó cuerpo de lucha social con el levantamiento armado del Partido Liberal Mexicano (anarquista), el grupo de Rangel y el campesinado morelista acaudillado por Emiliano Zapata, los cuales trabajaron conjuntamente por «tierra y libertad» frente a los

propósitos constitucionales-burgueses de Francisco Madero, figura representativa del intelectualismo liberal pero en ningún caso de las aspiraciones manumisoras de la sufrida gente laboradora del suelo. Mucho se ha hablado y sobre todo escrito sobre esta agitada parte de la historia mexicana; innumerables fueron los caudillos que ensillaron caballo y capitanearon huestes para sacar del barullo personal provecho, habiendo dejado en el empeño algunos la vida. Huerta, Pancho Villa, Orozco, Reyes, Carranza, Díaz...

A la postre impuso su ley el Partido Revolucionario Mexicano encabezado en la época por Calles, el hombre que sostuvo el P.R.M. frente a los «camisas doradas», o «cristeros», y que a la sazón declinó personalmente sin pérdida para el citado Partido, que sigue vigente en la gobernación del país, con lo que la revolución social en 1910 empezada queda aún por realizar...

M. Flores



VIEJITOS

Viejitos de mi tierra,
arrugaditos por el tiempo,
torturados por la pena.
Viejitos sin amparo...
y sin caricias tiernas,
con las manos callosas
y horizontes de niebla.

Viejitos que perdisteis:
la flor y la cosecha...
en el Madrid glorioso,
en la Guernica eterna.
¡Qué lejos ya resuenan
los ecos de epopeya...!
¡Qué lejos se quedaron
las alegrías vuestras!
en este turbio mundo
de las palabras huecas;
de Dioses olvidados, y de
conciencias negras...
¡Que elevan sus plegarias
con fusiles y flechas...!
Viejitos que soñasteis
con ideas fraternas...
una familia grande,
una amistad eterna;
un pueblo de trabajo
donde el hombre convivía
sin ventajas ni puertas,
y la Palabra Libre,
alegre las conciencias.
Viejitos cariñosos
de mi sufrida Iberia,
raíces de mi alma...
rosario de amarguras
y sed de estrellas...
¡Qué amargo es este caliz
del triunfo de la Fuerza...!

Manuel Quesada



LO QUE SE PUBLICA

«QUINET»

LIBRO de Felipe Alaiz publicado en segunda edición por «Solidaridad Obrera» bajo los auspicios de un grupo de amigos del autor, desgraciadamente fallecido. (Tomo I de las Obras de Felipe Alaiz).

Se trata, en Quinet, de un joven analizador e independiente que naufraga en la vida práctica salvando, empero, su carácter. Alusión velada —nos parece— a la propia trayectoria y resultados de la existencia del autor.

Sólo que Quinet quedó en aprendizaje de mirar mientras que su creador había conseguido la rapidez visionaria del águila. Las observaciones del personaje, los atinos de los entes que lo envuelven, hacen compartir al corro y a cada una de las individualidades que lo componen, la suma de conocimientos que Felipe poseía.

Pero no se trata de un saber definitivo, de puerta cerrada, de cátedra de Estado, o de veinticinco puntos de Programa con Santo Oficio dispuesto para los introductores del punto veintiseis. El autor era un espíritu libre y como tal caíble en la miseria económica (cual hoy se dice) pero multimillonario en libertades e ingeniosidades no siempre al alcance de las personas bien dotadas. Había que poseer la gama de sutilezas pensantes —y con frecuencia obrantes— del autor para comprender la realización, la obtención de un Quinet entre nostálgico y placentero, más presente que novelesco, mitad vivido mitad libresco, voy a decir, un Quinet letrado que, rozando la realidad se penetra de la realidad misma, convierte en materia el pensar de los quicam destinados al fracaso a pesar de la hermosura de sus anónimos sentires.



El mérito de Alaiz está en haber producido una obra enjundiosa formando libro inclasificable como novela, narración seriada o lo que en el mercado editorial se estile. Tampoco se trata de un monólogo aunque el autor dirija visiblemente las conversaciones. Ni de un libro de tesis doctoral ni de un montón de ladrillos (cada ladrillo una agudeza) para formar una arquitectura pública sobre la cual exponer el monumento de vanidad en el cual muchas notabilidad.es desafían la rechifla de las próximas generaciones. Será bien decir que las páginas de «Quinet» sirven de contenedor —tal vez de constreñidor— de la abundancia de reflexiones depuradas, estilizadas; de observaciones profundas sencillamente expuestas; de esencias populares amorosamente aprendidas y con más perfume esparcidas... De los pasajes de «Quinet» que tanto agradan e incluso arroban, este que sigue como uno de tantos:

Arroyo claro, fuente serena...

Alaiz, literato, por lírica y sustancia aventaja a los románticos del pentagrama de los cuales se rompe el encanto idílico o sonatero con «estruendosas salvas de aplausos» no bien finalizadas sus melodías. «Quinet» conduce a su página postrera de la mano, sintiéndose el lector en el último mojón («Fin») para un silencio arrobador sin duda.

Contra su costumbre de articulista, Alaiz se da en «Quinet» en escritor esteta, menos combativo y tan reflexivo como su Costa, un poco alejado del cáustico Multatuli, un algo influenciado por Gracián, un siempre pendiente de las soluciones libertarias, tanto más plausibles cuanto más futuras. *La anarquía es una conducta y no un patio para atar caballos...* que dijo el otro.

En los trabajos correctivos se hallan placeres y desagradados. Cuanto en el orden supera al corrector esforzado le da feliz descenso al prado, y cuanto inversa en tales labores lo enfoca pedregal arriba. Pero trabajo es trabajo y hay, a toda costa, que cumplirlo. Que la vida no es llana hace tiempo lo sabemos. Y conste que los guijarros, las botellas rotas y los abrojos de cuesta arriba son menos incipiencia que singularidad torcida. Felipe ha adolecido de eso que en catalán se dice, muy expresivamente, «rebequeria»; pero sus crónicas para el trabajo siempre se nos



Alegoría de Raúl Carballera.

Contribución a una biografía

«RAUL CARBALLEIRA»

Opúsculo de 80 páginas con un prólogo y cuatro grabados escrito por Victor García y editado por «Solidaridad Obrera».

Raúl Carballera, ese joven que vino de la Argentina para sumarse a la defensa de la revolución española (1936-1939) es un mentís absoluto a la especie de que la juventud mitad de siglo se ha destinado a la más concluyente de las negaciones al menospreciar los idealismos. Es asunto viejo que la juventud es conscientemente generosa cuando estudia y observa el horizonte, entrando en la generosidad de circunstancias —guerras, revoluciones—, con entusiasmo pasajero, cuando ha perdido el tiempo en bailes, estadios, lenocinios, cines, etc.

han antojado facilidad y pan bendito.

Finalmente, «Quinet» no es libro para sectarios; es joyel para contribuir al adorno moral de los individuos. — J. F.

El Carballera que Victor García explica sintetiza a la juventud reducida, pero selecta, que sin perder el humor de los pocos años se aplica a desentrañar los problemas de la vida en un deseo de superarla, a trueque —tal el caso de Carballera— de perder la vida de tanto quererla, libre y robusta.

Carballera toma el pan espiritual de los González Pacheco, Antilli, Malatesta, Gori, Gillmón, en su tierra, que atravesó en obrero y en linera; cruza el Atlántico para España, donde se bate contra el fascismo y por la lirica inmortal de su idea. Sufre el exilio de 1939 y no se resigna. La lucha contra el despotismo no tiene fin para la juventud verdadera, la sana, la heroica, y un mal día al ácrata empecinado que fué Carballera lo encuentran cadáver —tras una lucha de cien contra uno— en la trágicamente famosa montaña de Montjuich. Una vida rota, pero toda una vida. — F. F.